EL ASTRÓNOMO

FRANCISCO
RODRÍGUEZ TEJEDOR

Índice

EL AUTOR
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
DEDICATORIA ESPECIAL
OPINIÓN Y VALORACIÓN DEL LECTOR

EL ASTRÓNOMO

FRANCISC0 RODRÍGUEZ TEJEDOR

Nuevo Libro Editorial

EL AUTOR

FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR es escritor y cineasta.

OBRAS LITERARIAS:
Thrillers: El astrónomo, El cazador de la Patagonia, El claxon, Cinco estremecimientos.
Literatura y ficción: El donante (próximamente), El día que fuimos dioses, Memorias del sauce curvo.
Novela para el mundo de los negocios: Soñadores.
Autoayuda y literatura intimista: Mil palabras para la felicidad, Mil palabras para el optimismo, Los mejores 101 momentos de amor y de desamor.
Antología poética 2010-2020: Poesía, vida mía.

OBRAS CINEMATOGRÁFICAS: guionista y/o productor ejecutivo.
Largometraje: "Aquí y ahora, vida", estrenado marzo 2022.
Documental: "El amor se multiplica" (2022)
Largometraje "Victoria 20/30" (2021)
Cortometraje: "Todavía sigo vivo" (2021)
Documental: "Tenedores y cuchillos" (2020)
Largometraje: "Semillas de alegría", (2019).
Teaser/Cortometraje: "Delirium", con Lydia Bosch, (2015)
*Cortometraj*e: "Victorita, Victorita…", con Imanol Arias, (2013)

Página de Amazon: https://amzn.to/3p2G2YD
Página web de autor: www.franciscorodrigueztejedor.com
Blog: http://eldiaquefuimosdioses.blogspot.com/
Facebook: www.facebook.com/frfancisco.rodrigueztejedor/
Linkedin: https://bit.ly/3DElSbt
Twitter: https://twitter.com/RodriguezTejedo
Email: francisco.rodrigueztejedor@gmail.com

"El astrónomo"

Copyright 2022 Francisco Rodríguez Tejedor

Copyright 2022 de la presente edición: Nuevo Libro Editorial.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública

o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, de acuerdo a la ley.

A mis padres, Francisco y Jacinta, que supieron quererme tanto.

In memoriam

No hay secreto que el tiempo no revele.

Jean Baptiste Racine

Exordio

***N**unca hubiera imaginado que un día escribiría un libro. Y, menos, que esa historia sería la tuya, «Astrónomo».*

Nadie sabe los secretos y las sorpresas que nos guarda la existencia. Yo apenas leía y, ahora que dispongo de todo el tiempo del mundo, devoro los libros. Ese bagaje me va a ayudar sobremanera a escribir esta historia, tan importante para mí, no solo en estos momentos, sino para el resto de mi vida.

Ahora entiendo, por fin, lo que un día escribió el novelista francés Andrés Maurois, sobre lo que necesitábamos para ser felices: «Un poco de cielo azul encima de nuestras cabezas, un vientecillo tibio y la paz del espíritu».

¡Ah, la paz del espíritu! Ahí está el quid de todo, «Astrónomo». Sin ella no existe absolutamente nada, como bien sabemos los dos.

Espero obtenerla cuando termine tu historia, la historia de tu vida, y tú la leas en el escritorio acristalado que has construido en tu gran terraza, mientras contemplas, igual que siempre, el cielo.

Quizás, porque conoces, como yo lo sé, que la observación del cielo es la única forma de sobrevolar el mundo y sus terribles miserias, la única manera para que nos crezcan las alas, esas que nos permiten alejarnos del insoportable hedor que desprende el suelo que pisamos.

CAPÍTULO 1

La culpa es un pequeño monstruo, voraz e incansable, que te carcome por dentro a mordiscos.

Una tenia dentada que engorda con tus despojos. Una solitaria y enorme lombriz que vacía tu interior, hasta desfigurarte.

Tú solo eres ya un saco de huesos. Un fantasma de lo que fuiste, envuelto en esa piel cerúlea, que es solo la carcasa del hombre que un día vivió en ti.

Hasta que te convertiste en ese cadáver andante. En el difunto que solo atrae a las moscas que sobrevuelan a la tristeza y al hondo dolor, difuso y sin nombre, en el que habitas.

Ya lo dijo Óscar Wilde:

–Sufrir por propias culpas, esa es la pesadilla de la vida.

Sé que antes no eras así. No te sentías así. Eras un joven alegre y con ilusiones. Quizá nunca fuiste excesivamente alegre, pero sí lleno de ilusiones. Y, sobre todo, de inocencia.

Y la inocencia es el marchamo de la esperanza. Ese fuel que constituye el carburante principal de la vida.

Pero eso era, ¡fue!, ¡hace tanto...! Cuando tú eras alguien. Ahora eres una sombra, llena de oscuridad y de silencio, en el imperio donde reina la tiranía de la culpa. La culpa, que un día se adueñó de ti, y ya no aflojó las riendas. Y te dejó ese hondo poso de tristeza, que es el traje con el que se viste la propia tirana, para ocultarse, para que tú no repares jamás en quién se encuentra detrás de los hilos que manejan la desazón de tu vida.

Sí, así eras entonces, *Astrónomo*. Cuando entrabas en casa tras otro día de sinsabores en la comisaría. La *Comisaría Especial*, apócope de Especializada, ese departamento que se habían inventado en mitad de ningún sitio, aunque colgaba de la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta de la DAO.

Llegabas derrotado, exhausto, tras una jornada anodina y sin trabajo. Tu casa se convertía entonces en un último refugio, donde recobrabas

algo de ti mismo .

En cuanto introducías la llave en la cerradura y oías los maullidos de *Perlas*, algo en tu interior se removía. Y te retrotraías, por un momento, a tiempos felices. A aquellos tiempos lejanos, mucho antes que trajeras a aquel gato himalayo a tu casa.

Perlas se acercaba a ti por el pasillo. La alegría en los gatos tiene en su forma de exhibirse algo casi narcisista. Más que alegrarse por verte y demostrarlo, como un perro, *Perlas*, lo que buscaba, cuando se acercaba a distancia y maullaba de forma especial, arqueaba su columna y entiesaba su cola, era que te alegraras de su presencia. Y que se lo demostraras, que admirases el brillo de su pelo que él se habría atusado una y mil veces con su lengua durante la mañana y ese andar elegante, y orgulloso, que ocultaba, muy bien, las tristes horas de la espera.

Dos formas muy diferentes de manejar la soledad, según pensaste aquel día al verlo. O la ausencia que, bien mirado, resultaban ser ambas caras de la misma moneda.

Tú preferías sin duda al gato y su independencia que al perro y su fidelidad. De ahí la compañía de *Perlas*, que llevaba ocho años contigo, algo más de la mitad de su vida, una edad que tú conocías bien.

Tú también andabas en mitad de la tuya, cavilaste aquel día. Cuando le pasaste la mano por el lomo y él elevó casi en vertical la cola, para que se la acariciaras cuando alcanzaras el final de su espalda.

Perlas era, sin duda, tu mejor amigo y tal vez el único. A ti te gustaba esa amistad independiente, distante, gatuna, en la que tu amigo vivía perfectamente, de forma autónoma. Se movía a su antojo por los tejados y las barandillas de las terrazas y no dependía ni de tus caricias ni de tu comida. No sentirte responsable de él era una de las sensaciones que más te compensaba, y te liberaba de la relación con aquel animal todo ojos, elasticidad y elegancia.

Como escribió Víctor Hugo:

–Dios hizo al gato para ofrecer al hombre el placer de acariciar a un tigre.

Y a un tigre se le acariciaba con brevedad. Así que, después de hacerlo, cruzabais una mirada de complicidad y, luego, cada uno se ocupaba de sus quehaceres.

Atravesabas la cocina, ya otra vez solo, y entrabas en una especie de despacho, construido con mamparas de cristal y aluminio en la espaciosa terraza del ático de aquella planta 12, en una torre que se alzaba sobre los falsos acantilados de aquel lago, verde de día y grisáceo y recónditamente oscuro en la noche, que inundaba aquel parque misterioso e infinito que es la Casa de Campo de Madrid.

Efectuabas cada noche la misma liturgia: te desabrochabas la chaqueta, te la quitabas, bostezabas y te estirabas relajado, la colgabas con desdén en la única silla, llena de tristeza y soledad, frente a un destartalado escritorio de formica con tres cajones a un lado y un jarro de plástico encima; dentro de él, un lápiz y un bolígrafo, viejos y desgastados, asemejaban una pareja decrépita y sin alma.

Después, mirabas a la botella de bourbon, que te llamaba igual que un lobo y te envenenaba con una melancolía envolvente y difusa, te desprendías de la parte final de tu armadura, el último peto y el primer espaldar, que te protegía, llegado el caso, de cualquier amenaza, y que se llamaba *Heckler y Koch;* de 9 milímetros parabellum, por supuesto.

Te despojabas la pistolera del hombro y la colgabas en una solitaria escarpia clavada contra la fachada de ladrillos rojo–teja de aquella parte cubierta de la terraza, en aquel *office* de cristal y aluminio sucios, al que tú apodabas *El cobertizo*.

Ya os quedabais el bourbon y tú sin otra compañía. Te acercabas a la estantería, donde siempre guardabas dos o tres botellas, con un solo vaso, siempre el mismo. El vaso había criado, con su uso, una madre espesa y opaca por dentro, una solera de barrica de posos y tragos mil, trasegados en aquellos duros y largos años.

Lo llenabas del mismo modo que quien echa combustible en el depósito de su automóvil y te detenías unos instantes. Deseabas, con fruición, aquel reencuentro con tu yo más necesitado.

Antes de eso, levantabas la cabeza y tus ojos cruzaban aquellas

mamparas de cristal, medio limpias enfrente de ti, y te conducían hasta aquel cielo infinito y amigo, que te esperaba cada noche. Entonces, levantabas el vaso en un brindis alegre e imaginario con el firmamento y te endilgabas, de golpe, la mitad de él. Y el escalofrío subsiguiente, de tu boca, de tu cuerpo, semejaba un cálido apretón de manos, un estrecho y emotivo abrazo con aquel amigo entrañable que permanecía fiel a vuestra cita.

Después salías a la terraza y contemplabas el mar grisáceo de la Casa de Campo, moteado de luces, que subrayaban las zonas de penumbra y de misterio que reverberaban en el lago y rehusaban penetrar en aquel mundo abisal, mimético al tuyo, que te ahogaba en la profunda bodega de tu interior .

Luego, alzabas la vista y recorrías el *Camino de Santiago*, como un peregrino que se buscara a sí mismo rumiando sus cavilaciones para su coleto, más que hallar un sendero que le guiará a la meta.

Te acercabas a tu telescopio, un *Skywatcher* refractor acromático de 120/1000 mm, que te aproximaba a las luminarias del cielo, no para conocerlas mejor, sino para hacerte más visible, y llevadera, la densa oscuridad que te ahogaba dentro de ti.

En aquellas noches nacía la necesidad de verter, fuera de ti todo lo que te roía. Entonces, tras una última mirada, volvías sobre tus pasos y te preparabas un segundo vaso de combustible para dirigirte al escritorio.

Te sentabas en aquella solitaria silla coja, abrías el primer cajón de la mesa y extraías de él una carpeta con cierres de goma elástica. La abrías, y observabas por un instante aquel mazo de cuartillas en blanco colocadas a un lado de la mesa, y te preparabas para vomitar por escrito la bilis que te indigestaba en aquellos momentos y que, más tarde, guardarías en la carpeta.

Aquella noche cogiste una cuartilla y sorbiste un poco del bourbon, dudaste entre el lápiz o el boligrafo, te inclinaste por el primero y empezaste a escribir, mientras volvías a contemplar el cielo. Escribías en segunda persona, en una mirada oblicua a ti mismo que te distanciara y dañara menos.

«Los días se suceden del mismo modo que los astros giran en sus órbitas. Sin cambio alguno. En un preestablecido orden repetitivo, implacable, de fidelidad inquebrantable a las leyes que los rigen.

Sabes bien que el tiempo desgasta lentísimamente las manecillas de sus relojes y los astros descarrilarán un día de sus órbitas, chocarán unos con otros y provocarán la devastación del universo. Las estrellas tampoco son inmutables, se mueren y dejan en su lugar agujeros ausentes de luz que ocuparán la energía que una vez poseyeron.

Ese tiempo cósmico, de lentitud exasperante carcome tu interior. A tus íntimos engranajes que tratan de protegerte de cualquier cambio que no sea mantenerte en el mar de tristeza que te anega.

Ese submundo en el que riegas, con ese líquido turbio: el bourbon, el suelo empedrado de la culpa que habita en todos los rincones de tus sótanos profundos.

Recuerdas entonces la frase de Séneca:

–Nada necesita menos esfuerzo que estar triste. La tristeza se da la mano con la pereza.

Sí, a pesar de tu sufrimiento, tu vida navega en una calma chicha perezosa en tu mar emocional.

No deseas que nada cambie, porque la argolla de la culpa y de la tristeza, colgada de tu cuello, aprieta y aprieta, en realidad es tu deseo: corresponder con tu pena a los males que crees que has causado. Es lo justo. Así te sientes mejor.

Nadas en esta depresión galopante, que imaginas es un acto de justicia, y fantaseas que se trata de la redención, lentísima, de tus culpas.

Y en eso estás. Y no quieres cambiar.

Un presentimiento te atraviesa, sin embargo. Un pálpito te alerta de ello, esa intuición con la que visionas las claves del futuro que llegará. A esas sensaciones siempre les prestas atención.

Sí, presientes que en los próximos días se precipitarán los acontecimientos. Aunque tu yo más íntimo desea que nada cambie, después de todo».

CAPÍTULO 2

Al día siguiente, saliste de la comisaría después de otra jornada anodina dedicada al papeleo.

No destacabas por ser un hombre de acción pero, llegado el caso, te activabas también, notabas cómo te subía la adrenalina, de manera cuasi hormonal, cuando investigabas un crimen.

Esa inmersión en la vida y muerte de los demás te distraía momentáneamente de convivir contigo y con las penalidades, que no ofrecían solución alguna, y te embargaban en cuanto te quedabas solo. Sobre las que rumiabas y rumiabas sin cesar, no buscabas una solución, te complacías en tu dolor, ingerías una pócima amarga que formaba parte del proceso eterno de penitencia y expiación de tus culpas.

Habías aprendido a sentirte culpable, lo practicabas con esmero día a día y sufrías sus consecuencias sin obtener ningún beneficio a cambio, porque del sufrimiento estéril nunca se recibe absolutamente nada. Es una triste manera de morir.

Llevabas un par de semanas en la comisaría sin ningún caso nuevo, por lo que no te había quedado otra que distraerte poniendo en orden tus archivos, y remitiendo a los juzgados y a otras unidades operativas la documentación complementaria, y tediosa, que siempre dejabas para el final.

Echaste por fin el cierre a aquel día tan frustrante. Nada más meterte en tu coche, en el parking de la comisaría, decidiste visitar a tu madre.

Por el camino conectaste la radio y una melodía dulzona y esperanzadora hizo que bajaras tres dedos la ventanilla para que te golpeara la brisa mientras subías el volumen.

Hablaba la cancioncilla de regresar a casa, ese lugar donde se encenderían todas las luces; ese refugio donde recapacitar y aprender de tus errores del pasado, ese hogar donde siempre se te ayudaría en la curva más difícil del camino...

Cuando bajaste del vehículo, lo hiciste con una elasticidad y armonía

que destensaba tu ligeramente encorvada figura.

Entraste al portal, en uno de los primeros números de la calle *General Ricardos*, la portera, Felisa, departía con los nuevos inquilinos del tercero.

Siempre había habido una especial conexión entre vosotros, desde que tus padres se habían trasladado a Madrid, cuando contabas solo con siete u ocho años. Pasados más de treinta y cinco esa complicidad se mantenía.

Felisa te había visto crecer y convertirte en un respetable inspector de policía, envuelto, en los últimos años, con el aura especial que emanaba, a los ojos de los demás, la *Comisaría Especial*.

Recogiste las cartas del banco, las añoradas de Nueva Zelanda que podían reverdecer a tu madre no llegaban, se hacían de rogar. Tu único hermano, Andrés, escribía cada vez menos. Y tu madre, de nombre bellísimo, Clara, llevaba esta incomunicada ausencia con una recóndita tristeza, que nunca manifestaba.

Cuando cruzaste por el mostrador, la portera dejó de atender *ipso facto* a sus interlocutores.

–Buenas noches, señora Felisa. ¿Alguna novedad en su región militar?

–Buenas noches, don Alejandro. Sin novedad en región a mi mando. Salvo las tradicionales discusiones en el piso de debajo del suyo, el de ese chico que es un bala perdida, *El Pedroche*, ya sabe, que vive con su desgraciada madre. ¡Qué cruz para la pobre! Andan a voces cada dos por tres. Espero que no les molesten. Sobre todo a su mamá.

–Ah, no se preocupe. Llevan tiempo así. A mi madre hasta le divierten. Que pase buena noche. Buenas noches, señores –miraste a los nuevos vecinos con una leve inclinación de cabeza que ellos correspondieron.

–Lo mismo digo don Alejandro –contestó Felisa por todos–. Un placer verle siempre tan apuesto.

Mientras esperabas al ascensor, ella retomó la conversación, explicándoles el porqué de la interrupción. Bajó el tono como si fuera una confidencia, pero no lo suficiente para que no escucharas sus palabras, ella quería que las oyeras, porque te miraba de vez en cuando con una sonrisa cómplice.

–Don Alejandro, aparte de ser un investigador importantísimo, ahora trabaja en la *Comisaría Especial*, la más importante de España. Es una buenísima persona, visita casi todos los días a su madre enferma, y es un héroe en este barrio: hace pocos meses evitó que violaran a una chica, aquí al lado, en los soportales de la plaza...

El ascensor llegó, te llevaste la mano a la altura de la visera y te despediste de la señora Felisa que te envió un beso. Luego subiste en el ascensor hasta el sexto, mientras imaginabas la conversación.

–Sí, algo hemos oído –contestó el marido de la pareja de inquilinos de unos setenta años–. Nosotros somos muy miedosos y la presencia de un policía que venga todos los días nos da mucha tranquilidad. Aunque hemos de decirle que hemos oído algún comentario, sobre que nadie le vio ahuyentar a los presuntos violadores, sino que sostenía en sus brazos a la muchacha ebria, cuando un vecino salió de esta casa y se los encontró en un banco de los soportales de la plaza. Hay gente muy mal pensada, pero a mí, me ha parecido todo un señor.

–Por Dios, no haga caso, siempre hay envidiosos. Don Alejandro es un trozo de pan, incapaz de hacer mal a nadie, ya lo conocerán...

Llegaste a la planta donde vivía tu madre y, por el hueco de la escalera, se oía todo, Felisa había elevado el tono de su voz a los decibelios normales en ella, que en su caso eran muchos, así que captaste las últimas frases de la portera. Y también, retazos de los comentarios de los nuevos inquilinos, que dejaron en tu mente un poso sombrío y amargo.

Introdujiste la llave en la cerradura y entraste. La asistente de tu madre, Estefanía, en cuanto oyó el ruido de la puerta salió a recibirte. En el hall te hizo una seña de que las cosas no iban bien aquel día.

Entraste en el salón. Clara estaba sentada en una butaca al lado de la ventana, medio adormecida, ausente de la vivacidad y del bullebulle de *General Ricardos*, siempre lleno de coches en la calzada y gente en sus aceras.

Tu madre no era muy mayor, tenía setenta y siete años. Su rostro se ofrecía machacado, no solo por el tiempo vivido sino, sobre todo, por la falta de ganas de vivir más.

–¡Hola, mamá! ¿Qué tal estás? ¡Hoy te veo muy bien!

Y te acercaste, cariñoso, y animoso, a darle un beso.

Tu madre despertó del amodorramiento en que la habías encontrado.

–Quita, quita...

Se opuso, levantando la mano a la altura de la cara, por lo que tú solo pudiste rozar su cabello levemente con tus labios.

–A ver si te voy a pegar algo –remató.

Era la frase que utilizaba cuando no quería arrumacos, de un tiempo a esta parte, era lo habitual.

Respiraste profundamente, tratabas de rearmar tu entusiasmo, mientras cruzabas una mirada con Estefanía.

–¿Has cenado, mamá? Vengo con hambre, cenemos juntos y aprovechamos para hablar de los viejos tiempos.

Estefanía hizo gesto de encaminarse a la cocina a prepararla.

–Ya he cenado, he terminado hace un momento –contestó de inmediato tu madre–. Estefanía acaba de retirar los platos. ¿Verdad, Estefanía?

La cuidadora se detuvo sobre sus pasos, miró a tu madre y asintió. Tú sospechabas que no era verdad, Estefanía rehuyó la mirada.

Tu madre continuó.

–Me voy a la cama.

E hizo ademán de levantarse.Te acercaste para ayudarla. Pero ella se dirigió a la cuidadora.

–Estefanía, llévame al dormitorio.

Y, solo cuando esta llegó, ella extendió su brazo para buscar apoyo en el suyo.

Se levantó con gesto pesado y arrastró sus pies junto a Estefanía camino de la habitación, pasó a tu lado.

–Adiós, Alejandro. Vete por ahí, que lo pasarás mejor. Yo me voy a dormir, estoy cansada. –Dijo cuando se había alejado lo suficiente, terminando con cualquier intento de conversación por tu parte.

Regresaba la cruda realidad de todos los días cuando visitabas a tu

madre.

–Mamá, te acompaño a la cabecera y me tomo un vaso de leche contigo hasta que te duermas.

A tu madre le costaba andar, le suponía gran fatiga. Se detuvo y casi te gritó.

–¡No! ¡Quiero estar sola! No me gusta que vengas a perder el tiempo. ¡Tú, vive tu vida!

No era la primera vez que te lo soltaba. Aunque para ti eran igual de dolorosas todas las veces. Y, en cada una de ellas, siempre te quedabas sin respuesta. Incapaz de llevarle la contraria o enfrentarte a su pertinaz pesimismo.

Permaneciste de pie en mitad del salón, hecho un pasmarote, mientras las dos mujeres desaparecían camino del dormitorio.

Al poco, regresó Estefanía. Intentó un gesto de alivio para tu obligada resignación.

–Si quiere le preparo unos huevos fritos con un filete.

–¿Cree que luego podré despedirme de ella?

–Creo que es mejor que no. Ya sabe cómo es, no se preocupe, Alejandro.

Sí, lo sabías. Aunque te dolía su distanciamiento en esta etapa final de su vida.

–Pues me voy. Muchas gracias por su ofrecimiento.

Hiciste ademán de irte hacia la puerta, sin moverte, todavía esperabas otra alternativa de su parte.

Pero esta no se produjo. Tal vez porque no existía.

–Yo creo que es lo mejor, Alejandro. Se preocupa demasiado. Y no está sola, yo estoy aquí día y noche. Pocos hijos hacen tanto por sus padres. De verdad, no le dé importancia, son males de viejos. ¡No se atormente!

Era fácil decirlo, claro. Pero otra cosa era cómo te sentías tú por dentro.

Cuando habías caminado un par de pasos regresaste.

–Podría pasar a despedirme y darle un beso...

–Alejandro, Alejandro... Ya le he dado su pastilla para dormir. Márchese tranquilo.

Cerraste la puerta alicaído. Abajo, el portal estaba silencioso, Felisa se había recogido. Te hubiera gustado haber recibido de ella un empujón de autoestima. Pero no te quedó otra que marcharte sin ella.

La perspectiva de llegar a tu terraza y alejar tu pena mirando el cielo infinito te llamaba. Y también sentir dentro el latigazo del *Old Ripy*, con su efecto anestesiante primero, y euforizante después, que tú conocías. Aquella noche te sentías tan lúcido, y dolorido, que anticipabas lo que sucedería luego, con la inevitable resaca: el amodorramiento por la borrachera y la bajada de defensas por la que entraría la tristeza a raudales.

Viste un bar. No era aquel el que tú tenías en mente, un establecimiento plano y sin atractivo, en el que tú habías entrado un par de veces en muchos años, a pesar que lindaba con el inmueble de tu madre. Caminaste hacia otro un poco más arriba, en una callejuela adyacente a *General Ricardos* y que ya habías elegido, inclusive antes de visitar a tu madre, como forma última de rematar aquella noche aciaga.

Se llamaba *Faralaes* aquella cantina, que según tu amigo, el propio *Faralaes*, se inspiraba en *El bar de las mil botellas*, un chiringo de clase al lado de la *Plaza Roja*, en el mismísimo Moscú, cuya tradición arrancaba en los tiempos últimos de los zares.

Lo regentaba un jubilado de la *Especial*, que había salido recientemente del armario: Juan Bermúdez, alias *Faralaes*, al que acompañaba un barman semiautista, al que apodaban *Anacleto*.

En cuanto entraste te dio el mal fario. En vez de escuchar buen flamenco te encontraste con la tonadillera Isabel Pantoja, cantando unos temas del mejicano Juan Gabriel. Canciones comerciales sin duda, *Así fue* sonaba en aquellos momentos, y te malhería, pero lejos de las preferencias de tu amigo *Faralaes*, y de las tuyas propias, que buscabais otra cosa entre aquellas cuatro paredes que rezumaban latidos profundos en el corazón de lo *jondo*.

Aquello no era música, o no la que necesitabas. Para compensar,

oteaste en los anaqueles donde debía de estar tu botella, porque no habría otros que la pidieran: el viejo *Old Ripy* de Kentucky, receta de antes de la Ley Seca. Y allí yacía, con la raya en el mismo sitio que la dejó tu última copa.

Saludaste a *Anacleto*, el barman, otro viejo cascarrabias acabado de la edad del *Faralaes*, del que se rumoreaba que había sido agente hacía años en el CNI, de ahí su apodo, que hablaba menos que una pared blanca, y le pediste una copa de aquella botella que señalaste con el dedo. Con aquel tipo lo mejor era no gastar palabras.

Te endilgaste el primer lingotazo, y le preguntaste a aquel muro de cemento:

–*Anacleto*, ¿está el *Faralaes*?

La respuesta tardó, igual que si sus sílabas se molieran en un molino de piedra. Todo para contestar aquello.

–Ya ves que no.

Seguro que aquel cabrón había aprovechado su ausencia para alegrarse un poco con la Pantoja y el *Así fue* de algún amor antiguo, que todavía ocupara su mente y le ensimismara con aquel mutismo.

Para abreviar, le hiciste las dos últimas preguntas que te interesaban.

–¿Y qué le ha pasado? ¿Vendrá esta noche?

Como única respuesta el barman se fue al otro extremo de la barra a atender al otro único cliente. Pasó de vuelta por tu lado, solo porque por allí quedaba la ginebra *London* que escanciaría.

–*Anacleto*, todavía espero.

Se fue a por los hielos. Cuando sirvió al cliente regresó cansino a tu lado a colocar la ginebra en su anaquel. Y soltó la frase más larga que tú le habías escuchado en tu vida.

–Le han pinchado esta mañana en su barrio, todo por ser maricón, no ha sido nada, vendrá mañana.

Aquel fue para ti el remate amargo de aquella noche tan aciaga. Al cáliz doloroso de tu madre, tras un día absurdo en la comisaría, se añadía ahora la ausencia de tu amigo, de tu mentor en la *Especial*, atacado vilmente, a quien habías acudido en busca de recuerdos de los

buenos tiempos y algo de compañía.

Saliste a la calle, convertida en una boca negra moteada de luces. Y sacaste tu móvil con la intención de llamar a *Faralaes*. Te fallaron las fuerzas. Repasaste tus contactos por si encontrabas a alguien con quien echar el cierre o, por el contrario, acababas la noche con tu único amigo: el viejo telescopio que esperaba inmóvil y fiel en tu terraza.

No querías afrontar en soledad la inercia de los sucesos que habías presentido. Pero no siempre se encuentra una percha adecuada para colgar la soledad, cuando ésta, te embarga en la densa oscuridad de la noche.

CAPÍTULO 3

En la noche de aquel día de finales de septiembre de 2003, no había luna y unas estrellas declinantes apenas se vislumbraban cubiertas por una espesa nubosidad que las engullía.

En Madrid, en el centro de la ciudad, dentro de la almendra de la *M–30*, nadie miraba al cielo. Y menos aquel día, el peor de la semana, un miércoles cabrón y desquiciante, en el que todo el mundo estaba harto de estar harto, sin el consuelo de que aquello acabara pronto.

Había poca gente por las calles de aquel barrio residencial y tranquilo. Todavía no era muy tarde. Bastante antes de la medianoche. Y la que deambulaba por las aceras rumiaba su fastidio, su cansancio, cabizbaja y con prisa por recogerse.

Gente del último turno que ordenaba y cerraba en los grandes almacenes y regresaba a casa malhumorada, autónomos sin horario y con más estrecheces que suerte, desgraciados del turno nocturno que arrastraban sus pies hasta el tajo para cumplir su condena, mientras maldecían su fortuna cuando pisaban las rayas de las losetas de la acera.

El hotel se dibujaba al fondo de la calle semioscura y estrecha, parpadeaba su rótulo de neón en un verde farmacia. Un taxi se acercaba, se paró unas decenas de metros antes, aunque no podía ir a otro sitio más que a aquel, el único reclamo posible de aquella vía anodina del barrio de la *Fuente del Berro*.

Un barrio con un bonito e histórico parque, al que daba nombre una fuente a la entrada, que todavía conseguía filas de señoras que llenaban sus garrafas de aquel agua milagrosa.

Un barrio con callejuelas recónditas, aprisionadas contra el parque y la *M– 30,* a trasmano de gente de paso, como aquella rúa que envolvía con su silencio al taxi detenido en mitad de la misma, y que portaba uno de los nombres más bellos de la ciudad: la calle del *Porvenir*.

La muchacha bajó del coche y éste arrancó con un quejido lento y prologado. Luego se dirigió al hotel con pasos cansinos y, a mitad del

trecho que la separaba del mismo, se paró, levantó el rostro y miró al cielo.

Bajó la cabeza y se encaminó decidida a la puerta del luminoso verde, como si allí le aguardara el porvenir que anunciaba el chapón azul del letrero de la calle.

La segunda vez que se paró la muchacha fue esperando el ascensor y, la tercera y última de aquella noche, delante de la habitación 404. Llegó y se quedó frente a la puerta, inmóvil, como si tratara de descifrarse a sí misma por última vez.

La muchacha aparentaba veintiocho años. Era bellísima. Con un rostro del que los ángulos hubieran huido y se hubieran adueñado de él perfiles curvados y sedosos, acogedores, donde destacaba una boca sonriente, envolvente y hospitalaria, inclusive ahora que meditaba en no se sabía qué sombras de la noche.

Todo su rostro conducía a sus ojos: unas luminarias grandes, llenas de vida, con un fondo oscuro aunque cálido que atraían hacia su sima, invitándote a penetrar en ellos, sus ojos eran las ventanas de entrada a una casa confortable y segura.

Vestía llamativa, lo suficiente para equilibrar su larguísima melena negra, que le caía casi hasta la cintura, con una chaqueta, negra también, ligera y corta, de algodón.

Dueña de unas piernas largas y, aun así, las asentaba en unos botines de charol de gran tacón, que hacían a su falda, rojo burdeos, más corta de lo que era. Una blusa blanca, de brillos sedosos y transparencias, más veladas que evidentes, resultaba virginal en su pecho, alto y generoso, que se expandió aún más cuando inspiró, llenando sus pulmones del aire viciado y con olor a moqueta del pasillo. Luego, lo expiró acercándose aún más a la puerta.

Alzó su mano, apoyada en el pequeño bolso de charol negro que le colgaba del hombro hasta la cadera, a juego con los botines, y golpeó la puerta con decisión, percutiendo tres veces con los nudillos, blanquísimos, que ocultaban unas uñas pintadas de un rosa suave e infantil. Dentro, un hombre tumbado en la cama con los zapatos puestos, unos mocasines negros tipo *beefroll* que no habían sido

cepillados en los últimos días.

Cuando escuchó el golpeo decidido en la puerta se levantó con un gesto de complacencia pero lleno de enojo y con un rictus de fastidio por el ruido excesivo de aquellos golpes.

Allí permaneció unos instantes en silencio, sintiéndose su propia respiración y tratando de captar la de la muchacha al otro lado de la madera. De repente, dio un paso atrás y abrió la puerta con violencia. Se quedó muy cerca de la muchacha, que ni retrocedió ni musitó palabra. Y, con la misma brusquedad que había abierto, la agarró de un brazo y tiró de ella hacia el interior.

El hombre, con la puerta cerrada, pareció todavía más complacido con la situación. No con la muchacha, a la que giró sin miramientos y la colocó de bruces contra la madera barnizada de la entrada.

Él era más bien alto, fuerte, alzó sus talones para parecerlo más y elevó su voz sobre los hombros de la muchacha, tan cerca, que sus cabellos se echaron a un lado.

–¡No te muevas! No te muevas... –le conminó, después bajó la voz, más penetrante, más persuasiva.

La muchacha, sin moverse, acomodó su mejilla contra la puerta. Él se acercó más, a ella, que giró su ojo derecho al máximo para percibir lo que iba a suceder.

–¡Abre los brazos! ¡Y las piernas! –susurró el hombre con su aliento cada vez más próximo–. ¡Los brazos en cruz, te he dicho!

La chica soltó el bolso, que se estrelló con un golpe seco en la moqueta. Luego, sin despegar su pómulo de la puerta, abrió brazos y piernas, mientras en el silencio absoluto de la habitación solo se oía su respiración entrecortada.

El hombre insistía en sus órdenes, a pesar del control total que tenía de la situación.

–¡No bajes los brazos, te lo advierto...!

Él se agachó y cogió el bolso. Repasó, de arriba abajo, el cuerpo de la muchacha.

Después, tomándose su tiempo, abrió la cremallera del bolso y extrajo

una pequeña cartera, luego el teléfono, que se guardó en el bolsillo.

Tras ello, colocó el bolso a la altura de sus hombros y a continuación lo arrojó de nuevo al suelo con estrépito. La muchacha tragó la saliva mientras forzaba sus ojos hacia atrás en un arco inverosímil, no se atrevió a darse la vuelta.

Él, en apariencia tranquilo, abrió la cartera y leyó en voz alta:

–Tania Belinda Cortés Rasilla...

–Sí... –musitó la muchacha con voz muy baja.

El hombre la golpeó con la cartera en el pómulo, el derecho.

–¡Habla cuando te lo diga!, ¿estamos?

–Sí...

Él la golpeó de nuevo.

–Cuando te lo diga, repito. ¿Queda claro?

La muchacha bajó levemente la cabeza.

Él se situó aún más cerca de ella.

–Ahora voy a cachearte, espero no encontrar nada...

Metió su mano en la parte última de la melena de Tania Belinda, que le bajaba hasta casi el final de la espalda, y la subió luego, con lentitud, hasta la nuca. Allí se entretuvo registrando el cuello, orejas, sienes, y la cabeza de la chica, a la espera de algo oculto. Luego le quitó los pendientes de rosca con precisión de relojero suizo y se los metió en el bolsillo.

–Vamos a ver en la chaqueta... ¡Separa el cuerpo de la puerta! ¡Pero no la cara!, ¿eh?

La chica se apartó un palmo dejando apoyada la cabeza.

Él metió la mano entre el cuerpo y la puerta, recorriendo los bordes de la chaqueta de la muchacha con el índice y luego la costura central desde su cuello hasta el talle.

–A ver las solapas...

Se entretuvo repasando las costuras de las solapas, bordeando el pecho generoso de la chica.

–Tampoco hay nada aquí...

De repente, y con brusquedad, metió sus manos bajo la chaqueta y apretó ambos pechos a la muchacha, mientras pegaba su cuerpo al de ella.

Ella empezó a sollozar. El hombre no se detuvo. Le desabrochó con avidez la blusa y sacó ambos senos del sujetador, palpándolos, estrujándolos, como si en ellos estuviera el secreto que buscaba.

Cuando se sació, le habló al oído.

–Debe estar en las botas.

La muchacha suspiró aliviada.

–Quítatelas sin bajar los brazos y sin apartarte de la puerta.

La muchacha se quitó primero la de un pie, pisándose con el otro el talón y, con la segunda, trastabilló y estuvo a punto de caerse. El tipo la sujetó abrazándola por la cintura contra él. Luego, el hombre agarró las dos botas, metió una mano en ellas recorriendo su interior con calma otra vez y, como si no se fiara de su tacto, acercó los ojos a las mismas y luego respiró con intensidad su interior. Las dejó por fin en el suelo y ordenó de nuevo con avidez.

–Abre bien las piernas, ¡todo lo que puedas!

La muchacha sollozó más fuerte y pidió clemencia.

–No, por favor, basta...

Él no sintió empatía y le aplastó la cara, que la muchacha había despegado para quejarse, contra la puerta,

–¡Silencio! ¡Te dije que no hablaras!

La muchacha prosiguió con los sollozos, ahora sin musitar nada. Él deslizó por la piel, bajo la falda, su índice, desde las corvas hacia arriba. Luego lo dirigió hacia el interior de los muslos y siguió los bordes de la braguita, sin tocar el sexo. Cuando ella pensaba que finalizaría y casi bajaba los brazos, él le metió la mano entre las dos piernas, palpando y apretando con violencia.

–Lo tienes aquí, ¿eh?

La muchacha lloraba desvalida.

–Suéltame cabrón, cabrón...

Entonces le propinó un golpe seco en un costado.

–¡Como hables te rajo!

Él volvió a manosearla por debajo de la falda, a placer, sin resistencia de ella, sacó de un bolsillo un guante blanco de látex, y se lo puso a la chica a la altura de su rostro, para que lo viera.

–Cabrón, cabrón... – musitó ella, tan bajo, que él ya no la golpeó.

Pero no se puso el guante. Con la otra mano le bajó las bragas hasta la rodilla.

–A ver qué guardas en este par de sitios... Los secretos de las mujeres no tienen par en la naturaleza, ¿verdad?, en el mundo entero. El arte del ocultamiento se debió iniciar cuando se vistieron por primera vez Adán y Eva y, desde entonces, no ha hecho nada más que refinarse...

Él le susurraba a la muchacha al oído, mientras ésta, impotente, lloraba. Y la penetró con sus dos dedos. Luego la giró, con la misma brusquedad con que le había abierto la puerta de aquella habitación y con la misma violencia con la que la había agarrado del brazo y la había arrastrado hacia su interior. Y la empujó hasta tirarla de espaldas sobre la cama.

–Súbete la falda hasta la cintura. Te quitas la chaqueta y luego te cubres la cabeza con la blusa. ¡Y ni una palabra!

La muchacha se quitó la chaqueta y la dejó a su lado sobre la colcha, luego se subió la falda como una autómata, y la blusa, quedando con los brazos estirados para atrás.

Por un momento, sintió la sombra del hombre acercarse y oscurecer con su corpachón la habitación interponiéndose entre ella y la lámpara del techo. Y se asustó. Un miedo repentino, el que se produce cuando se perciben las catástrofes que van a ocurrir, igual que las de los astros que se salen de sus órbitas y chocan unos contra otros destruyéndolo todo.

Cerró los ojos y, en una oscuridad total, oyó el vozarrón del hombre, mientras éste le arrojaba la chaqueta por encima de la cabeza, para que se mantuviera a oscuras si se atrevía a abrir los ojos.

– ¡Y ahora grita, zorra! ¡Grita, si puedes! ¡Chilla, desgraciada!

CAPÍTULO 4

Separaste el rostro del telescopio y, contento con el hallazgo, te dirigiste a *Perlas*. El micho había decidido quedarse contigo un rato en la terraza, antes de vagar durante el resto de la noche por la cubierta del edificio y saltar de alféizar en vano y de terraza en balcón por el vecindario.

–¡Ahí está! ¡La estrella más brillante del cielo!

El gato miró a la bóveda celeste en busca de la brillante estrella. Tú te giraste a observarla por el telescopio y le hablabas al gato con un deje evocador y nostálgico.

–Se halla a ocho años luz de nosotros. ¡Los mismos que llevamos juntos! ¿Sabes lo que significa eso, *Perlas*?

La imagen de la estrella *Sirio* brillaba dentro del telescopio igual que un diamante de quinientos quilates. De blancura inocente y extraña, y con un haz de rayos que titilaban, enviaba sus guiños con quién sabe qué mensajes en el lenguaje indescifrable de las estrellas.

Te apartaste del telescopio y clavaste tu mirada en *Perlas* que la mantenía fijada en el cielo estrellado.

–Nosotros contemplamos ahora –contestaste por los dos– a la estrella tal y como era cuando yo te traje por primera vez a mi casa. Esa imagen ha tardado todos estos años en viajar hasta nosotros. ¿Te das cuenta, *Perlas*? Ahora vivimos los tres de nuevo en aquel tiempo.

Perlas empezó a lamerse con la lengua una de sus patas. A ti te decepcionó aquella falta de curiosidad hacia tus disertaciones científico–románticas y te giraste de nuevo para admirar por el telescopio los destellos de *Sirio* y sus rayos brillaban en la oscuridad con la luz de hacía ocho años.

–El tiempo... –suspiraste, cada vez más nostálgico– es un nudo de enigmas.

Te volviste de nuevo hacia *Perlas,* pero su sitio se encontraba vacío. Probablemente, se había ido harto de tus aburridas disquisiciones.

–¡La madre que te parió...! –no evitaste mascullar.

Sonó el inesperado pitido del teléfono móvil, que rasgó la irrealidad celeste imaginada que te envolvía y te retornó a la realidad. Te sobresaltaste y te dirigiste a zancadas hacia el interior, donde habías dejado el tuyo, te notabas un pálpito extraño. Descolgaste, expectante.

–Alejandro Cuevas... ¿quién llama?

Te mantuviste de pie, conmocionado, el semblante rígido y serio, los ojos absortos, mientras escuchabas atentamente sin musitar palabra alguna. Tu brazo izquierdo, estirado a lo largo de tu cuerpo, se fue tensando cual arco de ballesta. No pudiste evitar que tu puño se agarrotara, apretabas firmemente tus dedos contra la palma de la mano hasta clavarte las uñas en ella, luego, te tembló ligeramente el labio superior por la tensión acumulada.

–¿En qué hotel me dijiste...? ¡Voy ahora mismo!

Colgaste el teléfono, apretaste la tecla con saña y, a continuación, descolgaste la pistolera de la escarpia y te la acoplaste. Luego te pusiste la impoluta chaqueta que se adaptaba perfectamente al respaldo de una silla alta que allí había y buscaste con tus pies tus mocasines *beefroll* impecables, que te encajaste sin agacharte, dejando allí las babuchas, y apagaste la luz del *cobertizo* que quedó convertido en un claroscuro de sombras flotantes.

Cruzaste la cocina, desordenada. El fregadero, lleno de platos sucios y, en la pequeña mesa a tu derecha, se observaban restos de la cena todavía sin recoger, que recordaban a cadáveres en descomposición.

Cabizbajo, alcanzaste el hall y saliste del piso. Sentiste otra vez un pálpito extraño y miraste hacia la puerta que acababas de cerrar, como si alguien te observara por la mirilla. Tragaste saliva, mientras apretabas el botón del ascensor y se oían dentro de la casa los maullidos quejosos del gato.

CAPÍTULO 5

Hacia la una y pico de la madrugada, saliste del ascensor y avanzaste por el pasillo de la cuarta planta del hotel *El Porvenir*. Caminabas apesadumbrado.

Llegaste a la habitación 404. La puerta se encontraba entornada y se oían voces en el interior. Una pareja, clientes del hotel, camino a su habitación, se detuvo con curiosidad en la entrada tratando de adivinar qué pasaba.

Sin levantar la voz, solo con la firmeza que da el oficio, les ordenaste:

–¡Largo...!

El hombre iba a contestar, la mujer le agarró del brazo y luego tiró de él, alejándolo de la entrada, y retomaron el camino hacia su cuarto.

Entraste en el interior. Había otros tres hombres en él: un policía de uniforme que anotaba en una libreta lo que le dicitaban. Otro, detective científico de paisano y con guantes de látex, que fotografiaba la escena, y también recogía pruebas y detalles y se los cantaba al agente de uniforme y, por último, Julio Ribera, inspector como tú, perteneciente a la *Comisaría Especial*, de 42 años, alto, apuesto y de mirada decidida, casi volcánica, que se acercó en cuanto te vio.

Se aproximó a ti, que eras su compañero del alma y amigo, o tal vez solo enemigo íntimo, manteníais una relación llena de tensión, celos y desencuentros, sin embargo, de gran respeto profesional.

Julio te llamó por tu apellido, que reflejaba muy bien tu esencia: oscura y recóndita.

–Cuevas...

No dijiste nada, te aproximaste más y abriste los brazos hasta que enlazaste su cuerpo con ellos. En medio del abrazo, musitaste, lleno de tristeza.

–Julio, Julio...

Nunca le llamabas así en el trabajo. Solo aquella noche.

Os separasteis. El inspector de la científica recitaba su letanía con un aire repetitivo y cansino.

–La cartera, fuera del bolso… –sin tocarla le hizo una foto–. Sin teléfono móvil –tras echar una ojeada en él–. Las botas, quitadas a la entrada –nuevo clic que rompió el cortante silencio–, manchas de carmín sobre la puerta –iluminadas de una forma hiriente y extraña con el flash…

Julio y tú mirabais a la cama. Tremendamente serios.

En ella yacía Tania, tumbada de espaldas en el borde, con las piernas colgando, las bragas en las rodillas y la falda y la blusa levantadas, que le tapaban la cara, sobre ellas, la chaqueta. Había sido cosida literalmente a puñaladas en el vientre y el pecho.

El de la científica, una vez finalizada su tarea, te saludó:

–¡Qué hay, *Astrónomo*…!

También se os unió el uniformado. Rodeabais los cuatro hombres el cadáver en silencio.

El de la científica rompió el hielo, y se mostró humano y sensible por primera vez.

–Me da que ha sido *el juego del policía*… Y, luego, el perturbado ha perdido el control… ¡Quién sabe, a lo mejor es de los nuestros! Un cabrón que quizá esta tarde se fue al cine con sus hijos a ver *Buscando a Nemo*… ¡No te jode…! ¡Qué asco de vida! –exclamó amargado y desesperanzado.

Se habían producido varios casos de asesinatos en Estados Unidos en los últimos meses practicando *el rol del policía*. Y, en los dos últimos, los asesinos habían sido sendos inspectores del FBI. Existía preocupación a que pronto alguien lo imitara en nuestro país.

Miraste a Julio. Regresaste a tu trato frío y profesional, utilizando el apellido, lo habitual en el cuerpo.

–Ribera, sabremos quién reservó la habitación, ¿no?

–Un tipo muy listo. Hizo que reservara ella. No tenemos nada.

–¿Quién lo descubrió?

–Una camarera del servicio de habitaciones, le habían pedido una

cena en la 304 y se equivocó de planta. Si no, no nos hubiéramos enterado hasta mañana.

Serio y apesadumbrado, levantaste la blusa y la chaqueta de Tania que le cubrían la cara, hasta que te enfrentaste con los ojos abiertos y estupefactos de la muchacha. Julio notó el escalofrío que te recorría por tu sien izquierda, la única parte de tu cuerpo que no controlabas, aunque te rehiciste.

–La muerte es dulce, pero su antesala es cruel –recordaste aquella verdad.

La muchacha mostraba en sus ojos fríos su rencor con la vida, con el mundo, con vosotros, los policías, incapaces de prevenir ni de evitar nada.

Julio se rebeló, necesitaba ocultar aquellos ojos, para que no le hiriera su mirada perdida, llena de pavor, inocencia y tragedia, y no le siguiera conmocionando su sexo desnudo, exhibido cual víscera barata en un anaquel de mercadillo, ofreciendo en él aquella media sonrisa de desamor y de pena, ahora que se teñía de un color violáceo y extraterrenal.

Y también, necesitaba socavarte a ti, *Astrónomo*, a tu tremendo equilibrio y control, a tu falta de una mayor osadía ante la injusticia y el dolor, que Julio te achacaba.

Así que le soltó aquella frase, lo más tranquilo que pudo, al pobre novato de uniforme, mientras tapaba la cara a Tania:

–Ayúdame a echarle la colcha por encima... con cuidado.

–¡Eh, esperad un momento!, esto no le gustará al juez..., ¡ni a Moncho Chamorro! – gritó el detective de la científica.

Vio tal determinación en la mirada de Julio que se dispuso a efectuar, por si acaso, fotos del cuerpo y de la ropa de la cama, antes de que no quedaran igual que el asesino las había dejado. Julio no se molestó en justificarse ni en contestar aquel aviso tan sensato. No necesitaba hablar, su cara mostraba su absoluta determinación, y la rabia y rebeldía acumuladas que tensaban todos los músculos bajo su piel.

Cogió la colcha de una punta y le ordenó al agente que agarrara de la otra. Pero éste pareció inhibirse, tras el aviso del agente de la

científica. Julio se adelantó un paso y le señaló con un gesto al uniformado que se apartara, deseoso y ansioso de ser el único protagonista de aquella pequeña rebeldía.

Te miró mientras lo hacía, *Astrónomo*, y pudo darse cuenta que, por una vez en la vida, arriesgabas y salías del carril de lo políticamente correcto. Hiciste ademán de agacharte y coger tú la otra punta de la colcha para ayudarle, Julio aceleró el movimiento para ponerte en evidencia, tu mano quedó tendida en el vacío. A continuación extendió rápidamente la misma, justo para taparle el pubis, donde destacaba aquella media sonrisa, con sus labios cerrados a cal y canto, carnosos, apetecibles, que ya no amarían jamás.

Julio se sintió mejor tras hacerlo, mientras observaba que dirigías tu mirada a tus zapatos, siempre tan limpios, tan brillantes, reflejo de tu equilibrio que él tanto envidiaba.

Así que, antes de que le asediara de nuevo la depresión, Julio salió de la habitación con el placer añadido de notar tus pasos tras los suyos. Bien cierto era que allí ya no teníais nada que hacer, ni tú ni él, hasta que no apareciera el juez y vuestro jefe Moncho Chamorro. Él establecería el equipo que dirigiría la investigación. Porque sería la *Comisaría Especial* quien se encargaría del caso, por lo menos inicialmente, hasta comprobar si el asesinato había seguido algún ritual psicótico, copiado e importado de alguno de los locos de atar norteamericanos, los verdaderos innovadores en la materia.

Descendisteis en silencio en el ascensor. Cuando habíais sobrepasado el lobby te volviste y le hablaste al encargado.

–A lo mejor se lo han preguntado antes, ¿hay cámaras de seguridad?

–No, ya se lo dijimos a sus compañeros. Nunca había pasado nada antes.

–¿No vieron nada raro, alguien que entrara que no les sonara?

–En recepción nadie retiró la llave de la habitación. La recepcionista de ese turno cree recordar que vio subir a la señorita sola. El hombre debió subir antes y según sus compañeros forzó la cerradura con una ganzúa y la esperó adentro. Nadie notó nada fuera de lo particular. Tenemos una cafetería-restaurante que tiene bastante éxito en el

barrio. Viene mucha gente que no pernocta en el hotel. Para nosotros, es casi imposible señalar algo.

Julio no pudo evitarlo. Y le habló al encargado, con sorna.

–Es nuestro compañero más inteligente. Tenga paciencia con él, necesita comprobarlo todo él mismo.

Tú, ni te inmutaste. Te dirigiste a la puerta y saliste sin despedirte.

Aparcado encima de la acera, había un coche de policía con la sirena luminosa. Otro vehículo se acababa de marchar, probablemente perteneciente a la comisaría del distrito, la de Ciudad Lineal de la travesía *Virgen de la Roca*, que también estaría involucrada en la investigación.

Otros dos coches más, los vuestros, sin distintivo policial, con la sirena puesta en su techo, aunque apagada, completaban el dispositivo que se había implementado a resultas de la llamada de la camarera del hotel. Os dirigisteis ambos a ellos con vuestra llave en la mano y, cuando ya estabas apuntando con el mando abrepuertas hacia el tuyo, exclamaste:

–¡No puedo más, Julio!... Me voy a mi casa.

Julio pareció sorprenderse al oír tus palabras. ¡Dichas de forma tan personal! Así que se animó a abrirte a ti parte del pozo negro de su interior, del que casi nadie sabía nada. Nadie, no. Solo, una mujer.

–¡Yo tampoco podría dormirme esta noche, Alejandro! ¡Vayámonos por ahí...!

–Pues vente a mi casa... Está oscuro, pero parece que saldrán de nuevo las estrellas –musitaste–. Sé que no te gusta el bourbon, tengo una de *Chivas* casi llena –terminaste con pocas ganas de convencerlo.

Julio contestó con un indeciso no, que quizás hubiera sido un sí, si hubieras insistido.

–No, tu casa no... No quiero tristeza... Necesito caminar, cansarme, desahogarme... ¡Bah, da igual! ¡Siempre me las arreglo solo!

Su negativa te vino al pelo para recluirte otra vez en tu cielo estrellado. Julio se dio cuenta. Sí, te vino bien para evitarlo como siempre, debió pensar.

–Mañana tomamos juntos el primer café, Julio –dijiste animoso queriendo terminar la conversación, pasando página a una noche tan triste y remitiéndole al día siguiente.

–Mañana, mañana... –repitió Julio, robotizado, aquella palabra que para él, en aquellos momentos, hablaba de una fecha lejanísima.

Y luego continuó con amargura:

–Aunque Tania ya no disfrutará nunca de un mañana.

Te clavó ese arpón donde más te dolía.

Sin darte tiempo a reaccionar, apretó su mando y su vehículo encendió las luces con un clic-clic, que sonó ofensivo en tus oídos. No te descomponías con facilidad. Cuando Julio se había metido ya en su coche e iba a cerrar la puerta del mismo, escuchó tu voz medio dubitativa:

–Que descanses. Mañana nos vemos, Ribera.

Y Julio, al oírte usar su apellido, notó, con regocijo, que intentabas sobreponerte a la creciente tristeza. Había conseguido herirte con sus palabras sobre la muchacha.

CAPÍTULO 6

Aquella noche, del mismo modo que tantas otras, te sentaste a escribir. Necesitabas relajar aquel hermetismo férreo que utilizabas con tus compañeros, con Julio en particular, para que brotara al exterior el magma que se acumulaba y envenenaba tu interior.

Sentado en el escritorio, rumiabas tus pensamientos a la luz de aquella antigualla de lámpara que no la mercarían ni en el más cutre tenderete del Rastro. Fuera, en la Casa de Campo, una noche negra azabache cubría a los astros como se tapan a los muebles en las casas abandonadas.

Habías elegido un *Parker* vetusto con capuchón de concha usada y gris, y lo deslizabas por el papel, del mismo modo que un violinista lo haría por las cuerdas desnudas de su garganta. La cuartilla la encabezaba un nombre en mayúsculas: TANIA. Vertiste en ella toda la tristeza y desolación que llevabas dentro.

Tú ya terminabas. Aunque tus conclusiones eran preguntas sin respuesta.

–¿Sabes, Tania, por qué el mundo avanza? ¿A pesar de los hijos de la gran puta, de los cobardes como yo, de los temerosos, de los avaros y de los ruines? Solo por gente que posee la pureza de las estrellas.

Te quedaste pensativo, preguntándote si el perfume de aquel ramillete de palabras finales, poéticas y hermosas, habría podido ocultar el olor fétido y nauseabundo de todo lo anterior.

Resignado, tiraste del cajón del escritorio y sacaste la carpeta. La abriste y contemplaste con la mirada brumosa aquel mazo de cuartillas, alineadas y agrupadas en una docena y media de expedientes, identificados con un pósit amarillo, que contenía un nombre, pegado en la esquina izquierda de cada uno, y que organizabas con el mismo celo con el que trabajabas en los casos que te asignaban.

Casi todos los nombres de los dosieres se correspondían con el de alguna persona relevante en tu vida. Despegaste un pósit y luego lo

fijaste sobre la esquina de aquella cuartilla recién escrita. A continuación anotaste en él: TANIA.

Lo metiste encima de los anteriores y echaste las presillas a la carpeta. Luego empujaste el cajón hasta el fondo. Como un sepulturero sella celosamente el féretro, antes de enterrar, bien profundo, el cadáver, para evitar que emerja, cada noche, otro muerto infame que nunca termina de morir.

Flotaba tanta desolación aquella noche que *Perlas* se había apiadado de ti y había abandonado sus alféizares y barandillas y te miraba con aquellos ojos, únicas estrellas luminosas de la noche. Tu mirada buscó la suya. Y la suya, la cristalera de la terraza. Como si hubiera detectado un ruido inaudible, de los que solo escuchan los gatos.

–Hoy ha muerto Tania, *Perlas*, una mujer que brillaba más que ninguna. Pese a que vivía de su cuerpo. Yo nunca la olvidaré, tengo tanto que agradecerle… Cuando Malena me dejó, me quedé sin fuerzas, ni podía levantar el tubo del telescopio. Entonces apareció ella y me sacó adelante…, Tania…, mi "doctora Tania", …¿por qué?

Cerraste los ojos y te inundaron los recuerdos. Las imágenes relacionadas con aquella muchacha llena de vida, a la que se la habían segado aquella misma noche.

La primera vez que supiste de Tania fue a través de Julio Ribera. Lo conocías desde que coincidisteis en la *Comisaría de Chamartín* y luego en la *Comisaría Especial* donde ambos habíais trabajado juntos durante los últimos tiempos.

Una noche de verano de hacía casi dos años le invitaste a cenar en tu terraza. De hecho, ya no lo hacías con nadie, harto de saciar la curiosidad de todo aquel al que le llegaba a sus oídos tu apodo de *El astrónomo*, o aburrido de enseñar tu viejo telescopio a gente que nunca se interesaría como tú por las estrellas.

Con tu compañero Julio no te había quedado más remedio que invitarlo aquella noche. Esa misma mañana habíais salido juntos, como siempre, a tomar el café mañanero a *Los candiles*, aquel bar de nombre tan crepuscular.

Por aquellos días se te veía más distraído de lo habitual y más

hermético. Tal vez por eso ni la viste, sentada en la mesita de una esquina de la terraza del bar, hasta que prácticamente ya habíais llegado.

Malena te habló y Julio contempló tu sobresalto. Te llamó con un nombre familiar que él nunca había escuchado a nadie.

–¡Eh, Álex!

El tono de su voz denotaba molestia, fastidio y algo similar al hartazgo. Tú, nada más reparar en ella, le dijiste a Julio:

–Pasa dentro y espérame ahí.

A un tío tan discreto, no le gustaban los testigos en sus asuntos personales. Luego te dirigiste hacia la mesita donde se encontraba la muchacha pareciendo un poco chocado por la sorpresa, mas con un brillo de esperanza en la mirada.

Apoyado en el mostrador del bar, Julio observaba todo a través de la cristalera. Desde allí no oía nada, resultaba una conversación muda, amortiguada por el cerramiento del local y por la cháchara de dentro.

Ella te habló muy claro aunque no lo querías entender. Al final, se cansó de tus súplicas y, con un gesto definitivo, te dio una bolsa. Sobresalía en ella una caja envuelta en papel de regalo. Sin abrir.

Después, se levantó sin mediar palabra, y se fue.

Entraste en *Los candiles* con la bolsa en la mano. Julio te miró. Y tú a la cristalera. Te diste cuenta de que lo había visto todo. Querías darle una explicación.

–Me estoy separando de mi mujer. Bueno, ella de mí. ¿Te apetece cenar en mi casa esta noche?

Julio se sorprendió de tu franqueza, en algo tan personal. También supo lo que contenía la bolsa, el postre de la cena: una caja de bombones belgas, de Lieja, excepcionales.

Aquel había sido un último regalo tuyo hacia ella para endulzar una relación muy amarga. ¡Y había sido rechazado de una forma tan definitiva! Mediante aquel gesto, que había observado Julio por la cristalera, que resultaba disuasorio para cualquier intento futuro de reanudación de la relación por tu parte.

Cenar, no cenasteis aquella noche. Estabas tan abatido que no tenías ganas de preparar nada, así que disteis cuenta de la caja entera de los bombones *Galler* y dejasteis tiritando una botella de bourbon *Old Ripy* y un *Chivas* 12 años que reservabas para algún visitante que, al final, resultó ser Julio.

Nunca Julio te había visto con las defensas tan bajas, tan vulnerable y necesitado como esa noche. Nunca más te vería así. Casi todo lo que conoce de ti se lo revelaste durante aquella velada. Propiciado por la confidencia que facilitaba el alcohol, el manto del cielo estrellado que os empequeñecía y hermanaba a ambos y la compañía de *Perlas*.

Perlas y Julio se hicieron muy amigos rápidamente y Julio comprendió que esa amistad era una llave para llegar a ti, mientras el michino ronroneaba en su regazo, te soltó:

–Esa cara de estraza que se te ha quedado desde que Malena te dejó, te la quitaba alguien que yo me sé.

No contestaste, solo le diste otro achuchón a la botella. Julio sacó su agenda del bolsillo, cortó una hoja y escribió un nombre y un número: Tania, 606343475. Y te la entregó.

Así entró Tania en tu vida, unos años antes lo hizo en la de Julio. Cicatrizaba heridas y levantaba el ánimo. Para eso era la mejor. A Julio se la había presentado otro compañero en la época de la *Comisaría de Chamartín*, que había fallecido hacía poco. Le hizo a Julio un gran favor. Como Julio supo que te lo hacía a ti.

Así recordaste su llegada a tu vida la noche en que la habían asesinado.

Luego buscaste el número de Tania en tu móvil. Uno de aquellos teléfonos antiguos de pocas funciones, era finales de septiembre del 2003. Había pasado bastante tiempo desde que no hablabas con ella, más de un año, por eso no lo recordabas bien. Cuando lo encontraste, lo anotaste.

Después buscaste entre tus contactos hasta que llegaste a *Investigación telefónica.* Recordaste que Chema estaba de guardia aquella noche. Bebiste un buen trago de bourbon y escribiste un mensaje en tu *Nokia*:

–Chema, necesito que me hagas un favor. Mándame rápidamente los

números de llamadas entrantes y salientes del 606343475, de la última semana; en particular, los de ayer. No he solicitado todavía la orden judicial, el crimen ha sido hace unas horas. La tendré mañana. Gracias, te debo una.

Apretaste la tecla de envío, colgaste el teléfono y lo dejaste sobre la mesita. A continuación te endilgaste otro trago de *Old Ripy* y miraste al cielo, donde se distinguían ahora algunos astros diminutos que se hacían hueco entre la oscuridad de la neblina que intentaba cubrirlos.

CAPÍTULO 7

–Tania había nacido para el amor, *Perlas*, igual que otras mujeres para ser ingenieras, astronautas, o poetas.

Perlas empezó a lamerse la pata.

–Recuerdo lo que me dijo un día en su dormitorio. Acabábamos de hacer el amor, yo estaba tumbado de espaldas y ella recostada encima de mí. El sol llenaba toda la habitación de una luz alegre y blanca. Tania sonreía todo el tiempo y te besaba tras cada frase que decía.

Le pegaste otro tiento al bourbon, porque no desaparecían de tu mente las piernas abiertas de par en par sobre la cama del hotel *El Porvenir*. Con el pecho y el vientre, chorreando sangre.

El cielo vino en tu ayuda, las estrellas aparecieron por el norte.

–Aquel día Tania me dijo: Alejandro, no hay nada que me guste más en este mundo que curar a los hombres, ¡a mi hombre! –y me besó, me hacía sentirme bien–. Devolverles la alegría, que vuelvan a ser hombres de nuevo, ¡como tú! Me hubiera gustado ser médico, nunca tuve posibles, ni me acerqué. En realidad ni acabé la secundaria. En Colombia todo es muy difícil, mucho más que aquí…

–Sí, *Perlas* –continuaste desazonado–. La vida puede ser dura. Pero solo duele, realmente, cuando es cruel.

Levantaste el vaso de bourbon y lo situaste entre tú y las estrellas. Tal vez querías verlas a través del whisky, ya solo eras un ser líquido de licor de maíz y cebada, un ser inconsistente y frágil, como la mayor parte de las estrellas que solo son bolas inmensas de gas.

–*Perlas*, las estrellas todo lo conocen, desde allá. Guardan tu secreto. Algún día te contaré el mío: el porqué me hice policía…

Eso no se lo habías explicado nunca a nadie. Ni a Tania. Y mucho menos a Julio, con el que, a pesar de la flaqueza que mostraste la noche de la cena, practicabas un hermetismo disuasorio que siempre te reprochaba.

Te endilgaste el vaso de un trago, llevándote aquel secreto al profundo

pozo de tu interior. Luego continuaste con las palabras de Tania aquel día, abrazados en la cama, rozándote con su lengua húmeda y cálida en el oído.

–¿Sabes, Alejandro?, de repente un día me di cuenta. En realidad, aunque no haya pasado por la universidad, soy ya una médico mucho más importante que la mayoría. Y mi consulta es de las más cotizadas. Llena de clientes importantes, policías, hombres de negocios..., ¡hasta un notario! Hay lista de espera para semanas, meses enteros. Aunque siempre haré un hueco para mi Alejandro, ¿verdad? –me besó de nuevo en la boca–. Porque tú ya estás curado. De la enfermedad que se llama Malena, ¿verdad? Sé que aún guardas secretos en la recámara de tu corazón. Cosas anteriores a ella que no has contado a nadie, ¿verdad? –y me besó otra vez, apasionadamente–. Yo tengo más paciencia que nadie. Y más ganas de aprender que nadie. Lo sabes, ¿verdad? ¡Algún día lo conseguiré! ¡Me dirás el secreto más profundo que guardas en tu corazón! –y me besó de nuevo, ¡cuántas veces lo haría cada día que nos citábamos!

Cogiste a *Perlas* y lo sentaste en tu regazo, rara vez lo hacías, y le acariciaste el lomo una y otra vez.

–Tania reconstituía espíritus alicaídos, motivaba cuerpos deprimidos, encendía pasiones marchitas. Le daba a su compañero su espacio en la cama. Sabía llevarlo muy bien.

Perlas ronroneaba pensando que aquellos piropos eran dedicados a su pelo, suave y eléctrico. Te quedaste en silencio mientras recordabas vuestros últimos encuentros.

Tú llegabas a su casa y ella te esperaba en la cama con un batín de seda tailandesa o con una faldita y una blusa de colegiala. Se incorporaba, alegre y risueña, al verte.

–¿A qué jugamos hoy? –te decía.

Y jugabais a colegiales. O camareros. O cura y monja. O tío y sobrina. Jugabais a todo y os disfrazabais para disfrutar.

–Ahora súbete la falda hasta la cintura y tápate la cabeza con la blusa. ¡Y, ni una palabra!

Y Tania se reía insinuando unas braguitas con puntillas que te

incendiaban.

Fuiste a buscar una manta al cobertizo para dormir en la terraza. Aquella noche no podrías hacerlo en ningún otro sitio. Necesitabas el aire libre y la distancia infinita de las estrellas, que dominaban la bóveda celeste. Volviste con la manta en una mano, en la otra traías la cesta nido en la que dormía *Perlas*. Luego, en mitad de la terraza, te quitaste los mocasines, te tumbaste en una hamaca, te echaste la manta por encima y *Perlas* se acurrucó en la cesta que reposaba sobre la otra.

Perlas empezó a roncar, tú solo mirabas el cielo. En él, una galaxia sangrienta te mostraba, lleno de luces, el cuerpo de Tania desnudo y cosido a puñaladas.

Diste un último trago, largo, al bourbon. Dicen que el tiempo, y el whisky, te distraen del dolor con su olvido. Al final, te dormiste. Y, en tu imaginación, un cielo estrellado y bellísimo era la bóveda que cubría un mostrador de bar enormemente largo, los anaqueles repletos de *Old Ripy* y un ángel, con el rostro de una Tania sonriente y hospitalaria, vestido de camarero.

Justo entonces, tu móvil se iluminó sobre la mesita y emitió el zumbido que tú, recostado sobre el mostrador celestial, no oíste: te avisaba de un mensaje que te acababa de entrar del departamento de *Investigación telefónica*.

CAPÍTULO 8

Caminar las aceras de Madrid, y de noche, tiene algo de onanismo propio y de voyerismo ajeno. Rumias tus problemas, manoseándolos, agrandándolos mientras los tocas, o, solucionándolos con cada paso que das al pisar la dura e indiferente acera; te reafirmas en tus obsesiones, hundiéndote más en el hoyo tras machacar con tus pies cualquier esperanza, o, por el contrario, te imaginas que sales un poco más a flote si quisieras creerlo, y que alejas tus zapatos del barrizal en el que habías entrado.

Y están los demás. Que te miran. Que te observan cuando te cruzas con ellos en las aceras. En su mirada, buscas una confirmación de lo que sientes en ese momento.

Julio Ribera recordó, cuando caminaba de noche por las aceras de Madrid, lo que le había dicho la dulce Tania:

–Cuando observo a un hombre triste, rabioso, o herido por el dolor, lo que veo en él es a todos los que lo miraron antes que yo y lo trataron con odio y le causaron tanto daño.

¿Sería por eso que Tania transmitía tanta alegría? ¿Para contagiar a los que se hallaban con ella?

–Ah, Tania, Tania... ¿Y de qué te ha servido tu alegría, tu belleza? –pensó con pena, al recordar sus piernas colgantes de la cama.

Julio navegaba aquella noche del mismo modo que un barco a la deriva. Había decidido, cuando tú te negaste a acompañarlo, que estacionaría el coche en el parking de su apartamento, anodino y sin gracia, en el barrio de *Embajadores*, para agarrarse una cogorza monumental. Era la única vía que se le antojaba útil, e ineludible, para resolver el caos y la destrucción que el asesinato de Tania había provocado en su interior.

Se había adentrado, casi sin darse cuenta, en las callejas de *Lavapiés*, cerca de *Tirso de Molina*, que exhibían la vivacidad, aquella alegría que ostenta de noche la gente que vive mal por el día. Sí, todos aquellos grupos de chicos y chicas jóvenes, muchos de ellos

emigrantes, buscaban un rato de expansión pero, sobre todo, de olvido de las penalidades que arrastraban en sus trabajos denigrantes durante la jornada.

Además, era un día de mediados de semana, una fecha de ofertas en las discotecas, bares y pubs, que incentivaban a los que andaban justitos de fondos a animarse y a aligerar el bolsillo. Y en el año 2003 todo aquel colectivo de semimarginados, emigrantes y jóvenes parados, o parcialmente ocupados, vivían como todos, levantando un poco los pies del suelo con la energía que proporcionaba la *burbuja* que estallaría unos años más tarde. Eso incrementaba la alegría y la vivacidad, y la inventiva, que se respiraban por doquier.

Julio así lo percibía en la gente que se topaba por las aceras. Todos pensaban que la efervescencia duraría siempre y se reflejaba en las ganas de salir, de consumir, de disfrutar de la noche y sus vericuetos. Julio respiraba aquella excitación, contagiosa y multicultural, que conducía a los antros y discotecas en donde a ellos y, sobre todo a él, pensaba, les esperaba el cálido latigazo del alcohol, con el que reforzar y elevar aquellas sensaciones placenteras y, en su caso, ahogar la tristeza que le traía a las entretelas del alma el recuerdo de Tania

Los chavales reían y cantaban por la calle, con un combinado en la mano, y bromeando unos con otros. Julio se había fijado en el grupo que iba delante de él, un par de chicos junto a dos chicas que le acababan de adelantar. Una de las muchachas, poseedora de una melena negra, larguísima, le rozó con ella en el brazo y él reparó en su figura, que era calcada de la de Tania. La contempló de modo fugaz, medio perfil de su rostro suave y terso, como un melocotón en su punto y una boca sonriente de dientes blancos, contrapunto de unos ojos que complementaban al pelo, con unas cejas y pestañas igual de rotundas. Un pálpito de alegría, le subió al alma. Los chicos andaban rápido y Julio, miméticamente, aceleró el paso, unciéndose a su juventud, a sus ganas de disfrutar, a su alegría. Siguiendo el movimiento de barco de la melena de Elizabeth, que así se llamaba aquella goleta que surcaba, segura y atrevida, las procelosas aguas de las aceras de *Lavapiés*.

En un momento dado, ella volvió la cabeza y lo miró. Él, sin evitarlo, esbozó una sonrisa de adolescente, que le hubiera sorprendido al verse. Ella le correspondió con otra sonrisa breve, dejándolo con ganas de más, mientras, en un giro femenino de su cabeza, le mostraba otra vez su melena, la cortina tras la que se escondieran todos sus secretos, no solo de alcoba, sino de su juventud y futuro.

Los chicos llegaron a la puerta de la discoteca. Un antro cutre y barato. Se notaba que la frecuentaban a menudo porque conocían al portero, al que saludaron efusivamente, antes de bajar, sin pagar, las escaleras que conducían al interior, de donde emergían, acolchadas, las notas de aquel primer éxito de Beyoncé, *Crazy in love*, junto al rapero Jay-Z.

–Miro y miro tan profundamente en tus ojos... Tengo la esperanza de que me salves justamente hoy.

Elizabeth, antes de desaparecer en la densa oscuridad de aquella cueva, giró de nuevo su cabeza y comprobó que Julio la había seguido, fiel sabueso que rastreaba su estela.

Así que, con tal inyección de moral, avanzó Ribera decidido y se dispuso a bajar las escaleras, mientras ya sonaba aquella canción de *Jarabe de Palo*. Pau Donés repetía:

–Bonita la gente que es de verdad. Bonito, bonito... Hoy todo me parece bonito...

Pero el portero despertó de su permisividad anterior y le gritó, sacándole a Julio de pensamientos tan reconfortantes:

–¡Eh! ¡Oiga! ¿Tiene usted entrada?

–¡Perdone! Pensaba que se pagaba abajo. ¿Cuánto es?

–Ahí –dijo señalando con el índice–, en la taquilla.

Y allí se dirigió mientras no paraba de mirar escaleras abajo.

CAPÍTULO 9

Al poco, ya estaba Ribera acodado en la barra de la discoteca con un combinado en la mano y charlando con Elizabeth. Había sido fácil: entró y, cuando sus ojos se estaban acostumbrando todavía a la oscuridad de las mesas y de los sofás que rodeaban la pista, le inundó de soslayo la luz de la barra del bar que quedaba detrás, a la derecha. Y allí se encontraba ella, sola.

Conectaron rápido, daba la impresión de que se conocían de toda la vida. «La vida con una mujer que te gusta es solo repetir, una y otra, vez la magia del primer flechazo», vinieron a su mente las sabias palabras de Tania. Cómo no conectar con aquella chica todo suavidad, calidez e íntima alegría. Era fácil. Le hacía gracia su acento, un acento caribeño; de Dominicana, le había dicho la muchacha. Como Tania, que era justo de enfrente, de la región de Antioquia, ya en Colombia.

El alcohol, y la música, y el acercarse el uno al otro para hablar, hicieron que creciera la atracción, y la intimidad, entre ellos.

–¿Sabes, Elizabeth? Me recuerdas mucho a una chica que conocía.

Ella le interrumpió con un mohín de disgusto.

–Eso no se le dice a una mujer, Julio. A tu edad deberías saberlo.

–Es verdad, perdóname. Esta noche estoy un poco trastornado. Pero es que esa chica acaba de morir. No sabes lo triste que me siento...

Otra chica se habría despedido al momento. Julio intuyó, en su interior, que Elizabeth tenía algo de cuidadora, igual que Tania.

Sí, Elizabeth lo vio tan desvalido en aquel momento, tan necesitado de cariño, que se acercó y lo abrazó.

–Lo siento. Lo siento muchísimo. Eso es otra cosa... y lo entiendo. Me gustaría estar cerca de ti esta noche.

Elizabeth había acabado la frase en su oído. Julio se había dejado abrazar al principio y luego se estrechó también contra ella. El contacto de sus cuerpos les unió todavía más. Permanecieron así unos instantes largos. Íntimos. Cuando separaron sus cabezas Elizabeth puso sus labios tan cerca de los de Julio que éste los besó. Enseguida

recapacitó, la apartó con suavidad.

–Elizabeth..., gracias... Podría ser tu padre. Solo quería charlar... Estar cerca de una mujer joven, como tú, como ella.

–Déjame, déjame hacer... Yo no me siento tu hija... Te noto tan frágil... ¡Eres tan distinto, tan distinto a todos...!

Elizabeth lo besó parsimoniosamente, apretó su cuerpo contra el suyo, que se recostaba en la barra del bar. Julio al sentir entre sus brazos de nuevo un cuerpo joven y bello se encendió y le correspondió. Cuando terminó ella, comenzó él, con mayor ardor si cabe. Recordó aquellas palabras de Tania: «Si te dejas llevar por la primera ola del amor, ésta te llevará a otra y luego a otra más, en un oleaje sin fin».

–¡Vamos juntos, corazón...!

Exclamó la muchacha, pensando quizás en una playa tranquila donde disfrutar de aquel oleaje del que hablaba Tania.

–Sí, vámonos a mi casa, no me he traído el coche, cogeremos un taxi.

Ella le sonrió, muy cerca de sus labios.

–No, he venido con amigos, no puedo marcharme ahora contigo...

Ella se separó y le cogió de la mano.

–Cómo se nota que no frecuentas estos sitios. Ven conmigo...

–Voy contigo, pero dónde...

Salieron de la barra cogidos de la mano. Ella, que conocía el terreno, tiraba de él. Llegaron a un pasillo recóndito y apartado, debajo de la escalera y Elizabeth miró la puerta, con un mohín gracioso.

–Un sitio tan romántico como cualquiera: el baño de minusválidos...

Él, frente a su sonrisa, no pudo por menos que mostrar la suya.

–Esta noche voy a rejuvenecer un poco, que me hace falta.

–Claro, corazón... Y yo a madurar, ¿no crees?

Ella se acercó mimosa y se recostó sobre la puerta atrayéndolo contra su cuerpo. Y, luego, cuando él ya ardía, le susurró, al oído. Su lengua le rozaba y Julio sentía las descargas de la corriente de alto voltaje que los unía.

–Entra tú, amor... Espérame aquí. Voy al baño de las chicas a prepararme.

Julio sonrió y la vio marchar admirando su forma de andar, tan sensual, y su juventud y belleza. Un ramillete de sensaciones con las que iba a disfrutar aquella noche hasta embriagarse. Con estos pensamientos acelerándose en su cabeza abrió la puerta del baño y entró para una espera que ansiaba corta.

En tanto aparecía de nuevo Elizabeth, Julio trató de tomar posesión del lugar. Al menos había espacio y estaba limpio, pensó.

La taza tenía a media altura unos asideros para acomodarse en ella. Allí se le iba la mente a Julio, ya lujurioso, para agarrarse a ellas, empujarse contra ellas, apoyarse o incluso sentarse sobre ellas, en función de las posturas que desfilaban por su mente.

Se volvió para mirar el cierre de la puerta, no fuera que alguien les sorprendiera durante la faena y observó que el cerrojito interior tenía rota la presilla de engarce. Seguro que en algún momento la habían abierto a patadas, pensó, porque algún cliente se hubiera quedado amodorrado o dormido con el *colocón* y no respondiera a las llamadas desde fuera.

Bueno, a grandes males, grandes remedios, podrían apoyarse sobre la puerta, se dijo y, según la miraba, descubrió un segundo cerrojito, que estaba operativo y que se situaba en la parte alta de la misma, rozaba el techo, por encima de su cabeza.

Se quedó tranquilo y siguió inspeccionando el habitáculo, mientras su mente, en llamas, imaginaba contra qué iba a empujar el cuerpo de la muchacha, para tenerla más cerca aún, cuando por fin apareciera.

–Un sitio tan romántico como cualquiera... –había dicho Elizabeth y Julio pensó, por un momento que, inclusive, más.

CAPÍTULO 10

De repente la puerta se abrió con violencia. Alguien, desde fuera, le propinó un fuerte empujón. Al abrirse, golpeó la espalda de Ribera, con tanto ímpetu, que lo lanzó de bruces contra la pared del fondo. Dos jóvenes penetraron en el baño. El primero llevaba una navaja automática en su mano derecha.

Ribera quedó medio aturdido después del violento portazo en su espalda y del morrazo que se dio a continuación contra la pared, aunque mitigado porque le dio tiempo a poner una de sus manos. Había tenido suerte de no mirar la puerta. Eso hubiera sido muchísimo peor para sus narices.

El primer joven se abalanzó sobre él para agarrarlo del cuello e inmovilizarlo con la navaja; ante su sorpresa, Ribera se revolvió y, todavía de espaldas, agarró el palo de una fregona y lanzó un golpe certero hacia atrás que se incrustó en el estómago del atacante, que cayó hacia el suelo dolorido y perdió la navaja. Rápidamente, y antes de que se adesplomara del todo, Ribera se dio la vuelta y machacó con un fuerte pisotón la espalda del joven, que acabó de bruces contra el pavimento. Una vez en el piso, le soltó una terrible patada en el costado con la otra pierna, dejando al muchacho inconsciente.

El otro atacante, recuperado de la sorpresa inicial, abrió su navaja automática y adelantó amenazante el brazo. Ribera le hizo un amague con una mano y le lanzó con la otra un directo a la cara con el palo de la fregona. El joven quedó atontado un segundo, tiempo suficiente para que el policía lo desarmara con un fuerte golpe en el antebrazo. Acto seguido le lanzó una patada a la entrepierna, haciendo que cayera de rodillas, cerca del cuerpo de su compañero. Ribera echó mano a la sobaquera y sacó su arma reglamentaria, un revólver *H&K* del 38, de cañón corto.

–¡Abre la boca, cabrón! –le espetó, aunque no era probable que le hiciera ningún caso, debido al shock.

El primer joven parecía haberse recuperado y rebullía en el suelo. Ribera no le dio otra oportunidad. Antes que acabara de despertarse,

el detective lo machacó de nuevo con un fuerte pisotón y lo mandó a dormir. Aprovechando aquella distracción, el segundo joven se había reanimado y pretendía revolverse, Ribera reparó de nuevo en él, lo agarró fuertemente de la larga melena y le hizo permanecer de rodillas, encañonándolo con su revólver.

El chaval se quedó pasmado cuando le acercó el cañón a la boca y se lo introdujo dentro. Tembló aterrorizado. Intentó Ribera sacarle el revólver, pero él no entendió el gesto y mordía para que no lo hiciera. Por fin consiguió extraerlo lleno de babas y, de escarmiento, le sacudió un buen zurriagazo con él en la oreja. Esta sangraba en abundancia.

Ribera se acercó y le dijo por el otro oído, lentamente:

–Dime una cosa. ¿Estabais compinchados con la chica? ¿Con Elizabeth?

El muchacho seguía atontado.

–¡Dímelo o te mato! –le urgía el detective, que no disponía de todo el tiempo del mundo.

El joven le echaba redaños, aunque en la dirección equivocada. Se rehízo veloz y reaccionó, quizá porque pensó que, si no lo había matado ya, no lo haría.

–¿Por qué te crees que iba a estar contigo gratis, vejestorio?... Y si no me ve en unos minutos llamará a la policía. ¡Aprovecha, ahora que puedes, para largarte!

Pero Ribera no había finalizado y no se iba a marchar todavía.

–Así que tú debes ser su novio. El que se la beneficia todas las noches, ¿eh?... Después de disfrutar de la pasta que levantáis, claro... Y si alguien quiere ir luego a la policía diréis que socorristeis a una amiga que era violada. Ella lo corroborará, claro... Un buen plan para extorsionar y sacar una pastizara... Olvidémoslo.

Ribera se guardó el revólver en la funda, mientras ayudaba a ponerse en pie al joven. Este respiró hondo, por fin relajado. Ya en pie, el chico mostró una sonrisa de suficiencia, Ribera le ofreció la mano, para hacer las paces. El joven, sonriendo de nuevo, le acercó la suya. Entonces recibió un terrible rodillazo en la entrepierna, que le hizo

doblarse y caer de hinojos ante el policía. Mientras se masajeaba con las dos manos los genitales, Ribera le escupió:

–¡Esto, de mi parte, para ella! Seguro que te cuidará esta noche, mientras se acuerda de mí. Ah, y llama a la policía. Comprobarás que no hacen nada. Es un cuerpo inútil –a continuación se dio la vuelta para salir, pero antes se lo repitió por si no le había quedado claro–. Un cuerpo inútil. ¡Te lo digo yo!

Ribera se movió en dirección a la puerta, mientras el tipo arrodillado, retorciéndose de dolor, al verlo alejarse, musitó entre dientes:

–Cabrón, hijo de puta...

–¿Qué?

Ribera regresó. El joven de los genitales destrozados apartó una mano de ellos y la levantó, temblorosa, para protegerse la cara, por si se la cruzaba de un bofetón. Ribera no se estaba fijando en él sino en su amigo tumbado en el suelo, que había desplegado su navaja automática.

¡Mala suerte! Demasiado lento y ruidoso. Ribera lo destrozó de nuevo con un pisotón en la espalda y otro sobre la mano que portaba la navaja. Aquel cuerpo quedó inerte boca abajo con la lengua fuera igual que un perro, lamiendo las losetas, pegado a la taza. No se levantaría fácilmente.

Ribera se dirigió hacia la puerta. El joven de los genitales doloridos, sin atreverse a levantar la vista, temblaba como una vara verde cuando pasó a su lado rozándole. Y mantenía en alto su mano, tratando de cubrirse con ella.

Se oyó el golpe seco de la puerta cuando Ribera la cerró. Dentro del baño, todo quedó en silencio.

Ribera salió de allí con la tensión a mil, también con un placer y un regusto a pescado crudo que le saciaban por dentro. Y le rellenaban, algo, la inmensa oquedad que le había provocado la muerte de Tania.

Aunque esa compensación no duró mucho. De vuelta por las aceras solitarias de *Lavapiés* vio, reflejado en los ojos de las personas con las que se cruzaba, más bien compasión por la gran tristeza y la profunda decepción que desprendía.

CAPÍTULO 11

Al día siguiente, invitaste a Julio al primer café de la mañana en la máquina automática de la *Comisaría Especial*.

Bebisteis en silencio, mientras os observabais. Julio se detenía en los estragos que habían producido en tu rostro los numerosos latigazos de *Old Ripy*, que se le antojaban las abolladuras de los impactos de los cometas cuando chocaban con otros astros. Tú, recolectabas los detalles para casar el rompecabezas de las horas siniestras de la noche de Ribera; aquella herida en el labio que se había producido él mismo, al morderse cuando le golpeó de sopetón la puerta del baño de minusválidos o un arañazo en una mano, producto de su relación con el palo de la fregona. Por fin, cuando terminabais, se lo soltaste a Ribera, señalando su labio.

–Una noche difícil, ¿no?

Ribera te hubiera partido la cara allí mismo.

–¿A ti qué te parece?

Sonreíste con tu calma granítica que mostrabas en el trabajo, sin entrar al trapo de la amarga pregunta de tu siempre irascible y colérico compañero de fatigas.

–Anda, vamos al tajo. Tenemos reunión a las doce, ¿no? Esperemos que Moncho Chamorro no esté muy cabreado hoy... –le respondiste de forma relajada.

Julio te siguió por el pasillo hasta vuestras mesas, admirando por una parte la capacidad de autocontrol que desplegabas siempre en la *Especial* y, por otra, molesto por no poder sacudirse de encima todo su dolor.

La *Comisaría Especial* en realidad se denominaba la *Comisaría especializada en actuaciones delictivas relevantes y prevención de delitos de gran impacto*. Un nombre tan largo, y pretencioso, ponía en evidencia que su creador no poseía una idea muy clara de qué hacer con ella o, quizá, no quería que nadie supiera a ciencia cierta los límites de su perímetro de actuación. Ni qué decir tiene que, en cada

reajuste ministerial que efectuaba el gobierno de turno, ganaba o perdía algunos nombres y otros pocos apellidos.

Era pues un ente impreciso y moldeable, en función de lo que requiriera el momento. Un cajón de sastre, en definitiva, en el que, además, para alimentar más la confusión, habían añadido un departamento con el optimista nombre de *Asuntos de larga duración*, encargado de seguir monitorizando los casos no resueltos del pasado, aunque la justicia los considerara sin avances y cerrados temporalmente, con el fin de que, por una parte, se pudieran extraer para el futuro las enseñanzas policiales de aquellos fracasos y, por otra, para reabrirlos si, por casualidad o fruto de un pertinaz esfuerzo de investigación, se conseguían nuevas pruebas o testigos.

Era una de esas unidades policiales especiales que existían en todos los países y que se conocían a nivel popular como *Departamentos Q*, gracias a las series y libros que se crearon sobre ellas.

Nuestra sede se distinguía por la discreción, situada en la calle *Cartagena*, un poco más allá del *Parque de Eva Perón*, consistía, en su parte baja, en un garaje con una gran puerta levadiza y, a su lado, una puerta pequeña, siempre cerrada, de la que arrancaba una escalera estrecha que conducía al piso superior donde trabajábamos inspectores, subinspectores y el aparato administrativo. Figuraba una plaquita pequeña a la entrada, en la que nadie reparaba, que indicaba: *Comisaría Especializada – No abierta al público*.

Ribera deseaba empezar la jornada cuanto antes, no quería que la justicia se demorara un minuto más en echar el guante al o a los asesinos de Tania.

–¡Vamos a su despacho ahora mismo, parece que está dentro! –te gritó Ribera al pasar junto al despacho del jefe.

Le desesperabas con tu lentitud y pachorra; seguro que preferías no hacer nada, pensó, hasta la reunión programada de todo el equipo a las doce. ¡Tú, siempre fiel al protocolo y a lo políticamente correcto!

Julio se quedó en silencio y expectante a la espera de tu respuesta, aunque ya hubierais acordado aguardar a la reunión. En el fondo, le desquiciaba lo distinto que eras. Así que siguió presionándote.

–Hoy se ha debido caer de la cama. Ese cabrón suele aterrizar por la *ofi* mucho más tarde.

Tiraste con resignación el vaso de café a la basura.

–De acuerdo, le pedimos el caso, ¿OK? Pero déjame a mí –aceptaste al fin, poniendo condiciones.

–No creo que hoy estés más lúcido que yo –repitió Ribera, deletreándolo bien clarito– ni que a ese cabrón le importen las formas más o menos educadas. De acuerdo, ¡vamos ya!

Así que os acercasteis al despacho del comisario Moncho Chamorro. Chamorro era el responsable de la *Unidad de actuaciones delictivas especiales* en las que estabais encuadrados, ambos con el cargo de inspectores, aunque tú, por antigüedad, eras el *primus inter pares*, lo que añadía una pimienta adicional a vuestra relación.

El despacho de Chamorro era opaco hasta los 1,75 metros de altura y transparente a partir de ahí, daba a la calle *Cartagena*. Frente a él se situaban las mesas del grupo de inspectores a su cargo, seis exactamente, más alguno en prácticas. El despacho era el causante de la escasa luz natural que llegaba a vuestras ubicaciones, llenas de cajas, archivos, dosieres y posits, aparte del sombrajo de un perchero por cabeza.

Chamorro tenía la puerta cerrada como casi siempre, seguro que dormitaba porque currar no era lo suyo, no pudo evitar bisbisear Ribera.

Tocaste con los nudillos y se oyó un gruñido ininteligible proveniente del interior, empujaste la puerta y os asomasteis los dos. La habitación abarcaba unos veinte metros cuadrados. A la entrada figuraba una mesa de equipo redonda con seis sillas y al fondo se hallaba la de trabajo de Chamorro que, sentado en ella, miraba la pantalla de un ordenador.

Detrás de su sillón figuraba una estantería llena de dosieres y de carpetas. A mano derecha, nada más entrar, y apoyado en la pared del despacho, dormitaba un mueble trinchero donde se exhibían algunas fotos del comisario relativas a los ascensos en su carrera y una con su mujer y sus dos hijos de corta edad.

Chamorro era muy corpulento, casi obeso, Ribera afirmaba que había tanta grasa en su cuerpo como en su cerebro. Erais aproximadamente de la misma edad, unos cuarenta y cinco años, y un poco mayores que Ribera, que era tres años más joven. Destacaba en su cara redonda y chata un enorme bigote ancho y muy negro, del que sobresalían varias canas blancas, a juego con unas cejas pobladas, moteadas también por el color nieve.

Ribera afirmaba que era un cabrón mediocre, de los que no pueden ser otra cosa porque no dan más de sí. Se revestía de un carácter hosco y despectivo para ocultar sus pocos recursos y su nula inteligencia. Un orangután vestido de tergal que a ojos de tu compañero era un vividor de los muchos que pululaban en el Cuerpo.

Tú, siempre, buscabas la ecuanimidad y le subrayabas:

–Lo que tú quieras, pero ahí está de comisario y encima es nuestro jefe.

–Eso sí que nos degrada, Cuevas –te contestaba, raudo, Ribera–. Sobre todo a ti, que eres el listo de nosotros dos.

Aunque a ti te sonaba a condescendiente, Ribera era sincero al reconocer tu superior inteligencia, quizás para acentuar tu falta de agresividad, que a él le sobraba.

Sabía Chamorro ser muy agradable cuando quería, con una sonrisa ancha, que le dejaba dos graciosos hoyuelos en los carrillos, pero aquel día no estaba de buen humor. Cuando percibió vuestra presencia os lanzó otro gruñido, sin levantar la cabeza del ordenador.

–¿Qué pasa con vosotros?

Le contestaste con educación exquisita, de un cordero manso, que a Ribera le sacaba de quicio y que a su juicio te había jodido la carrera en aquella selva, para la que él pensaba que no estabas hecho.

–Nos gustaría hablar contigo, si tienes un momento...

Se lo pusiste a huevo.

–¿Y si no lo tengo?

Chamorro dejó que transcurrieran unos instantes para que se notara el silencio y su autoridad. Luego ensayó su versión amable y os miró con

su sonrisa hipócrita.

–Sentaos y me contáis. Un momento que termino esto.

Os sentasteis en silencio. Al poco, Ribera tosió un par de veces y, luego, carraspeó otras tantas, en los seis minutos largos que os mantuvo el tío frente a las fotos de su carrera y a la de su mujer con sus dos cachorros, que habían heredado poco de su madre, una bella mujer, y recordaban más bien a dos mocosos rollizos y grasientos iguales que su padre.

Chamorro no se dio por aludido con las toses y los carraspeos de Ribera, lo suyo iba de putear a los de abajo, aunque no daba mucho de sí, luego baboseaba hasta la náusea ante el Comisario Jefe y los peces gordos.

Tras una eternidad, se levantaron sus diez arrobas y se acercó a la mesa de equipo, no se sentó, se apoyó en una de las sillas, para dominar la situación.

–Tengo dos minutos.

–Queremos encargarnos del caso de Tania Belinda –dijiste con sencillez y rotundidad.

–¿Taniaqué?

–La chica a la que cosieron a puñaladas en un hotel anoche. Supongo que estás enterado –puntualizaste con tu exquisitez habitual.

Chamorro reaccionó igual que un elefante en una cacharrería.

–Ah sí, tu ex-novia. Y la tuya también, ¿no, Ribera? La jodieron durante el ejercicio de su oficio... –contestó sin miramientos.

A Ribera le subió una bola de fuego por la garganta y lo miró colérico y, cuando iba a soltar una de las suyas, le diste con tu rodilla por debajo de la mesa y te adelantaste con tono muy suave.

–Hacía más de un año que no la veía. Y me consta que Ribera todavía más. No es nada personal. Solo que, porque la conocíamos, a ella y a su ambiente, creemos que lo resolveremos mejor.

–Ya le he entregado el caso a Pinilla y a Fortes. Y vuestra visita me confirma que he actuado bien. Se os nota muy afectados por esa puta.

Ribera no aguantaba más y, a pesar de los continuos golpecitos de tu

rodilla en la suya, murmuró:

–Te lo dije, Cuevas, ¡que no iba a servir de nada pedirlo con educación! Encima se lo ha dado a ese par de incompetentes y lameculos.

Luego miró desafiante a Chamorro.

–¡Lleva cuidado, Ribera, lleva cuidado! Que me empiezas a tener hasta los huevos.

Chamorro le observaba con superioridad. Ribera se encaró con aquel ogro sin sesera, tú lo contuviste, agarrándolo con fuerza por el brazo.

–Reclamaremos a Pitarch. Tu decisión nos parece desacertada.

–Reclama a quien te de la gana y, mientras tanto, te jodes y miras a las estrellas. ¡Y trabajas en lo que yo te diga! Y tú, Ribera, la has cagado, ¿cómo te voy a dar el caso si no aguantaste que vieran el cuerpo desnudo de tu chica y la tapaste con una colcha? Tuve que disculparme ante el juez... Le he dicho a Pinilla y a Fortes que hablen con vosotros. Quiero toda la información que tengáis sobre ella. Espero no hablar también con Pitarch al respecto. ¿Estamos? Y ahora... ¡Largo!

Señaló la puerta y se dio la vuelta para evitar la prolongación de la conversación.

Os levantasteis, tú, cariacontecido y Ribera, frustrado e incendiado por dentro y, aunque no se arrepentía de nada, a veces le dolía no poseer tu sangre fría y meter tanto la pata.

Cuando abríais la puerta para salir, Chamorro sacó su versión amable y os ofreció una última sonrisa.

–¡Chicos, siento lo de esa muchacha, de verdad! Es mejor que Pinilla y Fortes lo lleven, de momento. Si las cosas no avanzan hablaremos de nuevo.

Tuvisteis la decencia de no devolverle la sonrisa y salisteis jodidos. El día había empezado tan mal como había finalizado la noche anterior, pensaste.

Una vez fuera, Ribera te habló en voz baja, aunque tampoco le importaba si alguno de los otros inspectores le oía. Allí os conocíais

todos.

–¡Qué sanguijuela, Cuevas! ¡Cada día le aguanto menos! Qué inutilidad de departamento. Aquí el único que resuelve casos eres tú. Y, para colmo, te han puesto por encima a este cabrón.

–Hablaré con Pitarch. A ver si aceleramos que nos lo traspase. Para eso es el Comisario Jefe. Chamorro no es tonto, Ribera. Mira cómo ha trepado. No se mete en líos y solo actúa cuando le aprieta el zapato... La muerte de Tania le da igual. Otra desgraciada a quien ha matado posiblemente un psicópata. Si esto último se confirma, entonces existirá el caso para él. Le proporcionará una oportunidad de lucimiento. Eso es Tania para Chamorro. Una pepita caída de un árbol, que es mejor que no se barra, sino que se hunda en el suelo y se entierre en silencio, y luego germine en otro árbol, cuanto más grande mejor. Ahí estará él entonces y pondrá a los mejores para resolver ese caso, que entonces le proporcionará publicidad . Entonces nos llamará...

–Me voy a la calle. No lo aguanto, Cuevas. No tengo tu estómago. Esto está putrefacto. No me hice policía para no actuar. Me asfixio aquí dentro, me voy.

Ribera aceleró su marcha. Tú, como siempre, intentaste detenerlo, pero como siempre, sin mucha convicción.

–¡Eh, Julio, Julio...! Bueno, luego nos vemos.

CAPÍTULO 12

Julio salió incendiado de la *Especial*. Aunque no dispuesto a quedarse con los brazos cruzados. Él tenía un sospechoso, iba a solventar sus dudas aquella misma noche. Antes que los zopencos de Pinilla y Fortes empezaran a revolver en la basura de forma desordenada, como solían, y los mafiosos colombianos de Madrid pusieran los pies en polvorosa o se armaran de coartadas entre unos y otros.

Eso si hacían algo. A Chamorro una colombiana más o menos se la sudaba. Y en la *Comisaría de Ciudad Lineal* darían cuatro palos de ciego, para cubrir el expediente, que quedarían en nada. Al fin y al cabo, solo era una puta extranjera menos.

Es lo que pasa cuando una muerte a nadie le importa. Pero a Julio le dolía Tania. Por lo bien que se portó con él. Porque se lo merecía. Y porque hubo algo especial entre ellos que solo ellos sabían.

«Yo he esquivado a la muerte varias veces. Pero, cuando en el suelo que pisas hay tantos charcos, acabas metiendo el pie en uno. Así que sé que moriré joven». Le dijo un día.

¿Sería por eso que transmitía tanta alegría? ¿Tanta vida?... Como si toda ella estuviera concentrada en los pocos años que le quedaban por vivir.

Tania había escapado de la guerrilla de las FARC. La guerrilla bajaba de vez en cuando, a los pueblos campesinos, a aprovisionarse de todo lo que encontraban: embutidos, alcohol, cereales, legumbres, algunas gallinas ponedoras... Arrancaban también de su familia, como florecillas tiernas que empezaban a despuntar en la pradera, a media docena de niñas guapas, que estaban entrando en la primavera de sus trece, catorce años, con sus primeros pétalos hermosos al viento y sin estrenar. Tania fue una de ellas.

La primera noche se las entregaban a algún combatiente herido, enfermo, a un jefe encabronado, triste o viejo. Para darles una alegría y elevarles la moral. Luego, quedaban al servicio del grupo, en particular de los mandos. Todo por la revolución, les decían.

Así empezó Tania a graduase en hombres. A conocer sus problemas, a comerse la cabeza para entenderlos, para buscar remedio a sus males. También para aplacarlos, para serenarlos, para endulzarlos, si se dejaban. Una forma de sobrevivir a la violencia, a las agresiones, a las humillaciones de aquel ambiente dominado por la tensión, con los hombres empapados de miedo, que estallaban contra la parte más débil que eran aquellas chicas, a las que usaban a la búsqueda de un fogonazo de placer entre tanta preocupación, temor e incertidumbre.

Tania nunca le hablaba de ello a Julio, solo le comentó vaguedades de aquella época de su vida. Pero Julio había buceado en los atestados policiales de algunas redadas contra la prostitución de cuando Tania llegó a Madrid. En ellas, cuando les apretaban las tuercas a los proxenetas, las chicas nunca rompían el pacto de silencio que les habían jurado a sus dueños, estos cantaban.

Supo que a Tania la habían liberado *los paracos*, los paramilitares que luchaban contra la guerrilla. Lejos de entregársela a su familia, después de cansarse de disfrutar de una *revolucionaria* guapa como ella, le ofrecieron un billete para España. Cuando devolviera su coste, sería libre aquí. Tania no tenía otra opción. Allí, en Colombia, ya era una mujer marcada, para iniciar una vida normal. Así que apareció en Madrid, con poco más de veinte años y una experiencia en hombres de siglos.

Cuando Julio la conoció llevaba cinco años en Madrid y se había pagado el coste del billete de varias vueltas al mundo. Lo único que había conseguido de sus captores era trabajar por su cuenta, construyéndose una red de clientes fijos que engrosaba día a día por el boca a boca de la excelencia de sus servicios.

Se había aproximado a la policía, al principio pagando el peaje de que algún cabrón se la tirara gratis, buscando seguridad y protección ante sus proxenetas. Varios mandos policiales la visitaban de clientes. Fue entonces cuando Julio la conoció. Animado por un compañero de la *Comisaría de Chamartín* que estaba hecho polvo por un divorcio con cuernos, el cual decía que era única, que no había en el mundo nada igual.

El *capo* de sus proxenetas se percató un día de que se les estaba yendo

de las manos, a pesar de los ingresos que les reportaba, y puso pie en pared. Le arreó una paliza tremenda. A partir de entonces, trabajaría solo con los clientes que ellos le presentaran, o si no volvería a las calles. El tipo, un tío curtido y duro de cuarenta años, se llamaba Basilio Perojo.

Julio la llamó un día y Tania rehuyó verlo. Algo intuyó Ribera y en media hora se personó en su casa. Allí, tras mucho persuadirla, logró que le abriera la puerta.

Nunca olvidaría la cara y los ojos de Tania, llenos de moratones y cardenales. Allí mismo le juró que, nunca más, el tal Perojo le pondría una mano encima.

En cuanto tuvo las claves de aquel cabrón, Ribera se acercó una noche a un bar de la calle *Valmojado* de Aluche, con la sirena lumínica puesta. Entró como una exhalación en el garito, pistola en mano y, enseñando la placa y el arma, preguntó al barman dónde estaba Perojo. Este, chocado y asustado, enmudeció, pero no pudo evitar dirigir su mirada involuntariamente hacia donde se encontraba el dueño del local.

Suficiente para Ribera que se encaminó velozmente hacia allí. Las chicas y los clientes lo miraban pasmados, cruzando la estancia. Tenía el proxeneta un despacho al fondo, según dedujo rápidamente Ribera. Lo delataba el guardaespaldas en la puerta. El cual, atónito, dudaba qué hacer, ante aquel cañón negro que se aproximaba como un ojo que lo miraba fijamente. La policía, el guardaespaldas acababa de reparar en la sirena del coche a través del cristal de la ventana, era algo más serio que los cuatro matones proxenetas con los que trataba. Por otra parte, la policía no mataría a nadie, si no se le disparaba previamente. Eso daba tranquilidad. Divagando en qué hacer, cuando quiso darse cuenta tenía la cara destrozada de un culatazo y la consciencia en las verdes montañas de los Farallones de Cali, donde había nacido.

Abrió Ribera la puerta del despacho de una patada y allí estaba Basilio Perojo, no haciendo los números de su negocio, sino con los ojos mirando la lámpara del techo, mientras una gatita rubia, a cuatro patas bajo la mesa, hundía la cabeza entre sus piernas. Cuando Perojo

bajó los ojos, ya tenía un revólver *HK* del 38 apuntándole en la sien.

–Chica, levántate y siéntate en esa silla, esto no va contigo –dijo Ribera, después de cerrar la puerta.

La rubia hizo lo que Ribera le ordenó y se limpió los labios con una punta del suéter.

Ribera se dirigió entonces a Perojo, que estaba lívido, y le deletreó muy despacio.

–Como me entere de que tú o alguien de tus hombres se acercan a Tania, esto será una broma, ¿me entiendes?

Perojo asintió varias veces con la cabeza.

–Ahora vas a pagar por lo que le has hecho.

Y le soltó un zurriagazo con la culata en una oreja que empezó a sangrar. Lo agarró de la pechera y lo tumbó sobre la mesa. Allí le sacudió otro golpe terrible con la culata en el estómago. Luego le puso unos folios sobre sus partes, para no pringarse, y le endilgó un puñetazo demoledor. Perojo, a punto de perder la consciencia, se retorcía de dolor. Ribera se guardó el revólver en la pistolera y, para espabilarlo, le abofeteó media docena de veces la cara que acabó roja y entumecida.

Se separó un momento del cuerpo de Perojo y, cuando este se recuperaba y daba un suspiro de alivio, le estampó una grapadora en las narices que le dejó desfigurada y ensangrentada toda la cara.

Se dio la vuelta y, antes de abrir la puerta, se giró.

–¡No me hagas volver!

Luego se dirigió a la chica, para mayor escarnio de Perojo.

–¡Lárgate, a este no se le levanta en semanas!

Julio Ribera conducía aquella noche con el gesto grave. Tanto como aquella otra en la que apaleó a Perojo. Iba a la dirección de la vivienda de este, que acababa de obtener de los archivos policiales. Era su primer sospechoso por la muerte de Tania. Despejaría sus dudas esa misma noche.

CAPÍTULO 13

Llegó a la calle *Menorca* masticando las palabras de Tania, cuando le quitó de encima a Basilio Perojo: «Gracias, Julio, por hacerme sentir libre y segura por primera vez en mi vida». Dos años más tarde, estaba cosida a puñaladas.

Había elegido visitar a Perojo en su casa en esta ocasión. El bar de *Valmojado* no resultaba apropiado, no sería una visita relámpago como la otra. Y no quería testigos. Sabía que no tendría cobertura de Chamorro si algo salía mal.

Era aquella una calle más bien anodina y sin gracia, estrecha, pero a caballo entre los barrios de *Salamanca* y del *Retiro*, ideal para que Perojo criara tranquilamente en ella a una familia al margen de sus trapicheos.

El bloque era también discreto, pero de calidad, en el que vivían profesionales, comedidos y serios, como dentistas, abogados o farmacéuticos.

Entró en el portal, que confirmó, con su elegancia, la solidez del inmueble. Al fondo se hallaba el portero, con un uniforme de chaqueta cruzada, y ribetes dorados en las mangas. Eran las siete y media.

–Buenas tardes, ¿ha regresado ya el señor Perojo?

–Todavía no, ¿quién pregunta por él?

Le mostró de forma fugaz y rutinaria la placa.

–Soy inspector de policía. Nada importante. Pero me gustaría hablar con él hoy.

–Normalmente viene muy tarde; pero hoy es jueves, los jueves suele venir en torno a las ocho, ya no tardará.

–Lo esperaré. Me tomaré un café en ese bar de enfrente y veo cuándo llega. ¿Qué coche tiene?

–Un Audi 100 gris metalizado. Pero si quiere puede esperarlo en su casa, el sexto A. ¿Aviso a su mujer?

–Bueno, a lo mejor está bañando a los niños...

–Solo tienen una hija de unos catorce años.

Ribera sopesó un momento la situación, tras observar que la entrada al aparcamiento no era visible desde el mostrador de la portería

–No es para hablar estas cosas en casa. Le espero en la entada del garaje. Será solo un momento. ¡Gracias por su atención!

–Por si llegara tarde hoy, ¿quiere que le diga quién ha preguntado por él?

–Ah, sí, ¡cómo no! Soy el inspector Detania, todo junto.

Ribera salió y se apostó en el bar de enfrente, en una mesa junto a la puerta. Se pidió un café que dejó pagado y se quedó observando fijamente la calzada.

A las ocho y cuarto apareció el Audi 100 plateado al final de la calle. Ribera tensó todos sus músculos. Tendría un poco de tiempo para abordarlo, había un coche aparcado al borde de la entrada del garaje y el Audi tendría que maniobrar para entrar. Cuando Basilio Perojo estaba ensimismado en la maniobra, mirando por el retrovisor, Ribera se plantó por el lateral del coche y lo encañonó.

–Perojo, ábreme la puerta de atrás o te descerrajo un tiro aquí mismo.

Perojo se quedó lívido. Guardaba su pistola en la guantera. Lo pensó un momento. No tenía opción. Ribera le presionó.

–¡Rápido!

Perojo cedió. No le quedaba otra. Desbloqueó las puertas del coche, Ribera se coló dentro en un santiamén.

–¡Levanta la puerta del garaje y vamos dentro!

–¿Qué quieres? –quiso saber Perojo.

–Tú levanta y calla. Ahora te cuento.

Estaba completamente en manos de Ribera. Sentía aquel mismo revólver de cañón corto de hacía dos años presionándole la nuca. Perojo accionó el mando. Aparcaron en la plaza.

–¡Sal del coche!

Le empujó con la punta del revólver que le instaba a levantase del asiento. Fuera del vehículo le siguió empujando con el cañón del arma, ahora en la espalda, hasta que llegaron a los ascensores.

Entraron en uno de ellos. Ribera pulsó el botón del sexto.

–Lo que tengas que decirme, dímelo aquí –espetó Perojo.

Ribera le acercó el cañón del revólver a la nariz. El ascensor era muy estrecho, estaban ambos muy cerca. El policía le masculló al oído presionándole con su arma contra la nariz.

–Te la han reconstruido muy bien.

Le apretó todavía más fuerte.

–Hoy no pensaba tocarte. No me hagas que cambie de opinión.

El ascensor se detuvo y se abrieron las puertas. Perojo parecía empapado de un miedo infinito. Se encaminaron al sexto A, que estaba allí al lado.

–¡Abre como si no ocurriera nada!

Perojo reaccionó por fin.

–¡Si le haces algo a mi familia eres hombre muerto!

–Ya..., ¡abre, te he dicho!

Perojo dudaba. Ribera levantó el arma para golpearle con ella, mientras le decía suavemente.

–Te he dicho que no pensaba tocarte pero, si me obligas, tu familia te va a ver sangrando como a un cerdo.

Perojo acabó sacando las llaves del bolsillo. Nada más abrir el *capo*, Ribera tocó el timbre de la puerta y cerró tras él. Rápidamente aparecieron en el hall la mujer de Ribera, Claudia, y su hija Beatriz.

–¡Papá...! –exclamó Beatriz contenta de verlo.

No debía ser frecuente hallar a su padre en casa. Beatriz tendría unos catorce años, como le había comentado el portero. De cara dulce y un tanto melancólica, con un cuerpo ya de mujer plena, que se adivinaba más allá de un vestidito amarillo y corto, de estar por casa, que portaba.

Claudia, que venía a recibir con un beso a su esposo, se quedó a mitad del camino cuando vio a su espalda a Ribera y, sobre todo, a su 38 apuntándole. Era una mujer con clase, de modales distinguidos, una colombiana del segmento alto, o para mafiosos refinados.

Las dos mujeres se quedaron estupefactas, congeladas en el tiempo,

como la mujer de Lot. Ribera sacó el revólver a la vista, lo cual las atemorizó todavía más y les indicó con él que entraran en el salón.

–No os preocupéis, Basilio y yo vamos a hablar de negocios, ¿verdad, Basilio?

–¡Cómo toques un pelo a mi familia, te mato!

–Ya..., de momento esposa a tu mujer a ese radiador.

Le dio unas esposas y le conminó a hacerlo apuntando a su hija. A Perojo no le quedó otra que realizar lo que le mandaban. Había otro radiador en el otro extremo del salón, una estancia grande, de unos cuarenta metros.

–Y ahora, Basilio, te esposas tú mismo en aquel, ¿estamos?

Perojo trataba de adivinar lo que iba a ocurrir.

–Como toques a mi hija, te despellejaré yo mismo.

–Tranquilo, Basilio, eso es lo último que haría.

Le empujó con la punta del revólver y Perojo se acercó al radiador. Allí se quedó junto a él, reacio a esposarse.

–¿Cómo te llamas, bonita? –Ribera se dirigió a la adolescente.

–Beatriz –dijo ella, muy bajo, y temblándole la voz.

–Siéntate en el sofá. No te va a pasar nada. Solo son negocios con tu padre.

Luego le espetó al proxeneta:

–¡Perojo, te estoy esperando para interrogarte!¡Espósate!

Perojo se resistía a hacerlo. Allí, amarrado, estaría definitivamente perdido.

–Interrogarme, sobre quién –trató de ganar tiempo.

–Ya debieras saberlo. O te esposas, o no cumpliré la palabra de respetar a tu hija. Tú decides.

Claudia intervino angustiada.

–¡Basilio, por favor, qué más te da, él tiene un arma! Haz lo que te dice. ¡Hazlo por Beatriz!

Beatriz lo miraba con los ojos húmedos. Por fin Perojo cedió, no sin

antes farfullar:

–Yo no me he acercado a Tania en todo este tiempo.

–Ya, pero sí que sabías que yo venía por ella, ¿verdad? Por eso te has resistido. Tú la apuñalaste anoche como escarmiento para otras. ¡No lo niegues!

–¡Yo ni sabía que la habían apuñalado! –insistió con vehemencia el colombiano.

–No te creo, Perojo. Me han dicho que fuiste tú.

–¡Te juro por mi familia que yo no he tenido nada que ver!

–Ya, tu familia, Tania también tenía familia, y amigos... ¡No te creo! ¡Y no me iré esta noche de aquí sin saber la verdad!

Ribera se acercó al sofá donde se sentaba Beatriz. La cogió del brazo y le conminó a levantarse. Le pasó una mano por la cintura.

–Me voy al dormitorio de al lado con ella. No iré muy rápido. ¡Si confiesas pronto, tal vez no me de tiempo a hacer nada!

Perojo tiró con fuerza de las esposas tratando de destrabarse. Su mujer estalló en un llanto histérico.

–¡Cabrón, no se te ocurra tocarla, te mataré! ¡Yo no he sido, cabrón, cabrón...! – escupía Perojo.

Ribera se disponía a salir del salón cuando oyó la voz suplicante de Claudia.

–¡Por favor, no le haga daño! ¡Es una niña todavía! ¡Máteme a mí...!

Ribera tragó saliva y pareció dudar. Luego se dio la vuelta, mostrando, sin embargo, una faz implacable y le habló con dureza y determinación.

–Su marido puede parar esto. ¡Que diga la verdad!

Perojo suplicó.

–¡Cómo quiere que le diga que yo no he sido! Se lo pido, por favor... ¡Por favor!

Ribera quiso recodar en aquel momento las piernas abiertas y el pecho y el vientre ensangrentados de Tania.

–¡No te creo! ¡Cuando digas la vedad, me avisas!... ¡Vamos, encanto!

Y Ribera condujo de la cintura a Beatriz fuera del salón.

Cuando Claudia y Perojo se quedaron solos, su mujer le suplicó.

–¡Basilio, dile la verdad! Yo sé que andas en cosas raras. ¡Hazlo por nuestra hija!

Claudia empezó a llorar con unos sollozos estremecedores que no le permitían hablar.

–¡Te juro que yo no he sido, Claudia! Esa chica trabajaba para mí hasta hace dos años. Este policía me dio una paliza porque yo se la había dado a ella. Desde entonces no la he visto. ¡No sé nada!

A través de la pared se oyó la voz de Ribera.

–¡Me encanta el lunar que tiene Beatriz en el muslo, en el izquierdo, bueno voy a ver si en el derecho también...!

Claudia lloraba y le hablaba a Basilio en tono dramático. Dada la distancia que había entre ellos, tenía que hablar alto, pero sin gritar. Ribera les había advertido al respecto.

–Basilio, Basilio... ¡De acuerdo, tú no has sido, yo te creo! Pero qué más da, dile que has sido tú. ¡Que suelte a nuestra niña, por favor! ¡Todavía es virgen, que yo lo sé! ¡Basilio, Basilio, hazlo, por favor!

–¡Yo no he sido, yo no he sido, te lo juro! –intentaba destrabarse Perojo del radiador–. Esta vez, no. Pero, ¡me echaré la culpa! Aunque no servirá de nada, nos matará a los tres. Lo tiene decidido.

–Yo ya estoy muerta, si le pasa algo a mi niña. ¡Díselo! ¡Díselo!

Perojo tocó con los nudillos en la pared.

-Está bien, lo confieso, ¡he sido yo!, ¿me oye?, he sido yo.

Claudia y Perojo se quedaron en silencio expectantes. Claudia sollozaba mirando la puerta del salón. Al poco apareció por ella Ribera con Beatriz, a la que sujetaba por el codo.

–Está bien, Perojo. Siempre cumplo mi palabra. Aquí tienes a tu hija, a la que no he tocado un pelo de la ropa. El lunar se lo he visto al sentase en el sofá.

Los suspiros de Claudia se detuvieron. Perojo trató de enfrentase a su destino.

–Ahora, mátame. Pero no delante de mi familia. ¡Hazme ese favor!

Ribera soltó a la niña que fue a abrazarse con su madre.

–Perojo, ahora sé que no fuiste tú. ¿Sabes quién lo hizo?

Perojo se percató de la artimaña de Ribera para sacarle la vedad. No le importaba, iba a vivir. Así que se dispuso a colaborar, movió negativamente la cabeza varias veces.

–No sabía que la habían apuñalado.

–Está muerta. ¿Han sido los colombianos?

–No lo creo, no me he enterado de nada. No quiero problemas con la policía. Deseo mantener mi negocio.

Ribera sabía que decía la verdad, se disponía a marcharse, no tenía nada que hacer allí, aunque antes le clavó este arpón:

–¡Explícales a tu mujer y a tu hija tu negocio! ¡Ahora ya sabes lo que sufre una niña de catorce indefensa! ¡Y lo que lloran sus padres!

Luego se dirigió a Beatriz.

–Baja dentro de quince minutos al portal. Echaré las llaves de las esposas en el buzón del sexto A... Ah, y discúlpame el método de llegar a la verdad. ¡No tenía otro!

Cuando Ribera bajaba por el ascensor se miró en el espejo del mismo. Sentía un escozor amargo por dentro. Beatriz ya conocía algo más de la dura realidad de este mundo. Y él había gastado, sin éxito, la única bala que tenía para esclarecer la muerte de Tania.

No podía soportar la posibilidad de que su asesinato quedara al final impune.

CAPÍTULO 14

Había rumores que afirmaban que las raíces de la *Comisaría Especial* se hundían en la unidad que se creó, removiendo en las alcantarillas del Estado del tardofranquismo y la transición, para la coordinación policial de las actividades de los GAL (*Grupos Antiterroristas de Liberación*), grupúsculos parapoliciales utilizados por el gobierno de Felipe González para combatir mediante la *guerra sucia* el terrorismo etarra durante los años ochenta del siglo pasado.

Cumplidos esos objetivos y desmantelados oficialmente tras las investigaciones periodísticas que dieron lugar a los juicios de los GAL, con el encarcelamiento de algunos policías como el subcomisario Amedo y el inspector Domínguez, y de políticos, como el Ministro del Interior Barrionuevo y su Secretario de Seguridad Rafael Vera, posteriormente indultados por el Gobierno de Aznar que, curiosamente, había realizado una feroz oposición contra ellos, se reconvirtieron, todavía con el gobierno de Felipe González, en una unidad cajón de sastre que se ocupaba, a nivel de inteligencia y en colaboración con otras unidades operativas, de sucesos delictivos sensibles para el Estado o la opinión pública y que en cualquier momento podían ser susceptibles de acoger en su seno, según las malas lenguas, actividades antidelito opacas, de interés para el Estado, o sea para el gobierno de turno.

Alguna vez te había comentado Julio esta rumorología y te mantenías distante; manifestaste que nunca habías sido consciente de trabajar para otros intereses que los meramente policiales, y Julio tampoco disponía de prueba alguna al respecto.

Tú defendías, más vehemente que Julio, la justificación de vuestra unidad especializada en los delitos de gran impacto en la opinión pública: asesinatos en serie, crímenes horrendos, o con la involucración de funcionarios del Estado, por una parte; y por otra: prácticas delictivas sistémicas que se ponían de moda, importadas de Estados Unidos y que corrían el riesgo de adoptarse en nuestro país a través de los juegos de rol por ejemplo y, por último: la gestión de

grandes casos sin resolver que en algún momento habían marcado la memoria colectiva.

A veces se producían, entre bambalinas, choques de competencia entre nosotros y las unidades ordinarias operativas, que no eran muy frecuentes, ni muy numerosos, aunque sí muy relevantes por los casos que tratábamos. Surgían, en ocasiones, acusaciones, por parte de estas unidades operativas, de ocultaciones de ramas de investigación que seguíamos al margen de las oficiales. Cuando aparecían problemas, el comisario Pitarch o alguien de más arriba, movía los hilos necesarios para que trabajáramos en paz y, sobre todo, siguiendo el enfoque y las instrucciones que emanaban directamente del Ministerio del Interior o de la Secretaría de Estado de la Seguridad, que actuaban al hilo de las preocupaciones del CIS, es decir, de la opinión de los votantes, que eran los únicos que hacían ganar o perder elecciones.

A Julio, un hombre de acción, todo aquel tejemaneje políticamente correcto, quiere decirse oportunista, la lucha soterrada entre vosotros y las unidades operativas y la tensión entre vuestros jefes, nombrados, unos por el gobierno actual y otros por el precedente, le sacaban de quicio y le volvían más torpe y vulnerable, no sabiendo cómo manejarse sin chocar contra aquellas reglas no escritas, que lo desorientaban y le forzaban a desenvolverse como un pez fuera del agua.

De ahí provenía una parte de su desazón, y de sus celos, contigo: el metódico e impasible Alejandro Cuevas, que practicaba la tranquilidad y la concentración todas las noches analizando las estrellas, y que se relacionaba, con sabia resignación, en aquel hábitat viciado de tantos intereses ocultos que os rodeaban por doquier, según las habladurías.

Algo en ti no le casaba a Julio: ¿por qué si todo era tan natural para ti pasabas las noches enteras, desde hacía más de dos décadas, contemplando con tu telescopio a las estrellas, bellísimas, pero distantes, y mudas? Julio trataba de indagar qué existía en realidad detrás de esa máscara tras la que se ocultaba la frialdad, el hermetismo y la corrección de su compañero del alma, dicho esto último con muchos matices, pero que, a pesar de todo, eras tú para él.

Cuando Ribera se marchó a la calle, tras su sospechoso, el tal Perojo,

asqueado una vez más del ambiente de la comisaría, tú, metódico y disciplinado, te sentaste en tu mesa y repasaste los mensajes de tu móvil.

Aparecía uno de *Investigación Telefónica*, enviado por tu amigo Chema, a quien tú habías pedido ese favor a cuenta de la asignación del caso. Enseguida lo pinchaste y apuntaste en un papel el teléfono: 630 24 46 80, que te facilitaba Chema. Tania se había comunicado con él hasta en tres ocasiones en el día de su asesinato.

Lo rodeaste en tu libreta de notas con un círculo. Con Chema tendrías un problema cuando se enterara de que te había anticipado esa información sin que al final te asignaran el caso.

Marcaste el número de Chema para explicárselo, antes de que se enterara por terceros pero, en realidad, querías saber además a quién correspondía dicho número.

–Gracias, Chema... Necesito otro favor... No, no tengo todavía la orden... Sí, es cierto que no me han dado el caso, Chamorro ha prometido involucrarme pronto... No, no te he engañado, creía que iban a dármelo, sabes que nunca lo hago, me lo darán... No me jodas, que nos conocemos de toda la vida... No puedo prometértelo... Chema, por favor, es lo último que te pido, te lo juro... No, Pinilla y Fortes no me lo van a dar, y son unos inútiles, ya lo sabes... Ok, entiendo que no me puedas dar esa información, pero dame algo, alguna pista sobre ese número... ¿Que yo debiera saber de quién es...? ¡Yo!, ¿por qué?... No me jodas, Chema, no tengo ni puta idea... ¡Cabrón, cabrón...!, discúlpame, Chema, estoy un poco nervioso, sabes que soy tu amigo, no me cuelgues...

Pero tu amigo de toda la vida colgó, no te reconocía en tus presiones, ni las aceptaba. Te quedaste en silencio un momento, reflexionando. Después, marcaste el número en cuestión, el 630 24 46 80, por si sonaba la flauta por casualidad. El sonido del timbre se alargó una eternidad. Nadie atendió esa llamada.

Luego repasaste con el bolígrafo, una y otra vez, el círculo que enmarcaba ese número por si se te ocurría alguna idea y te rascaste la cabeza, una y otra vez también, recordando la frase de Chema: «Tú

deberías saberlo...».

–¿Por qué yo debería saberlo? –te preguntaste a ti mismo, *Astrónomo*.

No encontraste la respuesta. No conocías a nadie que quisiera hacerle daño a Tania. Entonces, ¿por qué deberías conocer ese teléfono? No hallaste la contestación en tu cabeza.

Decepcionado por ello y porque habías perdido a un buen amigo, como Chema, echaste mano al perchero y cogiste la chaqueta para salir de allí. Tú tenías, igual que Ribera, un flanco que investigar en la calle, antes que Pinilla y Fortes se hicieran con todos los resortes del caso.

CAPÍTULO 15

Lo primero que habías hecho, nada más levantarte por la mañana, antes de saber que Chamorro te quitaría el caso, y digo, quitarte, porque la investigación del crimen de Tania ya te la habías adjudicado tú en tu mente desde el preciso instante en que tuviste conocimiento del mismo, fue llamar a Daniela Vargas y pedir una cita con ella ese mismo día.

Saliste de la *Especial* y con tu coche te desplazaste a la calle *Peñuelas* donde habías quedado con la muchacha, amiga de Tania, en una cafetería tranquila y discreta. Durante el trayecto no podías dejar de pensar en lo que te había dicho tu amigo Chema, examigo ya, cuando te facilitó el número de teléfono con el que se había comunicado tres veces Tania el día de su asesinato. «Tú deberías saberlo...», te había dicho cuando le preguntaste por la identidad del titular de ese número.

Ese comentario significaba tres cosas: la primera, que esa persona, quizás el asesino, era conocida por ti y, no solamente conocida, sino que tenías su número de teléfono. La segunda, que conocía a Tania, probablemente era amigo o cliente suyo. Y la tercera, Chema sabía que ambos os conocíais.

Mentalmente repasaste los candidatos que cumplieran esas tres premisas y solo te quedó un nombre: tu entrañable compañero y amigo/enemigo íntimo Julio Ribera.

Cuando el semáforo se puso en rojo, fuiste rápidamente a tu lista de contactos, querías ver el número de su línea privada, su móvil de policía te lo sabías de memoria.

Como no podía ser de otra manera, el número no correspondía a Julio. Al instante te sentiste mal por haberlo pensado por un momento siquiera. No podías evitar seguir todas las pistas relacionadas con el caso que investigabas. Lo dictaban tus genes de investigador analítico y concienzudo.

Julio Ribera era fundamentalmente un hombre de acción. Y le dolía el

asesinato de Tania tanto como a ti. A esas horas precisamente, aunque tú no lo sabías, él se la estaba jugando, esperaba que llegara a su garaje su sospechoso: Basilio Perojo.

Decidiste no invertir más tiempo en ese comentario de Chema. Seguro que solo fue una forma suya de quitarte de encima cuando le presionabas. Estabas gastando energías en la dirección equivocada. Así que te concentraste en Daniela Vargas, la mejor amiga y compañera de Tania. Ella te daría pistas sobre los siguientes pasos a dar.

Daniela Vargas era una *alter ego* de Tania. De su mismo pueblo, *La Vereda de Tasidó*, en la Colombia profunda de la región de Antioquía, había sufrido las mismas vicisitudes que ella. Basilio Perojo, cuidándose en salud y, mientras se reconstruía la nariz, decidió dejarla también en paz, aunque ella, más precavida, no se desvinculó totalmente de la mafia colombiana de Madrid, pero sí gozaba de un estatus de respeto e independencia frente a ella, que Daniela agradecía con un porcentaje de sus ingresos.

Llegaste a entablar cierta amistad con ella, durante el año largo que visitaste a Tania. A través de Daniela quisiste conocer, *Astrónomo*, algo más a tu amante. Porque Tania, que se volcaba en averiguar hasta el último secreto que anidaba en el interior de sus hombres, era refractaria a desvelar los suyos. Le aburría hablar de su vida. Decía que no aprendía nada con ello, que no le servía para su gran objetivo que era siempre conocer a sus amantes en profundidad, para luego sanarlos.

Llegabas a la cafetería de la calle *Peñuelas*, donde habíais quedado, recordaste la respuesta que te dio, cuando tú le preguntaste qué tal vería ella una relación seria por tu parte con Tania.

–Tania te aprecia, Alejandro, es más, te quiere mucho. Eres su hombre en estos momentos. Por encima de cualquier otro. Pero sabe que no te tiene. No conoce tu secreto más profundo. Por ello no puede amarte tanto como desearía. Así que la respuesta a tu pregunta solo depende de ti. De tu disposición a compartir tu total intimidad con ella.

–Pero Tania tampoco comparte la suya conmigo, Daniela. Apenas conozco nada de ella, salvo vaguedades y su historia policial.

–Hemos sufrido mucho, Alejandro. A los hombres que no nos importan podemos contarles cualquier cosa. A los que amamos, o podríamos amar de verdad, solo les mostramos nuestra coraza, porque no queremos que algún día nos dañen.

A partir de aquel momento, empezaste a planear tu alejamiento de Tania. No podías ir a más con ella. Dentro de ti se ocultaba aquel secreto incurable del que nunca hablabas. Solo querías purgarlo. Ella no aceptaría poseer solo una parte de ti. Daniela te lo había confirmado. Debías alejarte de ella. Si no, acabarías haciéndole daño. Lo último que deseabas. Un año más tarde de tu adiós alguien la había cosido a puñaladas.

Aparcaste el coche y te acercaste andando a la cafetería *Peñuelas.* Te dolían aquellas puñaladas. Y el que le hubieran tapado antes aquellos ojos que solo querían alumbrar los recodos oscuros de los hombres. Tal vez porque tú no le dejaste alumbrar el tuyo. También te dolía eso. Te juraste que el que lo hizo, pagaría su precio.

Daniela Vargas tenía la mirada perdida por la ventana cuando entraste. El rictus, amargo, doloroso. Seguro que pensaba en Tania. Os besasteis los dos. Y luego os disteis un abrazo corto, intenso. Daniela Vargas no mostraba el mismo tipo de belleza que Tania, ni su inteligencia, ni su sensualidad. Era una mujer de cuerpo espectacular y con una cara sumisa, de pocas preguntas y de esperar menos respuestas. Un rostro que solo reflejaba resistencia ante la adversidad, resignación y unos gramos de melancolía, tal vez de esperanza.

–¿Por qué no me llamaste?

–¿Para qué? –te respondió–, si ya nada tiene remedio.

–¿Qué ha pasado? ¿Quién lo hizo? ¿Y por qué?

–¡Cuántas preguntas, Alejandro! Nosotras sabemos que nuestra vida no vale una mierda. Cualquiera puede apagar nuestro interruptor. Y no pasa nada. Otra muñeca rota al arroyo.

–¡Esta vez sí pasará! –exclamaste, contundente–. Tania se sentía segura, Ribera había construido un cortafuegos a su alrededor. Tania se relacionaba con gente importante, cuando yo me fui. Cada vez era más selectiva. ¿Qué ocurrió después?

Daniela se dio un trago de su *gin tonic* y te miró a los ojos.

–¿Ni te lo imaginas, verdad? Tú no le contaste tu secreto y ella tampoco te habló del suyo.

–¿Qué quieres decir, Daniela?

–Tania tenía una hija. La tuvo con dieciséis años, cuando estaba en manos de la guerrilla. No sabía ni de quién era. Y para los guerrilleros suponía un estorbo. Se la arrancaron de sus brazos y se la llevaron a su madre.

El no saberlo te dolió tanto o más que las puñaladas en su cuerpo.

–Sigue.

Daniela te miró con pena. Quizás como miraba a su propia vida.

–Solo la vio una vez. Los *paracos* tras liberarla la llevaron a conocerla, tenía ya cuatro años. Así trabajaría con ahínco en España. Y mandaría dinero para mantenerla.

Daniela se detuvo, acumuló fuerzas para continuar.

–Sigue.

–Por eso era tan cauta con los clientes. No quería exponer su vida. Lo de Ribera no fue un cortafuegos. Ella no reportaba a la mafia de aquí, es cierto. Pero les pagaba el mismo porcentaje a los de allí, para que protegieran a la niña. Esa era la situación cuando tú te alejaste.

Tragaste saliva, te autocontrolaste como siempre.

–Sigue.

–Algo ocurrió al poco de marcharte. Hubo una escaramuza en nuestro pueblo, *La vereda de Tasidó,* entre los paramilitares y la guerrilla que había bajado a aprovisionarse. Un breve tiroteo en el que no hubo víctimas. Excepto la pequeña Juana, de apenas 12 años, a quien pilló en la calle haciendo un recado para su abuela. Todo cambió en la vida de Tania a partir de ese momento.

–¿Por qué no me llamó?

Nada más hacer esta pregunta te diste cuenta de que no tenía sentido. Solo querías aplacar tu dolor.

–Yo se lo recomendé. Ella me dijo que tú volverías algún día.

–Puede que lo hubiera hecho, algún día... –musitaste a ella lo que te

contestabas a ti mismo.

Pero esa posibilidad ya nunca ocurriría.

Te concentraste en los hechos.

–¿Y qué pasó?

–Tania se centró en sus clientes. En esa vocación que sentía por sanarlos. Y yo creo que comenzó a aceptar citas de gente complicada, tal vez peligrosa, importante. A mí empezó a dejar de contarme cosas, poco a poco. Nuestros mundos se distanciaban cada vez más.

–¿Crees que los colombianos tuvieron algo que ver?

–No lo creo. Ha sido una sorpresa para todos. Ribera me llamó también esta mañana. Creo que le va a apretar las clavijas a Perojo. No sacará nada por esa vía. Por cierto, me dijo que seguro que tú también me llamarías, que no te contara nada de sus andanzas. Así que te pido silencio en ese tema.

Tú también suponías los pasos de Ribera. No haría falta que te los contara. Sabrías el resultado de ellos al verle la cara.

–Entonces esa vía la tenemos bien cubierta. ¿Y la agenda de Tania dónde anotaba detalles sobre sus clientes?

–La policía estuvo esta mañana a primera hora registrando su casa. Aunque no sé si la tenía o se había deshecho de ella. Yo creo que no.

–Entonces no tenemos nada –suspiraste decepcionado.

–A lo mejor la agenda la tienen tus compañeros.

–No me han dado el caso, Daniela. Ribera y yo estamos fuera –musitaste con dolor–. No les comentes que estuve interrogándote.

–Descuida, Alejando.

Te miró con cariño. Os caíais bien. Pertenecíais a la hermandad del sufrimiento. Ella más que tú.

–¿Te acerco a algún sitio, Daniela?

–No, he quedado aquí al lado con un cliente.

Te despediste.

Daniela se pidió otro *gin-tonic*. Tal vez para acumular fuerzas para enfrentarse a la incertidumbre, al temor, que siempre le suponía encerrarse entre cuatro paredes con un hombre al que apenas conocía.

CAPÍTULO 16

Los dos días siguientes los pasasteis inactivos. Sin caso nuevo asignado alguno, Julio se desencuadernaba por la inacción. Habías leído en su cara que no tenía nada de los colombianos y él había leído en la tuya que tú tampoco habías progresado en absoluto. No os quedaba otra que empaparos mutuamente de vuestra frustración y de vuestro hermetismo.

Ribera arremetía en sus comentarios contra la inutilidad de la *Especial*, mientras ardía por dentro sin poder hacer nada para resolver el crimen de Tania que, tal y como habías predicho tú, estaba condenado al ostracismo, salvo si se convertía en el primer eslabón de una cadena de asesinatos en serie que, entonces sí, lo elevaría a la categoría de mediáticamente importante.

Aquella noche, cuando finalizasteis la jornada, le comentaste que irías a visitar a tu madre a su casa, que vivía por *Marqués de Vadillo*. Así, no tendrías que tomar una copa con él y te ahorrarías una discusión de las muchas que teníais pendientes, que nunca se resolvían.

Tampoco le mencionaste, por supuesto, que habías llamado al comisario jefe Pitarch para una cita con él. Hubiera querido acompañarte y se habría deteriorado la excelente relación que tú mantenías con el mando máximo de la *Especial*.

Todo el mundo sabía que tu madre, Clara, estaba enferma pero, tus comentarios insinuaban que se trataba de cosas de la vejez, achaques menores sin mayor importancia. También sabían que residía por *Marqués de Vadillo*, en el arranque de *General Ricardos*. Darles este detalle les distraía de conocer cosas más importantes de su situación.

En realidad, tu madre, apenas sobrevivía a la muerte, a la espera de que se apagara la luz de su horizonte. Languidecía en el piso en que creciste, donde la cuidaba una señora las veinticuatro horas del día. Padecía un tumor maligno inoperable en el cerebro, que se aceleró, cuando te separabas de Malena, la mujer por la que tu madre apostó tanto.

Ella te la había presentado, harta de tu soledad y la falta de nietos. Años antes te había obligado a marcharte de su casa dado que tu único objetivo en el ecuador de tu vida era asomarte al balcón y contemplar las estrellas. Entonces compraste aquel ático en *Batán*, no para encontrar pareja sino para divisar todavía mejor el cielo. Años más tarde tu madre vio surgir la oportunidad de Malena, cuando cumplías los cuarenta años, y actuó en consecuencia.

–Sin una familia, el hombre se halla solo en el mundo. Tiembla de frío –te advertía– . Y no lo digo yo, esto lo dijo alguien importante que ahora no recuerdo.

Era Malena la hija de unos familiares retirados suyos, nacidos en su mismo pueblo, Sigüenza, en la provincia de Guadalajara; una muchacha joven y despierta, de veinticinco años, con las inquietudes de su edad.

Malena sufrió la imprevista muerte de su novio Joaquín, en un accidente de tráfico tan absurdo como doloroso: viajaba un día de lluvia a verla camino de Sigüenza cuando, a la altura de la cuesta de Pelegrina, una roca de la pendiente se desprendió y rodó vertiginosamente ladera abajo, hacia la carretera. Joaquín se había detenido a orinar al lado de un enebro. Y veinte toneladas de pedrusco lo aplastaron en el acto.

Fue un golpe muy duro para la muchacha, su red familiar se puso en marcha para reconfortarla. Entonces, apareció tu madre, que encontró en aquella sobrina cuarta una candidata de la tierra, presa fácil para cualquiera que le ofreciera cariño y futuro.

Eso sí se lo habías explicado a Julio durante aquella noche de hundimiento en tu terraza. Fue la única vez en la que te vio con las defensas bajas, producto sin duda de la situación en la que andabais Malena y tú, tirándoos los trastos a la cabeza tras la separación. En aquel momento, le conmovió tanto tu fragilidad, que fue cuando te facilitó el teléfono de Tania.

Aquella tarde, después de salir de la *Especial*, mientras Ribera se bebía una copa en un *barucho* de Embajadores, te imaginó en casa de tu madre, donde no había estado nunca, aunque sí había pasado por la

puerta contigo, camino de *El Faralaes*.

Lo que no imaginaba Ribera era que la situación de tu madre era dramática, sin ninguna solución y próxima a la muerte. Cuando entraste en el portal, Felisa, apoyada en el mostrador, hablaba con un señor de edad madura que llevaba una cartera de cuero negro bajo el brazo y sobre su nariz unas gafas gruesas de culo de vaso.

Recogiste la correspondencia: misivas del banco y ofertas publicitarias. Ninguna carta de Nueva Zelanda. Y, al pasar frente a ella, os saludasteis.

–Buenas noches, señora Felisa. ¿Alguna novedad?

–Buenas noches, don Alejandro. Sin novedad. Bueno, excepto las peleas del *Pedroche* con su madre que ya sabe. Este señor es el nuevo administrador, si quiere conocerlo...

Te acercaste y le diste la mano.

–¡Encantado! ¡Suerte con la comunidad, es una balsa de aceite! Felisa lo controla todo.

Dirigiéndote a Felisa, y antes que ella te preguntara por qué no cogías el ascensor, le comentaste:

–Hoy haré un poco de ejercicio, no me he movido en todo el día.

Iniciaste la subida de la escalera. Apenas habías doblado el primer recodo la oíste:

–¿Qué le ha parecido? Todo un caballero, ¿no? Y un inspector que nos da tranquilidad a esta casa. Aunque no vive aquí, se trasladó a otra junto a la Casa de Campo hace ya unos años, visita a su madre casi todas las noches. Hace no mucho libró a una muchacha de la casa de unos violadores, dos portales más abajo... Aquella noche salió muy tarde de ver a su madre y, gracias a eso, se topó con ellos y la cosa no llegó a mayores. Una adolescente que volvía ebria a su casa, para que no lo notaran sus padres se sentó a que se le pasara la mona en un banco antes de llegar aquí y se durmió. Lo aprovecharon cuatro hijos de perra para meterla en un soportal y, cuando ya la habían medio desnudado, apareció don Alejandro.

–¿Y qué pasó? –preguntó el administrador ajustándose las gafas como si quisiera ver a la chica desnuda.

–Se enfrentó a los cuatro y consiguió liberarla. Luego, entre él y otro vecino que apareció por allí, la trasladaron al hospital y avisaron a los padres.

–¡Gracias a Dios! Claro, usaría su arma reglamentaria.

–Nunca quiere usarla, salvo que sea imprescindible. Afirma que jamás la ha utilizado.

–¿Y le pasó algo a la chica? –preguntó el administrador disimulando su morbo.

–La pobre no recuerda nada. Parece –añadió bajando mucho la voz – que no había rastros de semen. En realidad ella estaba totalmente ebria.

–¿Y a los chicos los detuvieron? –preguntó el administrador por si la portera pensaba que se interesaba demasiado por la joven adolescente.

–Todavía no, hay quien piensa que podrían ser del barrio, por lo menos alguno de ellos. El tema no se ha resuelto. Pero se resolverá, don Alejandro es un detective implacable. Y un hombre sufrido y bueno, como pocos, lo conozco desde crío. Ahora está haciéndose cargo de su madre, a la que ha puesto una señora las veinticuatro horas del día. Le gusta ver el cielo, se pasa las horas muertas viendo la belleza de las estrellas, con eso le digo bastante... Los padres de la muchacha han retirado la denuncia, a fin de que no dieran más la matraca a su hija ... Pero yo espero que don Alejandro, a pesar de eso, dé un día con ellos...

Felisa siempre contaba aquel caso y te ponía por las nubes. Si ella conociera tu vida...

CAPÍTULO 17

Alcanzaste el recodo del quinto. De pronto, oíste arrancar una bronca proveniente de la vivienda de la derecha, el piso del chico con problemas que vivía con su madre sola, y que se las tenía tiesas con ella, según te había chafardeado la portera.

Te dispusiste a aguzar el oído, de súbito, sentiste una gran punzada en el pecho. Te detuviste en la escalera con un gesto de dolor y te llevaste la mano al plexo cardíaco, mientras la otra soltó involuntariamente la correspondencia que se esparció por el suelo. El dolor, muy intenso, duró unos segundos, fruncías el ceño y los músculos de tu cara se tensaron, acusándolo.

Afortunadamente, comenzó a remitir, como si las cañerías de tu cuerpo hubieran conseguido digerir sin romperse el espeso grumo que las atrancaba. Respiraste hondo un par de veces. Te adivinaste demudado y pálido. Asaltado por el íntimo miedo a lo desconocido. Por un instante, te sentiste morir. Asustado, seguías sin reaccionar, solo, en medio de la escalera, te palpaste para comprobar cómo te sentías cada segundo que pasaba. Te sentaste en un escalón a descansar unos minutos.

Cuando has sentido la muerte de cerca, en ese preciso instante no piensas en otra cosa. Ese momento para ti había pasado, pero seguías preso del susto producido. En medio del absoluto silencio, oíste nítidamente las voces en el piso superior. Mostraste un gesto de disgusto y hartazgo, el mismo que hubieras hecho también si a ti no te hubiera ocurrido antes aquel incidente. Inclusive comentaste en voz baja:

–¡Ya están estos otra vez, lo que aguanta esa mujer!

Al pronunciar aquella frase distrajiste a tu mente de pensar en tus arterias y corazón.

La madre gritaba fuera de control.

–¡...Me cago en la madre que te parió! ... Me estás volviendo loca. ¡Y el coche ya no lo coges! ¡Que lo sepas! ¡Que te han visto haciendo eses

por la calle, borracho o colocado, tú sabrás! ¡Me das miedo, que lo sepas!... ¡No sé qué va a ser de tu vida...!

El hijo, al que Felisa había calificado como *un bala perdida*, *El Pedroche*, gritaba todavía más alto.

–¡Tú también me tienes harto! ¡No te aguanto! ¡Me largo y no sé cuándo volveré! Y si no me prestas el coche, voy y robo uno, ¿te enteras?, ¿te enteras? ¡Que lo sepas! ¡Quédate aquí sola en tu casa de mierda!

La madre pareció recuperar la tranquilidad de pronto, o le crecía dentro un temor tan profundo que este dominaba su ira anterior, un temor nacido de un miedo, insondable y terrible, a la soledad.

–¡No! ...No te vayas ... Hijo...

A *El Pedroche* no le atraía la tranquilidad. Las amenazas lo habían encendido todavía más. Se escuchó un portazo y el chico salió disparado escalera abajo.

Desde dentro, la madre había tratado de retenerlo, ya con el único argumento de la pena.

–¡No te vayas, ya sabes lo mucho que sufro si no estás...!

Arrancó a llorar de modo intenso y dramático, abrió la puerta, contemplando a su vástago doblar el recodo sin mirar atrás. Se le iba de las manos otra vez. De su corazón había huido ya hacía mucho tiempo.

El chaval llegó a tu altura y se dispuso a cruzarse contigo, sin ni siquiera mirarte. Te habías levantado apresuradamente y terminabas de recoger las cartas del banco esparcidas por los escalones. En cuanto lo hiciste, él aprovechó para alejarse escalera abajo.

Tú lo observaste y le soltaste una doble advertencia:

–¡Ojo con robar nada, que no me entere yo! ¡Y no le hagas sufrir a tu madre, desagradecido!

El tipo se detuvo un momento, igual que si fuera a encararse contigo, aunque no se giró. Te contestó sin volver la cabeza.

–¡Que te jodan, *estrellado*!

Tú fuiste a retarle aunque otro pinchazo en el plexo hizo que te

mordieras la lengua y continuaras inmóvil, agarrado al pasamanos.

Subiste con lentitud, escalón a escalón, al modo de un lagarto precavido y perezoso y sin soltar, ni por un instante, la barandilla.

Te abrió la puerta Estefanía, la parienta de tu progenitora de Siguënza, otra sobrina lejana como Malena. En el hospital ya no había nada que hacer por tu madre y te ofrecieron llevarla a una unidad de *Cuidados Paliativos*. Estuvisteis de acuerdo en que regresara a casa a acabar sus días. Sin embargo, ya había transcurrido la fecha probable de fallecimiento que le habían marcado los médicos.

Cuando sufría muchos dolores, Estefanía llamaba a *Cuidados Paliativos,* la visitaban y le inyectaban morfina. Le instruiste que, si tardaban, llamara a un hospital privado, con el que contrataste un seguro de asistencia, para que se desplazaran de inmediato.

No le gustaba a tu madre que la visitaras, no quería que perdieras el tiempo con ella, cuando venías se mostraba distante y huidiza, siempre con excusas para esquivar la intimidad contigo. A veces, la encontrabas adormilada por la morfina y aprovechabas para acariciarle la frente y cogerla de la mano.

Los dos sabíais que había un submundo entre vosotros que os envolvía, trenzado de silencios, medias palabras, sentimientos de culpa y muchas renuncias, que había fermentado vuestro pasado y del que nunca hablabais. Ni antes, ni ahora. Aunque a ti te hubiera gustado abrir las consistentes compuertas que lo encerraban.

Sin embargo, aquel día le apetecía hablar contigo y se sentía lúcida, como comprobaste.

–Esto se termina, Alejandro –te dijo–, llama a Nueva Zelanda y dile a tu hermano Andrés que haga las maletas, que las tenga listas para cuando ocurra, que no será tarde. Y a ti te entrego este sobre, le he dicho a Estefanía que lo buscara. Lo escribí hace tiempo, lo tenía bien guardado, nunca me he atrevido a dártelo. Espera a abrirlo al cabo de unas semanas. Cuando todo finalice. Qué importa que aguardes un poco más. Espero que puedas perdonarme algún día, después de leerlo. Te pido que me perdones, aquí y ahora, será más fácil si no sabes nada, para que muera en paz. Temo que pierda la lucidez en

cualquier momento y ya no pueda pedírtelo.

CAPÍTULO 18

La chaqueta parecía ahorcada del perchero de la terraza. Los *beefroll*, por una vez, dormitaban llenos de polvo y olvido. En rara ocasión te olvidabas de cuidar tus zapatos, aquellos mocasines lustrosos y brillantes que representaban con orgullo tu amor al Cuerpo y a su imagen.

Corrían malos tiempos para la lírica. Allí estabas derrumbado tú, en un silla coja de tu desolado escritorio, mirando las estrellas, diminutos orificios luminosos en el cielo por los que apenas penetraba la luz, rodeadas de aquella inmensa oscuridad. Eran ínfimos alfilerazos que apenas perforaban la negra cartulina de la noche. Así que le sacudías una y otra vez al *Old Ripy* y, cuando se acabó, agarraste el *Chivas* que, aunque no era de tu cuerda, te hacía el apaño, esa noche hubieras bailado con cualquiera que te hubiera inundado con un poco de calor en el pecho.

Al final, Estefanía custodió el sobre de tu madre. Tú no habías querido retenerlo para que no te recordara las malas noticias que seguro contenía. Tu madre había querido desprenderse ya de él, al fin y al cabo la habías perdonado y podía morirse en paz el día que le tocara. Cuando por fin lo abrieras, ella ya no recibiría, en persona, tu resentimiento. Fue una solución aceptable para los dos. O tan mala como todas, tal y como te recordaba la botella vacía de bourbon.

Por supuesto, habías decidido que te trasladarías a su casa para hallarte cerca de ella por las noches. Para tu sorpresa, se había negado en redondo, una y otra vez, por mucho que insististe. Sostenía tu madre que vendrías cansado y que por nada del mundo querría despertarte por las noches, aunque fuera a su pesar, teniendo a su disposición a su sobrina Estefanía, que la cuidaba y limpiaba, la anciana ya no controlaba sus esfínteres.

Ella, bajo ningún concepto, quería que cargaras con su cuidado. Aunque intentaste preguntarle el porqué, tu madre se mantuvo en sus trece y solo admitió que la visitaras un rato cuando salieras del

trabajo, las noches que no tuvieras compromiso.

–Me he dedicado toda mi vida a mi padre y a mi madre. Y, de repente, quiere que me dedique a otra cosa –pensaste dolorido.

Al principio te sentías mal, luego lo aceptaste con resignación, si bien de mala gana. Te dolía esta situación que aumentaba tu sentido de culpa y tu sufrimiento. En el fondo, no reconocías que imperaba entre vosotros ese submundo de secretos acumulados a lo largo de los años.

Te anegaba la culpabilidad y ésta alcanzó su clímax con la última gota que desbordó el vaso y que eran acontecimientos sin relación con tu madre, aunque se sumaban a su causa: el asesinato de Tania y la decisión de Chamorro de apartarte de su investigación.

Él te había apartado, sí, pero seguías con el crimen en tu cabeza. Dándole vueltas, investigando. Adquiriendo poco a poco ese punto de obsesión, tan conveniente a tu mente, para poner en marcha tu intuición, que te conduciría a la resolución del caso.

Investigabas en dos fases: en la primera recogías los datos objetivos y establecías las conexiones lógicas entre ellos. Si llegabas a un punto en el que la investigación se atascaba, por falta de indicios o pruebas suficientes, como en esta ocasión, te dejabas anegar por la oleada de experiencias vividas anteriormente y que almacenabas en tu memoria, así aparecía un trazo, intuitivo al principio, que señalaba una nueva y posible conexión entre los personajes clave de la investigación donde antes solo hallabas irracionalidad y casualidad; las pruebas, adquirían una fuerza acusatoria nueva, un fogonazo, que te alumbraba el sendero por donde avanzar en la solución del enigma.

Tenías aquella noche en tu mente todos los recuerdos que abrazaban en su interior trozos de vida de las personas protagonistas de tus casos en la *Especial*, y de tus casos en anteriores destinos: *Comisaría de Chamartín*, y antes en la *Comisaría Centro* y antes en la de *Vallecas* y entre tus manos sostenías la carpeta mágica de las gomas elásticas, que recogía las historias íntimas de las personas más importantes en tu vida: familiares, amantes, amigos y algunos vecinos. A veces sentías que la carpeta era el diario de tu propia vida, que te narrabas a ti mismo a través de las voces de otros.

Habías elegido entre los expedientes de tu carpeta, no supiste al principio por qué, dos sobre padres e hijos que tenían un pósit en una esquina con el nombre de Gustavo, el padre, y Leonardo, el hijo.

Sí, tú buscabas algún aspecto desconocido de la investigación de la muerte de Tania, a través de las eventuales conexiones con aquel caso de Leonardo y de su padre. Tal vez porque el cuerpo de Gustavo había sido cosido a puñaladas igual que el de Tania.

–Hoy ha sido un día aciago, *Perlas*. Por eso me acuerdo de Leonardo, ¿recuerdas? El muchacho esquizofrénico, que vivía en el primer piso de casa de mi madre, ¿te acuerdas que te he contado varias veces su historia? Hay personas con una valentía y valía sin igual. Como Tania, a su modo, o Gustavo, el padre de Leonardo, que dio su vida por la de su hijo.

Reflexionaste y empezaste a buscar conexiones entre ambos casos.

Perlas se rodeó con su cola las patas delanteras y diste un trago largo de la botella de *Chivas*. Luego te limpiaste la boca con la manga de la camisa, te salía el whisky por las comisuras de tus labios.

Sonó el timbre de la entrada y el gato se puso en guardia, te siguió en dirección a la puerta. Sobre la mesa del escritorio quedó el documento con la historia de Leonardo. Se trataba de una escueta carta de media docena de líneas, que Gustavo, el padre, había dirigido a la portera.

«Señora Felisa:

Si a las once y media de la noche no le he llamado yo por el telefonillo a la portería, algo grave habrá ocurrido en mi casa con mi hijo Leonardo. Deberá llamar usted a la policía y, sobre todo, al Sr. Cuevas, que ya sabe lo que hay que hacer.

Gustavo Herranz».

Al poco, regresaste con la visita.

–Lo mismo no se acordaba de que habíamos quedado hoy. La verdad es que es un poco tarde. Si no le viene bien vuelvo otro día –dijo Iván Ostos.

–Al contrario, hoy es un magnífico día para enseñarte mi telescopio –le contestaste.

Iván era un muchacho de 18 años que ayudaba a sus padres en su pequeño supermercado situado en el barrio de *Marqués de Vadillo*, donde residía tu madre, y en el que solías hacer la compra cuando vivías allí y algunas veces ahora, cuando le llevabas algo al visitarla.

Iván entró en el *cobertizo* lleno de curiosidad. Primero observó la pistola colgada en la pared, luego, el escritorio donde, de inmediato, se fijó en el pósit amarillo fosforito en el que estaba escrito el nombre de «Leonardo», un caso famoso, en el barrio de *Marqués de Vadillo*.

–Ah, el caso de Leonardo –dijo mirando el pósit–. A mí me impresionó muchísimo. ¿Es cierto lo que cuentan de su padre?

Te pusiste a la defensiva.

–¿Y qué cuentan?

–Pues, más o menos, se dice que Gustavo incitó a su hijo Leonardo, que estaba desequilibrado, a que lo matara. Vivían solos y esa noche Gustavo le sirvió alcohol en abundancia mientras veían en la tele una película que él sabía que reponían: *Abraham*. Su escena más famosa es cuando Abraham, cuchillo en mano, agarra a su hijo Isaac y se dispone a degollarlo y a ofrecérselo a Dios en sacrificio. A Leonardo le conmocionó mucho esa escena, viéndose reflejado en ella. Su padre Gustavo, que lo observaba, decidió darle un pequeño empujón, entonces Leonardo, sintiéndose agredido, se defendió cosiendo a puñaladas a su padre con un cuchillo que éste había dejado previamente a su lado.

–Sí, así fue –le respondiste.

–Fue terrible …¿Por qué lo hizo? –te preguntó.

Se lo había preguntado a sí mismo Iván Ostos muchas veces antes, aquel muchacho que te admiraba y que quería convertirse un día en investigador policial, igual que tú.

–Todo lo había preparado meticulosamente su padre. Ese día no le dio sus tranquilizantes a Leonardo, en su lugar, le sirvió vino en abundancia en la cena y colocó en la mesa un gran cuchillo, esperando que llegara la escena de la película, que desencadenaría todo. Iván, ¿por qué crees que lo hizo su padre? –le devolviste la pregunta al joven,

–Hay quien dice que el padre era muy mayor y estaba muy enfermo, que deseaba morir...

–Nada de eso. Todo lo contrario. Sí, es cierto que se hallaba enfermo y era bastante mayor. ¡Pero quería vivir para seguir cuidando a Leonardo y que no se quedara solo!

Exclamaste casi con el mismo dolor con que lo hubiera dicho el propio Gustavo. Luego continuaste:

–Leonardo llevaba toda su vida entrando y saliendo de la cárcel, y de los centros de salud mental. Cuando sufría una crisis psicótica se convertía en alguien muy violento. Agredía a todo el que se le cruzaba por el camino. Propinaba palizas casi todos los días a su padre. El coche era una de sus obsesiones. Cualquier día arrollaría a algún peatón. Ya había estado a punto en un par de ocasiones. Cuando se producían sus ataques esquizofrénicos y lastimaba a alguien, lo enchironaban, pasado un tiempo, lo soltaban. Y vuelta a empezar. ¿Qué iba a ser de él, cuando su padre faltara? ¿Qué daños produciría, sin control ninguno? –y te quedaste mirando fijamente a Iván.

–¿Y a dónde quiere ir a parar con eso? No lo entiendo.

–Pues a que el día que a Gustavo le diagnosticaron un *Párkinson* galopante, se planteó qué le pasaría a su hijo sin su cuidado. Gustavo lo preparó todo y dejó una carta a Felisa, la portera del piso de mis padres en cuyo edificio acaeció el suceso; avisaba en ella de lo que ocurriría a continuación: su hijo acabaría matándolo esa misma noche. De hecho así terminó sucediendo. A mí me lo había dejado caer previamente aunque no lo entendí en su totalidad. Luego me puso también de destinatario de la carta y por fin lo comprendí todo. Esa carta, –la señalaste con el índice apuntando al escritorio– conforme a su petición, la mandamos a la prensa. Se armó un gran revuelo, que hizo muy famoso este caso, y que ayudó a lograr lo que el padre de Leonardo quería, que a su hijo lo recluyeran y lo atendieran el resto de su vida en una gran fundación. Un último acto de amor.

–Nunca lo había pensado así. Por ahí se habla...

Terminó, impactado y conmocionado, el joven Iván Ostos, sin saber qué añadir y atónito por lo que acababa de escuchar.

Para ti estaba muy claro que cada caso tenía una explicación, un secreto íntimo, oculto para los demás, que lo desencadenaba.

Y tratabas de encontrar alguna pista para llegar al móvil profundo del caso de Tania; reflexionabas sobre el de Leonardo con el que pensabas que, de una manera intuitiva, subconsciente y difusa todavía, podría relacionarse.

CAPÍTULO 19

Salisteis a la terraza. Te sentaste en el taburete frente al telescopio. *Perlas* jugaba en su cesta con una pelota roja.

–¿Ves las estrellas, Iván? Esta noche buscaré al padre de Leonardo en ellas. Localizaré una de las luminarias más brillantes del cielo, la llamada *El guardián del oso*, nombre que le viene muy bien.

Pensabas, mientras mirabas por el telescopio, en el cuerpo ensangrentado de Tania, cosido a puñaladas como el de Gustavo, buscabas conexiones. Y también pensabas en tu propio secreto. Aquel que te causaba tanto sufrimiento y culpa. Te encerraste en ese hermetismo que Julio conocía tan bien. Y echaste el candado otra vez a la tapa del pozo de donde manaba aquella fuente de dolor y que no querías que nadie contemplara. Necesitabas combustible.

–Inténtalo tú Iván, aquí tienes las coordenadas... Voy a por whisky.

Le dejaste tu sitio en el telescopio y te dirigiste al cobertizo. *Perlas* dejó de jugar y corrió tras de ti. Bebiste de la botella, mientras oíste la entusiasmada voz del joven .

–¡La encontré, Alejandro!

Tú, indiferente, pegaste otro trago. Debías haber hablado ya muchas veces con aquella estrella. Regresaste y te acercaste a él.

–Eres bueno, Iván. Eso está bien ...

Él se levantó del taburete y te cedió el sitio.

–Mírelo usted mismo –exclamó, radiante.

Te sentaste frente al telescopio y rápidamente le confirmaste:

–Sí. Esta es... Se te da bien el telescópio, Iván.

Luego, más hermanados por vuestra común afición, estuvisteis hablando del cielo de nuevo. Y bebiendo whisky, Iván Ostos lo tomaba con agua. La noche era agradable y *Perlas* jugaba a vuestro alrededor. Fuisteis intimando, le dijiste que te tratara de tú, que no eras tan mayor. Al hablar con una persona tan joven como Iván Ostos, una oleada de juventud, o tal vez solo de su nostalgia, te inundó.

– ...Decía que si tenías novia.

–Sí, Alejandro, soy un tío afortunado. El hecho de haber venido aquí y conocernos más, aunque ya nos conocíamos desde hace años del supermercado, tiene que ver con mi chica.

–¿Y eso? –contestaste con curiosidad.

–Bueno, no te contaré mis intimidades con ella. Lo cierto es que, cuando hacemos el amor en el coche, aparcado en algún callejón oscuro o en la Casa de Campo, después nos quedamos en silencio abrazados. Bajamos las ventanillas de mi utilitario y abrimos el techo, entonces, cuando entra el aire puro y se respira tan bien, miramos las estrellas. Los dos juntos. No sabría decirte por qué, para nosotros son los momentos más maravillosos que existen. ¿Tú me entiendes...? Nunca le había contado esto a nadie.

Lo miraste comprensivo y le contestaste cada vez más nostálgico:

–Perfectamente, claro que te entiendo...

De repente, la empatía con aquel muchacho que también miraba al cielo, la profunda nostalgia de tu juventud perdida, junto con el alcohol ingerido, te hizo bajar tus defensas.

–Mira, yo no se lo he explicado tampoco nunca a nadie, pero necesito contar a alguien por qué miro tanto las estrellas...

Antes que tú pudieras continuar con la frase, te sonó el móvil en el bolsillo. Centrado en atender tu llamada, le hiciste un gesto a Iván Ostos para que te disculpara un momento y descolgaste. Tu cara se demudó, incorporando una mueca de dolor, mezclada con disgusto y tristeza, a medida que escuchabas las noticias.

–Pero qué me dice, doctor, ¡cómo es posible...! ...Y, dígame, ¿sabe la matrícula del coche que robó o, la marca o el modelo? ...Que la interna que lo vio no sabe nada de coches, ya es mala suerte... Entonces no tenemos nada... ¡Si su padre levantara la cabeza! ...Ahora mismo me encargo. Esperemos que el propietario denuncie pronto el robo. Gracias de todos modos, doctor. Seguimos en contacto. Adiós.

–¿Qué pasa Alejandro?

Dudaste qué contestarle. Estaba claro que ya no le explicarías el porqué de tu *voyerismo* con las estrellas, esos momentos difíciles ya

habían pasado. Ahora debías concentrarte en el presente. Aunque le debías algo al chaval.

–Solo te lo cuento si me juras que queda entre nosotros.... Si algún día quieres ser policía deberás acostumbrarte a vivir entre secretos.

–Te lo juro. Pierde cuidado.

–Leonardo ha escapado. Se descolgó por una ventana del centro, después de aserrar las rejas. Y huyó en un coche aparcado en la calle, al que le practicó el puente. Discúlpame, hablaremos otro día.

Y, rápidamente, casi empujaste a Iván Ostos fuera de la terraza. Caminabas en dirección a la puerta de salida medio traspuesto pensando en mil cosas de Leonardo y de su padre. Iván te seguía en silencio.

Os despedisteis sin palabras. Luego cerraste la puerta del piso y Ostos se quedó fuera, frente a los ascensores, atónito y frustrado, tras todo lo que le acababa de suceder en aquella velada.

Regresaste cabizbajo al escritorio. Lo que más te apetecía, una vez que habías logrado quedarte solo, era meterte un buen lingotazo de *Old Ripy*, te quedaban todavía un par de botellas más en el trastero, para aliviar tu desazón y tu culpa.

Recordaste la frase de Tania cuando no logró penetrar en lo más hondo de tu dolor interior.

–El orgullo, Alejandro, es la fuente del dolor.

Tú no estabas de acuerdo. No era cuestión de orgullo. Te habías convertido en un mar de culpa, en un océano de dolor, imposible de desalojar solo porque alguien intentara abrir en ti una pequeña escotilla. Hasta ahora nadie lo había conseguido, Iván Ostos había estado cerca de hacerlo, de conocer tu secreto, pero esos momentos de debilidad ya habían pasado.

Decidiste que no tocarías más el *Old Ripy*. Ni el *Chivas*. Necesitabas tu mente despierta. Se lo debías a Gustavo, el valiente padre de Leonardo, que había dado su vida por él.

CAPÍTULO 20

A la mañana siguiente había revuelo en la comisaría. Se notaba, entre otras cosas, porque Moncho Chamorro se debía haber caído de la cama aquel día. No eran ni las nueve y media cuando salió de su despacho y clavó sus ojos, que denotaban gran falta de sueño, sobre vuestras mesas, en las que Julio y tú ordenabais papeles y revisabais la agenda del día.

Os gritó, imperativo, como siempre.

–¡Eh, pareja! ¡Cuevas! ¡Ribera!

Levantasteis la cabeza y os pusisteis, qué remedio, a su disposición. Aquel ogro sin sesos, no contento con haber captado vuestra atención siguió gritando, barriobajero y mandón.

–¡Aquí! ¡Al trullo! ¡Vamos! ¡Ahora!

Los dos os mirasteis a un tiempo, por fin habría algo para vosotros. Os sentíais expectantes, casi ilusionados. Tal vez os comunicaría que por fin os ibais a ocupar del caso de Tania, Pinilla y Fortes seguro que no habían obtenido nada.

Chamorro había desaparecido raudo en el interior de su pecera. Y, cosa rara en él, ya os esperaba sentado en la mesa de trabajo de la entrada. Señal de la importancia y urgencia del tema. Parecía que aquella mañana, a pesar del madrugón, estaba de buen humor.

–¿Qué tal, chicos?

Y, antes de que pudierais articular respuesta alguna, se os adelantó. Pensaba que iba a daros una excelente noticia.

–¡Tengo un buen caso para vosotros!

Ribera, con su habitual falta de diplomacia y, sin contenerse, soltó una única palabra.

–¡Tania!

Chamorro carraspeó. Luego volvió a su radiante cara de cartero de las buenas noticias.

–Ese todavía no. Pero tengo el de un atropello, creemos que

intencionado y en el que, además, el conductor se dio a la fuga. Mirad.

Ribera, le transmitió su frustración y su decepción.

–Eso es para principiantes. Una ofensa para un equipo experimentado como nosotros –gruñó, con un gesto despectivo en su cara.

Chamorro, aquel día, se controló. A lo mejor, porque os necesitaba para un caso de mayor repercusión interna y mediática que el de la pobre Tania, su carrera era lo único que a aquel mastodonte le importaba.

–No te precipites como siempre, Ribera. Esto es más importante –confirmó Chamorro.

A continuación sacó unas fotos de un sobre en la mesa. Eran instantáneas tomadas por alguna cámara en la calle del suceso. Resultaban un tanto borrosas por la oscuridad de la noche, mas suficientemente representativas para que pudiera colegirse la película de los hechos. Se veía en la secuencia a un viejo cruzando la calle. Un coche del segmento alto, un BMW blanco serie 5, lo arrollaba sin miramientos. Y, luego, se fugaba sin detenerse siquiera.

Del conductor poco se podía decir. Era un manchón de sombras borrosas en el interior del vehículo. En algunas instantáneas daba la impresión, por el contorno de la figura, de que quizás podía utilizar un disfraz: las típicas barbas, melenas y gafas. Pero la luz era tan escasa y los contornos tan difusos, que eso solo podía ser una suposición.

Vosotros mirasteis de nuevo las fotos en silencio. En la mesa había también una carpeta con los informes de los atestados y con el resto de la documentación que había generado la unidad operativa, en este caso *la comisaría de Ciudad Lineal*.

Chamorro os extendió la carpeta y la puso a vuestra disposición.

–Cuando hayáis examinado toda la documentación, hablamos. Estos temas siempre inquietan mucho a la opinión pública y a las televisiones –confirmó claramente el motivo de su preocupación.

Ribera insistía en su cara de desinterés, tú parecías más entusiasmado. Seguro que la noticia que habías recibido la noche anterior del director del psiquiátrico sobre la fuga de Leonardo se relacionaba con ello. «Con el coche era también un peligro público...», le habías

explicado a Iván Ostos.

Además, la noticia de la evasión de Leonardo no habría llegado todavía a la *Comisaría Especial*, sino de momento solo a la *Unidad de Vigilancia Penitenciaria y Psiquiátrica,* que era la unidad competente. A ti te lo había comunicado el loquero por amistad y por tu anterior intervención en el caso. Por lo tanto era imposible que Chamorro pudiera relacionar el caso del atropello con la fuga del esquizofrénico.

Esto te daba una ventaja competitiva inicial, por lo menos hasta que corriera la noticia y a alguien se le ocurriera relacionar ambos casos, si es que al final eso sucedía, en aquella selva de descoordinación que era la policía y el resto de unidades de apoyo.

Ribera tampoco sabía nada de esto. Tú no se lo habías contado. Ya lo harías si aquella sospecha tomaba cuerpo. Ribera era un gran policía, en tu opinión, cuando estaba centrado en un solo caso. Manejar muchos a la vez le desconcentraban. Lo miraste y, antes de que soltara alguna nueva salida de pata de banco, trataste de que se subiera a bordo.

–Ribera, puede ser interesante, luego te digo el porqué.

Ante esa tesitura él guardó silencio mientras te dirigías a Chamorro.

–Está bien. Nos metemos en ello. Explícanos un poquito por encima el estado del asunto.

Sonó tu móvil. Miraste quién llamaba y luego a Chamorro y a Julio y, con un gesto de disculpa, te levantaste y te fuiste a la otra punta del despacho para no molestar, mientras Chamorro le facilitaba a tu compañero los detalles adicionales.

Tú escuchabas a tu interlocutor mientras esparcías la mirada por la mesa de trabajo de Chamorro. Y, de repente, dejaste entrever en la fachada de tu cara, siempre imperturbable, una grieta de sorpresa. Habías entrevisto entre sus papeles algo que te había llamado la atención. No relacionado con el caso del atropello, ni con el de Leonardo, sino con aquel que tú ansiabas llevar, el de la pobre Tania.

Julio oyó cómo concluías la llamada.

–Sí, yo te llamo de vuelta… Adiós –dijiste a quien te había telefoneado.

Y volviste a la mesa un tanto abstraído.

Ribera te resumió la situación, en presencia de Chamorro.

–Pues sí, Cuevas, puede ser un caso interesante. Roba el vehículo y, aparentemente, atropella al azar. Intencionadamente. Sin dejar rastro. Nuestros compañeros de *Prevención de Delitos de Gran Impacto* tienen registrados varios casos así en los últimos meses en Europa. Podría ser un caso de juego de rol que se haya exportado a nuestro país.

Tú seguías distraído, él cogió la carpeta, Chamorro sonreía complacido.

–Mañana a las diez me informáis de vuestras pesquisas. Hay que dar con este hijo de puta cuanto antes. En *Ciudad Lineal* no tienen ni idea de por dónde empezar y están a vuestra disposición. Al parecer robaron al propietario el coche en la calle y éste posee una buena coartada. Hay que investigar en otra dirección. Adelante, chicos.

Os levantasteis. No habíais tocado todavía el pestillo de la puerta, cuando oísteis la voz de Chamorro de nuevo.

– Decidles a Pinilla y a Fortes que pasen.

Ya en vuestras mesas, realizaste una llamada, continuación de la anterior, que no habías podido completar en su totalidad. Ribera ordenaba la información del caso del atropellador.

CAPÍTULO 21

Cuando oíste el chirrido de la puerta del despacho de Chamorro al abrirse, dirigiste tu mirada hacia allí como un resorte. Los zoquetes de Pinilla y Fortes salían. Te sentiste afectado por el recuerdo de Tania. Pinilla llevaba en la mano documentación diversa y Fortes una bolsa de plástico de las empleadas por la policía científica, con algo que tú ya habías entrevisto en la mesa de Chamorro. Dedujiste que se trataba de la pequeña agenda rosa de Tania donde apuntaba sus anotaciones sobre sus clientes.

Ribera, que no había reparado en nada, levantó la cabeza de sus papeles y te constató abstraído, te notó ausente como si no estuvieras allí. No le extrañó en absoluto, porque te ocurría a menudo, de repente te ausentabas y deambulabas un rato por tu mente alejándote a quién sabía dónde.

Te habías transportado a la casa de Tania. A su dormitorio en concreto, donde viste su agenda rosa por última vez. Tú ya te marchabas, con la mano en el pomo de la puerta. Tania, de pie junto a la cama, vestía su bata de seda negra tailandesa que te chiflaba y, en la mano, su dietario rosa, que certificaría vuestro adiós definitivo.

–Que conste que te vas –te dijo– sin que, por primera vez en mi vida, haya conseguido alumbrar el último rincón de mi mejor amante –y continuó con pena–. Sin que me hayas contado tu gran secreto. El secreto anterior al sufrimiento que te produjo Malena. Así que no estás curado, Alejandro. Volverás. Siempre volvéis.

–Gracias, Tania. No te olvidaré. Necesito resolver yo solo mis problemas secretos, como tú dices.

Y le lanzaste un beso al aire. Ella, por un momento, intentó sonreír, pero solo logró una mueca triste.

Luego cerraste la puerta. No fuera que, al final, te ablandaras y acabaras arrepintiéndote de tu adiós.

Aquella había sido la última vez que la habías visto.

Y, ahora, un año más tarde, ella estaba muerta y tú, en la *Comisaría*

Especial, dolido por su muerte, y preocupado por si aparecías en aquel registro que certificaba sus relaciones con sus clientes. Sus enfermos, como afirmaba ella.

Regresaste a la realidad, hablaste a Julio de vuestra agenda del día.

–Ribera, ¿qué tenemos del atropellador?

No esperaste a su respuesta, metiste rápidamente tu mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Recordaste de repente una cita olvidada, consultaste en tu agenda de bolsillo. Inclinaste tu cuerpo hacia su mesa y le dijiste con un hilillo de voz.

–Julio –otra vez le llamabas por su nombre de pila y esto lo captó, sorprendido, tu compañero –. Lo siento, he de salir. Es una revisión médica…

Ribera se quedó chocado. Tenías una salud de hierro. Todo lo malo te lo debía matar el bourbon. Nunca te había visto faltar al tajo por enfermedad, ni recordaba haberte oído hablar nunca de visitar al médico. Agradeció en su interior la confidencia. A pesar de eso, notaba la falta de confianza entre vosotros. Por ello, no se atrevió a preguntarte. Se limitó a contestarte de forma rutinaria:

–Espero que no sea nada importante.

–Un chequeo rutinario… –le confirmaste–. Si tienes libre esta noche –seguías con un hilillo de voz– me gustaría invitarte a cenar en mi casa y hablamos del caso del atropello. Tengo ciertas teorías.

Ribera se quedó aún más sorprendido si cabe, dado que no habías leído todavía ni una sola línea del caso.

–¡Coño, Alejandro, me dejas de piedra! Ahora, me disponía a compartir contigo la información que nos ha dado Chamorro… ¡Eres un lince!

–Ja, ja, ja… Es que tengo información privilegiada… Ya la leeré cuando pueda. Después del médico tengo unos papeleos con el juez del 23, por el caso de las tragaperras. Esta noche hablamos.

Ribera estaba cada vez más intrigado. Había ido a tu casa solo de Pascuas a Ramos. La última vez, la noche en la que te había dado el teléfono de Tania.

Además, la confidencia de tu visita al médico no era ni mucho menos normal en ti.

–Bueno, me dejas en ascuas... ¿Sigues teniendo aquella botella de *Chivas*?

–Aquella no, otra... ¿Te parece bien a las 10, Julio?

Habías terminado relajado, ya sin bisbisear, con normalidad. Te pasaba a menudo.

Julio, que cada vez te conocía mejor, te lo notaba. Cuando cerrabas un acuerdo que te satisfacía, te humanizabas.

–A las diez– te confirmó tu compañero.

Y tú cogiste la chaqueta y saliste.

Pero no te dirigiste donde le habías dicho a Julio. No de forma inmediata.

Capítulo 22

Cuando te despediste de tu compañero no visitaste al cardiólogo, con el que tenías cita a raíz del grave suceso que viviste subiendo la escalera de la casa de tu madre. El motivo de tu sobresalto había sido que acababas de darte cuenta de que la misma coincidía con la reunión que habías conseguido con el comisario jefe Pitarch.

Así que habías salido disparado de tu mesa con dos preocupaciones: tratar de adelantar la cita con Pitarch y manejar el temor difuso que te producía la proximidad de la visita al cardiólogo, de la que tu intuición no te anticipaba ninguna noticia agradable.

Decidiste subir, escaleras arriba, hasta el siguiente piso, donde se situaba el despacho de Eduard Pitarch. Pasaste un control de seguridad adicional, exclusivo para los visitantes a dicha planta, y te dirigiste hacia la mesa de Margarita Salisachs, la secretaria del Comisario en Jefe.

Margarita era una mujer de unos cuarenta y cinco años. De carácter empático y amable, la habías tenido entre tus candidatas no solamente a sustituir a tu ex, Malena, cuando os separasteis, sino a haber llegado a algo más íntimo con ella inclusive antes de conocer a tu exmujer. Pero nunca le propusiste nada. Y tampoco supiste a ciencia cierta el porqué. Quizás era una sensación difusa, pensaste ese día cuando volviste a verla, de que algo en ella no era verdadero. Y su carácter, tan atrayente, no era cristalino como a primera vista aparentaba.

Pero, ¿quién resultaba ser como a primera vista parecía? Tú, no. Temías que la mayor parte de la gente, tampoco. Te saludó, como siempre, con una amabilidad rayana en el cariño y fuiste al grano.

–También me alegro de verte, Margarita. Mira, había quedado citado con Eduard a las once y media, me ha surgido un imprevisto y te quería pedir que vieras su agenda y la posibilidad de que me recibiera ahora. Será breve, él conoce el objeto de mi visita.

Ella sonrió de nuevo y entró en el ordenador a consultar la agenda de su jefe. Pitarch siempre pedía que se le pusiera un breve *mail* con el

objeto de la visita y que se le describiera a grandes rasgos lo que se esperaba de la misma. Esa concisión hacía que el Comisario Jefe no se saliera ni un milímetro del objeto de la entrevista. Margarita levantó los ojos de la pantalla de su ordenador, te ofreció otra sonrisa y luego se dirigió hacia el despacho de su jefe situado detrás de su mesa. Tocó en la puerta y desapareció en su interior.

Margarita salió de la estancia del comisario jefe Pitarch, con otra espléndida sonrisa en su boca.

–Puedes pasar, Alejandro. Te hará un hueco, aunque será breve.

Y breve fue.

–Inspector Cuevas, querido Alejandro, siempre es un placer verte. Vamos al grano.

Entonces marcó por el interfono manos libres la extensión interna de tu jefe.

–Chamorro, ¿qué hay de aquello que hablamos de darles un caso importante a Cuevas y Ribera? Son gente buena, que ahora están mano sobre mano.

Chamorro explicó entonces que esa misma mañana os había puesto al frente del tema más importante y urgente que había surgido: el caso del atropellador, y que esperaba, ansioso, noticias vuestras a la mayor brevedad.

–Ah, me alegro. Luego te llamo y hablamos de otros temas. Gracias, Moncho.

Pitarch colgó y te ofreció una sonrisa que te recordó mucho a la de Margarita.

–Gracias, señor. Es una pena que no nos ocupemos del caso de Tania Belinda.

–Aparte de connotaciones personales vuestras en el caso, el comisario cuenta con sus propias razones para distribuir el trabajo entre su equipo. Lo único que te diré es que tu jefe es un gran policía, y es más, un buen policía. Una buena persona, como ya sabes.

Y, sin más, se levantó de su sillón y te acompañó a la puerta.

–Ah, y muchas gracias por gestionar tan bien a Ribera. Es un buen

profesional pero necesita a alguien que lo contenga, que lo centre, ya me entiendes. Seguro que nos dais noticias pronto sobre el atropellador.

Y te dio la mano, con la sonrisa tipo Margarita. Quizás, la de Margarita era tipo Pitarch.

Pensaste, en uno de aquellos fogonazos de clarividencia que, tal vez, fue la sonrisa de Margarita la que te inhibió de acercarte más a ella en su día. Había algo en la misma que no te generaba confianza.

Desde esa mañana empezaste a perder también la inmensa confianza que habías depositado en Pitarch, al oírle los encendidos elogios sobre tu jefe Chamorro.

Una vez en el cardiólogo, lo primero que hicieron fue tomarte la tensión arterial y realizarte un electro. La enfermera era escueta, casi antipática. Y los electrodos estaban fríos de narices. Pero ni tú moviste un músculo, ni ella se despidió cuando terminó. Arrancó el papel del cilindro y masculló:

–Ahora le harán una ecografía, no se vista.

Como para preguntarle que qué tal había salido el electro.

La ecógrafa era sin embargo un encanto.

–Disculpe, el gel está muy frío... Tenga estos *kleenex* para limpiarse, no se pringue.

Así que te animaste.

–¿Qué tal funciona el reloj?

Ella tardó un poco en contestar.

–Pues como todos, unos se atrasan y otros se adelantan, ja, ja, ja... Algo hay, pero el que sabe es el médico. Ahora le pasamos a la prueba de esfuerzo. Vístase y límpiese con tranquilidad. Cuando termine vaya al ejercicio de la cinta, es ahí en la puerta de al lado. Allí le espera mi compañera. ¡Que tenga buen día!

Cuando terminaste de limpiarte el gel y luego de vestirte, fuiste a la cinta de la prueba de esfuerzo. Allí estaba, otra vez, la enfermera antipática, la cual te llenó de nuevo, y sin ningún miramiento, el

cuerpo de cables. Los conectó a los monitores donde aparecerían los datos de la evolución de tu corazón ante el esfuerzo realizado y que el doctor seguiría con atención y sin perder detalle.

Entró el doctor Salgado, que llevaba su nombre bordado en el bolsillo de su bata blanca, y se sentó frente a las pantallas. Te miró y esbozó una media sonrisa, un poco más educado que la del electro y menos que la ecógrafa.

Situándose pues en la equidistancia comunicativa de su equipo, continuó:

–Señor Cuevas, cuando esté listo comenzamos.

Y, en cuanto notó un movimiento afirmativo en tu cabeza, apretó el botón de la cinta sin más dilación. El tiempo siempre es oro. Sobre todo, el suyo, pensaste.

CAPÍTULO 23

Cuando es posible que a uno le den malas noticias y éstas dependen del resultado de una prueba médica, caben dos opciones por parte del paciente: la primera es acentuar o incluso estresar las condiciones en las que te sometes a la misma, de tal forma que el resultado aflore a tus ojos cuanto antes mejor, aunque el mismo sea malo; la segunda, por la que optamos el común de los mortales, es tratar de que las condiciones en las que sometemos nuestro cuerpo a dicha prueba sean lo más benignas posibles, para así buscar un buen resultado temporal, aunque sea por los pelos. Así posponemos los problemas y no nos enfrentamos a la verdad.

Por ello, trataste de relajarte lo más posible, con el fin de que tu cuerpo no realizara ningún esfuerzo adicional para acometer con el ritmo adecuado la pendiente de la cinta. Y pensaste en otra cosa. Pero, al poco tiempo, no pudiste evadirte de la realidad en la que te encontrabas. Te notabas más y más fatigado mientras caminabas por la pendiente, cada vez más pronunciada, de la cinta, hasta que sentiste un mareo.

Luego creíste que te recuperabas, mientras el doctor Salgado apartaba por un momento su vista de las pantallas y miraba tu sudor frío y tu rostro demudado. Comenzaste a sentirte otra vez mal, de forma similar a como sucedió aquel día en la escalera de la casa de tu madre, con los mismos síntomas.

Paralelamente ibas perdiendo la esperanza que aquello fuera solo algo momentáneo.

Miraste de reojo al doctor Salgado y creíste percibir un gesto de preocupación. Tras unos instantes, el médico paró la máquina. En tu interior se lo agradeciste. Pensabas que te desvanecerías en cualquier momento. El doctor abrió la puerta y llamó a una enfermera.

–Carolina, acérquese, ¡rápido!

–¿Pasa algo, doctor? –le preguntaste, a pesar de que intuías que algo, e importante, pasaba.

Salgado no reparó en tu pregunta. La enfermera se presentó al instante.

Era una mezcla de la del electro y de la ecógrafa, mitad amable, mitad adusta. Debía ser la secretaria personal del médico. Este se dirigió a ella:

–Quítele los cables al paciente. Que se vista y lo trae a mi consulta a continuación. Todo, siempre en su compañía... ¿estamos? Alejandro, tranquilícese. Ahora hablamos, ¿de acuerdo?

La enfermera, por una parte te sonreía y, por otra, quitaba los cables con rapidez, frialdad y un rictus tan serio que intimidaba.

Cuando terminaste de vestirte te llevó al despacho del doctor y te invitó a sentarte frente a él, en su mesa de trabajo. Salgado, en silencio y concentrado, repasaba los datos de las pruebas efectuadas. Por fin levantó la cabeza de los papeles y te miró, con cercanía, pero escudándose en los datos.

–¿Así que me dice, Alejandro, que hace unos días sintió un fuerte dolor en el plexo subiendo la escalera?

–Sí. Fue la primera vez que me pasaba algo así.

Salgado carraspeó. Luego, agarró el toro por los cuernos. Tú, en el fondo, se lo agradeciste.

–Pues verá, Alejandro. Le someteré a pruebas adicionales los próximos días y a un cateterismo. Pero, en la cinta, ha sufrido usted una arritmia muy importante, es el *síndrome de Brugada*, una arritmia ventricular de las que conducen en muchos casos a la muerte súbita. Ha dado un electro típico de esa situación. Sin embargo, usted parece en forma, por su trabajo. ¿Hay antecedentes en su familia de muertes repentinas?

Tú no estabas acostumbrado a hablar, a bote pronto, de temas tan íntimos. Te esforzaste rebuscando en el almacén de tu memoria.

–¿Repentinas? No, que yo recuerde... Ahora que lo dice, un par de primos a los que apenas conocía, murieron muy jóvenes –y te acordaste de tu padre, del que casi nunca hablabas– y mi padre también falleció del corazón, aunque pasados los setenta. Eso sí, vivía paralizado del lado izquierdo desde hacía quince años, tras un ictus.

–Esos dos primos, ¿lo eran por parte de padre?

–Pues... sí, los dos. Ahora que me acuerdo, un hermano de mi padre murió en circunstancias extrañas. Se salió de la carretera en una recta... No lo achacaron a fallo cardíaco, sino a despiste. Dio varias vueltas de campana el pobre al caer por un barranco.

–Eso confirma mis impresiones. El *síndrome de Brugada* es de carácter hereditario. Pero, una vez que ya sabe que lo tiene, debe alegrarse, en muchos casos *el síndrome de Brugada* no da la cara y los pacientes mueren de repente sin saber que lo padecían. Ahora, en su caso, ya estamos sobre aviso.

– ¡Qué mala suerte, doctor!, ¿no?

–No se sienta diferente por ello. No debe preocuparse en exceso, todos estamos condenados y no sabemos cuándo ocurrirá. Eso sí, cuídese, no se atormente por cosas sin importancia o que no tienen remedio y, en su caso, tenga las cosas en orden. Viva como si hoy fuera el último día... Eso debiéramos hacerlo todos. Le prescribo estas pruebas adicionales, aunque me temo que todo está bastante claro, debo serle franco...

–¿Y qué tratamiento hay, doctor?

–Pues no muchos, eficaces y fiables. Y, sobre todo, que compensen el riesgo de aplicarlos. Vamos a realizarle un estudio electrofísico, por si se le pudiera implantar un desfibrilador, no le garantizo que al final sea recomendable en su caso. Es una arritmia caótica que lo mismo puede darle un susto mortal mañana, que no aparece en años. Aunque una vez que ha dado la cara, tal es su caso, lo más probable es que no tarde en reaparecer, pero nunca se sabe... Lo mejor, le repito, es llevar una vida ordenada y sana, sin atormentarse por cosas sin importancia.

Te quedaste digiriendo todo, mientras mirabas por la ventana del despacho, buscando un cielo tranquilizador. Entre tanto, el médico te dejaba asimilarlo y preparaba una copia de los informes y te los metía en un sobre, junto con los volantes. Seguro que dormía bien por las noches, pensaste. Igual que todo el mundo que no se dejaba ni rozar por el mal fario que, de repente, aparecía ante sus ojos.

En aquel momento, te diste cuenta que colocabas, o te colocaban, otra

piedra en tu mochila. En este caso era enorme, podía ser la definitiva. Te apercibiste de la urgencia que introducía en tu vida: ¡Había tantas cosas que arreglar en ella antes de sucumbir! ¡No podías dejar sin justicia el asesinato de Tania, sus piernas colgantes chorreando sangre vinieron a tu mente!¡Y el tiempo, escaso para ti, se esfumaba! ¡No podías perder ni un solo minuto a partir de ahora!

Sí, otra piedra más en tu mochila, colgada sobre tus frágiles hombros que llevaban tanto tiempo soportando el peso de la responsabilidad. De la culpa. Esa de la que nadie sabía nada.

CAPÍTULO 24

Una fuente de espaguetis humeaba sobre la mesa de la cocina y, en el horno, se gratinaba un buen besugo de *Guetaria*. Había también una botella de *Viña Tondonia* del 98 y los platos y cubiertos se apilaban en la mesa de la terraza donde cenarías con Julio.

Un tío divorciado sin hijos, como tú, se permitía ciertos lujos, no pensabas en el mañana. Le habías dado unos tientos al *Old Ripy*, que mantenía el tipo todavía junto a otra botella sin abrir de *Chivas* de 12 años reservada para Ribera.

Acababas de escribir en una cuartilla, que introducirías en la vieja carpeta de gomas elásticas. Habías garabateado al final:

– Dicen que la valía de un hombre se mide por la cuantía de soledad que le es posible soportar. Si fuera así, hoy Alejandro Cuevas sería un hombre valioso.

Esta vez no arrancaste un pósit del macillo sobre la mesa, buscaste en el fajo de cuartillas un expediente etiquetado ya con uno viejo, lo despegaste de la que estaba adherido y lo fijaste sobre la esquina izquierda de la nueva. En este pósit figuraba con letras claras y mayúsculas: «ALEJANDRO CUEVAS».

Bebiste otro vaso de bourbon, de un trago, y metiste tu expediente en la carpeta. Levantaste la cabeza hasta que te topaste con el telescopio que estaba en la terraza, como un espantapájaros celeste. Esperándote.

Miraste al azar. Recorriste de punta a cabo el cielo, profundo y misterioso, carente de respuestas. Apartaste los ojos del telescopio, porque creíste que ibas a sufrir un vahído y tropezaste con los ojos de *Perlas*, que había venido a tu encuentro a través de los tejados y las antenas. Se lo agradecerías más efusivamente luego. Le darías un buen trozo de besugo.

Ibas a acariciarle el lomo al micho cuando oíste el timbre de la puerta. Tu *alter ego* llegaba puntual a vuestra cita. Te acordaste y te arrepentiste a un tiempo. Te hubiera gustado emborracharte en soledad hasta ahogar el poco futuro que te quedaba. No había ya

excusa para cancelar la cita y temías que una buena compañía acabara en dos soledades yuxtapuestas.

Abriste la puerta a Ribera y os acomodasteis en la terraza para cenar. Dejasteis un rastro de cadáveres, vestidos de espinas y de lombrices de pasta, en vuestros platos.

El *Viña Tondonia,* mientras tanto, hacía su trabajo. El pasado y la melancolía, disfrazados de graciosas anécdotas, empezaron también a festejar vuestra conversación. La pequeña mesita, donde comíais, invitaba a la confidencia, en aquel rincón de la terraza que parecía un reservado del cielo. Apreciaste entonces el lado bueno de la compañía. Julio te vio reír, hacía mucho tiempo que no te mostrabas de tan buen talante.

–Tuve un compañero –y entornabas los ojos mientras te llevabas el tinto a los labios– que siempre se las arreglaba para llevar sueltos los cordones... qué trompazos se pegaba... cuando no se los pisaba él, se los pisaba yo... ja, ja, ja...

–Y qué me dices de Galíndez... ja, ja, ja..., ¿recuerdas? El que estaba enrollado con la rubia aquella tan buenorra, que estaba casada...

–¡Claro que me acuerdo! A quién se le ocurre esconderse en el armario sin apagar el móvil... –partiéndote de la risa–. Y me acuerdo también del pobre Celaya...

–Ah, sí, Celaya..., ja, ja, ja... el que siempre llevaba la bragueta abierta..., ja, ja, ja...¡siempre a sus órdenes, señora! –y Julio levantaba su mano a la altura de la sien en saludo militar–. Las mujeres huían despavoridas...

–Ja, ja, ja...¡Qué tiempos...! –musitaste.

–Sí, qué tiempos aquellos... –interrumpió Julio su frase con otro generoso trago de *Viña Tondonia*.

Por un momento se hizo el silencio, no sabiendo qué rumbo iba a seguir la conversación. Julio no quería ser consciente de lo que se temía, quería aprovechar aquellos últimos cartuchos de los fuegos artificiales de la nostalgia, antes de que a ambos os cubriera de nuevo, con su manto, la tristeza. Así que continuó en tono alegre:

–Lo mejor pasó el día en que acudimos a la llamada de aquella señora

a la que le había desaparecido el marido... Cuando Requejo te llamó: «¿*Astrónomo*, puedes echarnos una mano?». A la señora le salió del alma: «Bueno, no creo que se haya ido tan lejos...».

Ninguno os reísteis, sonreísteis levemente. Vuestra alegría era vuestra pena sin máscaras. Esa anécdota la habíais contado mil veces. Probablemente ni siquiera había ocurrido así... El tiempo la había hecho real a base de repetirla.

–Sí, qué tiempos aquellos, nos hemos hecho viejos Julio... –rezumaste melancólico.

Julio cambió de tercio.

–Bueno..., ¿y el atropellador?

–Pues, la verdad –comenzaste–, pienso en dos sospechosos. Y los dos en el bloque del piso de mi madre, ¡manda huevos!... Nos hemos quedado sin vino, voy a por otra botella.

Sí, querías más vino. En el alcohol te guarecías.

–Ah, la casa de tu madre. A veces pienso que tu mundo sigue allí.

Echaste para atrás la silla e hiciste ademán de levantarte a por el vino.

Julio necesitaba ya algo más fuerte que el *Viña Tondonia*

–Por mí tráete el *Chivas*... Ah, y alguno de esos bombones de chocolate que siempre guardas.

CAPÍTULO 25

Después de dar cuenta de los bombones y del whisky, terminasteis echados en las hamacas. Casi enfrente de ellas se hallaba, impasible mas cercano, el telescopio, que ejercía de un confidente más. Del tipo oyente y mudo, que es el mejor de los posibles. Hasta *Perlas* os había abandonado y se había marchado a jugar, con la noche y sus asechanzas, en las cornisas y en las antenas.

Al fondo, el cielo se fundía con la espesura moteada de luces de *la Casa de Campo* y os acogía a vosotros, dos pequeñas estrellas más del firmamento infinito. Ribera te preguntó por lo que no se había atrevido a interrogarte durante todos aquellos años.

–¿Por qué te hiciste policía, Alejandro? Después de tantos años, no te lo había preguntado nunca...

Tardaste unos segundos.

–Por qué me hice... eso sí lo sé. Por qué sigo, eso no lo tengo tan claro. Quizá no sé hacer otra cosa...

Ribera esperaba que continuaras, seguiste callado mirando la negrura azulada.

–No me has contestado. Como casi siempre.

Tú sonreíste. Tan solo añadiste:

–En tu pregunta está mi respuesta, Julio.

Ribera se quedó atónito.

–¿Y...? Alejandro, como un día te interrogaran te juro que sería lo más agotador del mundo.

Al final contestaste.

–Llevamos, cuántos, unos diez años juntos, entre la *Comisaría de Chamartín y la Especial*. Y somos casi desconocidos. Para mí, las vidas son un nudo de secretos.

Te callaste sin más.

Julio estaba frustrado y un tanto colérico porque no conseguía que te abrieras. Esta noche se convertía en otra de tantas y tantas

oportunidades fallidas entre vosotros.

Julio sabía que no podía echarte toda la culpa a ti, él tampoco te había contado nada relevante de su vida. Aunque tú esta falta de comunicación la llevabas mucho mejor que él, daba la impresión de que tú no la necesitaras.

Era verdad que a Julio le molestaba que te comportaras como un extraño para él. Y le conducía al extremo de explotar su cólera. Envidiaba tu carácter, aparentemente equilibrado, tu autocontrol, frente al suyo tan impulsivo, tan falto de paciencia.

Insistió una vez más, con enojo.

–¡Coño, Alejandro, no hables para ti! Todavía no me he enterado de por qué entraste en la policía...

–Disculpa, Julio. Pues por eso. Me gustaba escudriñar en la vida de la gente, descubrir sus trampas, sus íntimos secretos... A todos nos gusta cubrir nuestras vidas de una pátina de buenas apariencias, tapar con una colcha vistosa nuestros más feos y recónditos secretos. A Tania también le gustaban los secretos. Los de sus clientes...

Julio se estremeció. Lo miraste y te pareció que se había sonrojado, tal vez le habían impactado tus palabras sobre Tania y los secretos de sus clientes. Había buscado tu intimidad y tú le amenazabas con tirar de la manta de la suya.

Ribera no supo a qué carta quedarse cuando te respondió, ni se echó para atrás, ni avanzó hacia ti. Intentó bromear de forma relajada sobre los secretos:

–No te descubriría el mío...

Miraste a Julio, que traslució que se arrepentía de haber pronunciado aquella frase. Como si temiera haber dejado al descubierto ante ti su íntima fragilidad.

Igual que en otras ocasiones, rehuiste aquel intercambio de golpes íntimos.

–Pierde cuidado. Los que amamos los secretos, como Tania, o como yo, amamos más todavía mantenerlos a buen recaudo –respondiste en tono ligero y cordial, Julio respiró aliviado.

Luego te quedaste mirando al cielo.

Ribera, después de observarte un rato largo con la mirada perdida en el firmamento, se dijo a sí mismo, compasivo y envidioso de ti:

–¡Bendita inocencia la tuya!¡Bendito tu refugio infinito en el universo!, para olvidarte de las injusticias, y de la frustración de no poder hacer nada frente a ellas. ¡Bendito ese cielo estrellado que te había salvado de no volverte loco de dolor!

Luego, más tranquilo y sintiéndose seguro respecto a su intimidad, rompió el silencio y volvió a la carga con la tuya.

–Ya entiendo… –te dijo–. Por eso viene lo del telescopio, lo del *Astrónomo*. En realidad no miras al cielo, nos escudriñas a los demás, tal vez a ti mismo… Nunca cuentas tus secretos a nadie, ¿verdad?

Julio, como siempre, no tenía paciencia. Al final había enfilado hacia ti de forma atropellada.

No le contestaste. Pasaron unos instantes que a Julio se le hicieron largos e incómodos.

–Y tú, ¿por qué lo hiciste? –le soltaste por fin mirándolo a los ojos.

Julio se quedó impactado. Estupefacto. Se estremeció de nuevo con tu pregunta. Pensó que era posible que Tania te hubiera contado algún secreto suyo y le preguntaras por él. Que hubieras descubierto algo importante de su vida. Reaccionó con una pregunta para ganar tiempo.

–¿Por qué hice el qué, Alejandro?

Dijo Julio reteniendo la respiración, mientras esperaba tu turno.

–Sí, ¿por qué te hiciste tú policía? –musitaste por fin.

Julio respiró aliviado. Seguro que las estrellas, que todo lo saben, notaron cómo Julio se relajaba con aquella pregunta tan ingenua. Cuando él, por un momento, había sospechado que tú sabías el secreto que le roía las entrañas.

Ya relajado, Julio te contestó, con algo políticamente correcto, a tu pregunta de por qué se había hecho policía.

–A mí me gustaba el sentido de la justicia, Alejandro. Deshacer entuertos, ayudar a los débiles, castigar a los mezquinos…

A medida que Julio hablaba, tú, *Astrónomo*, dejaste de mirarlo. No te interesaban sus palabras, no te creías nada de lo que te decía. Y te refugiaste de nuevo en tus mundos interiores.

–Ese es un bonito lema –dijiste por fin, en vez de manifestarle a Ribera lo que pensabas: que eso era una simple fachada para los demás.

–¿Y por qué sigues? ¿Tampoco sabes hacer nada más? –añadiste una nueva pregunta, aunque rutinaria, a tu compañero.

Qué inteligente le pareciste a este entonces. Simulabas un interrogatorio que, en realidad, no quería indagar nada, como tampoco Ribera quería responderte, solo darte pistas falsas. Era el viejo juego de las mentiras al que siempre jugabais los dos.

Ribera te contestó relajado pero, a medida que hablaba, se fue tornando visceral, vehemente. Como si ya estuviera harto de este juego.

–Pues sigo siéndolo por lo mismo, Alejandro. Lo que pasa es que la realidad no es la que soñabas, todo es frustración, una gran frustración en el trabajo... Creo que sigo porque me digo cada mañana: esto no puede ser tan feo, tan ruin, tan inútil, yo no me metí a policía para esto… ¡Pero esto va a cambiar...! ¡Por Dios que va a cambiar! ¡Te lo prometo! ¡Te lo aseguro!

Terminó Ribera descompuesto, dominado por una rabia interna que se le descontrolaba.

Tú lo miraste un tanto sorprendido tras escuchar sus palabras.

–Hay gente –pensaste– que se cree sus propios engaños.

Pero Ribera había hablado al final con la furia verdadera de un loco que ya no puede aguantar más, de un loco sincero, con la verdad inyectada en sus ojos.

Tú no querías ir más allá, no estabas preparado para cambiar secretos con él. Así que lo que hiciste fue cambiar de tercio en la conversación: regresaste al terreno profesional, práctico y concreto, que os ocupaba.

–Me gustaría –le dijiste a Ribera– que te encargaras de seguir e interrogar, a mis dos sospechosos en el caso del atropellador. Particularmente a Leonardo, me impactó mucho la historia de su padre..., además era mi vecino. Me siento demasiado implicado

emocionalmente en el caso para indagarlo –concluiste.

–Alejandro... siempre tan legal –se detuvo Ribera un momento y, tras darse un trago, continuó ya otra vez relajado, con curiosidad– ¿Y un tipo tan ordenado como tú, amante de una vida tan reglada, por qué no te casaste?

Ribera no quería dejar de husmear en asuntos personales. Quizás necesitaba hablar de los suyos propios, aunque al final no se atreviera a hacerlo.

Además, el tema de tu relación con las mujeres, a su juicio lleno de opacidad, siempre le había intrigado.

–Bueno, sí que me casé, como sabes –le contestaste–. Luego, ya viste cómo me dejó Malena, hecho unos zorros. Si no hubiera sido por Tania, y por ti...

–Pero lo de Malena fue... ¿hace cuánto? Cinco años, ¿no? –se respondió –. Ya tenías entonces cuarenta tacos y la vida hecha, solo, a tu manera. Por eso no funcionó. Solo aguantasteis dos o tres años juntos, ¿no? ¿Pero, qué pasó antes de Malena?

Esa pregunta también te la había hecho Tania, tú no le habías respondido.

Ribera notó que dudabas en contestarle, que iba por el camino correcto.

Mientras, tú buscabas en tu interior una de tus tantas mentiras piadosas, en vez de decirle la verdad. Le dijiste de forma rutinaria:

–¿Antes de Malena?, nada en especial… Se me estaba pasando el arroz entre unas cosas y otras y entonces la conocí. Y me decidí a casarme con ella. Un desastre, como sabes ¿Y tú por qué no te has casado? Un tío tan apuesto y atractivo como tú...

Habías reducido tu vida sentimental hasta los cuarenta años a prácticamente nada. Con esa respuesta era difícil que Ribera te contestara a ti con algo que no fuera otra cortina de humo:

–Casarme nunca fue una prioridad. Al contrario que mi trabajo. Ahora ya no pienso en ello. Pero quién sabe si en los próximos años...

–Ah, los próximos años, Julio... –te tocaste el plexo cardíaco con una

emoción que tu compañero no notó, otro de tus secretos–. Echemos el último trago.

Definitivamente, vuestros secretos seguían igual que antes de la cena, no habíais compartido nada durante la larga noche. Apareció por allí el gato certificando el fin de la conversación.

–¡Coño, Perlas! ¿Por dónde parabas?

Perlas no contestó con ningún gesto, ni maulló, mientras os miraba.

Sonó tu móvil. Tú observaste en la pantalla quién era, y luego descolgaste.

–¡Dígame, Felisa...!

–No le molestaría a estas horas, pero se escuchan ruidos en el piso de Leonardo. Queda justo encima del mío... ¿Lo han soltado ya? –dijo la portera.

Ribera notó tu aceleración. Tu coraza de impasibilidad le resultaba cada vez más trasparente para él.

–¡Llego ahora! ¡No haga nada! –le respondiste de forma apresurada.

Colgaste y, levantándote de la hamaca con una agilidad que no habías mostrado en mucho tiempo, impeliste a Ribera a moverse también.

–¡Vamos, Julio! Leonardo ha aparecido en su casa. ¡Rápido, antes de que se vaya!

Así que salisteis corriendo y alcanzasteis el hall en cuatro zancadas. Cogisteis el ascensor y, en otras cuatro, ya estabais en el garaje.

CAPÍTULO 26

Fuisteis en tu coche a toda leche y en silencio. Llegasteis en diez minutos desde *Batán* hasta el principio de la calle del *General Ricardos*. Entrasteis por el garaje, dejasteis el coche, y corristeis hasta el ascensor. Julio notaba cómo te faltaba la respiración y te tocabas de vez en cuando el plexo con la mano.

El ascensor no estaba en la planta así que, en vez de llamarlo y esperar, os lanzasteis a subir por la escalera los cuatro tramos que había hasta llegar al primer piso, justo a la puerta A, que se situaba encima de la portería.

Ribera subía mucho más rápido que tú. Vio por el rabillo del ojo que te parabas en un rellano mientras te auscultabas el pecho con la mano. Se acordó de tu reciente visita médica y se preguntó si lo que te pasaba se relacionaría con aquella, pero ya estaba ante la puerta del piso de Leonardo y tenía que concentrarse en los próximos pasos a dar.

Sacó una ganzúa diminuta del bolsillo y abrió la puerta de entrada en un santiamén. Miró atrás y confirmó que subías agarrado a la barandilla de la escalera, muy fatigado, casi andando. En cuanto cruzasteis la mirada, le hiciste ademán de que penetrara en la vivienda.

Ribera entró y dejó la puerta abierta, al poco tiempo la franqueaste demudado y un tanto mareado. Nada más entrar el mareo se acentuó y temiste desvanecerte y caerte al suelo mientras veías entre brumas a Ribera dentro del salón de la casa. Intentaste sostenerte en pie agarrándote al aparador de la entrada. Luego volcaste un florero sobre la encimera del mismo, que se estrelló con estrépito.

Ribera lo oyó y salió al pasillo desde el salón para ver cómo te encontrabas. Tras un momento de descanso, te habías repuesto del esfuerzo de subir la escalera. Se lo confirmaste a Ribera con un gesto, indicándole que continuara la inspección de la casa en busca de Leonardo.

De pronto, se oyó un ruido al fondo de la vivienda. Provenía de la habitación que se intuía tras la última puerta del pasillo y allí se dirigió Ribera, pistola en mano. Antes de llegar se volvió hacia ti y, para cerrarle todas las salidas a Leonardo, te dijo con un gesto:

–¡Cuevas, quédate en la puerta, por si acaso!

Levantaste el dedo pulgar en señal de okey y te recostaste contra el aparador, respirabas con dificultades.

Ribera se plantó en dos zancadas en la habitación del fondo. Estaba la puerta entornada. La abrió de una patada y entró pistola en ristre. Allí no había nadie.

La ventana estaba abierta. Ribera se acercó hacia ella. Daba al patio interior de la comunidad de vecinos, cruzado de lado a lado por los tendederos de los bajos. Entre varias sábanas Ribera observó a Leonardo, que se disponía a alcanzar la calle por la puerta interior del patio. Ribera enfundó la pistola en la sobaquera.

Tú habías llegado a la habitación y le gritaste justo antes de que saltara.

–¡Toma las llaves de mi coche!

Se las lanzaste y él las cazó cual perro hambriento. Al instante saltó por la ventana desde una altura de unos tres metros y medio. Rodó por el suelo debido al impacto, se incorporó al instante igual que un resorte y continuó la persecución a Leonardo. Este salió a la calle y montó en el coche robado, aparcado allí. Conectó los cables, bajo el volante, y arrancó con aceleración y estrépito.

Ribera vio fugazmente el vehículo doblar la esquina y perderse calle arriba. Recordó, en un fogonazo, que era de color blanco, el mismo que aparecía en las imágenes del atropello.

Se dirigió hacia el garaje del inmueble a la carrera, allí permanecía tu coche. Se metió en él raudo y salió cagando hostias, subiendo por la misma calle por la que había huido Leonardo. Tú observaste todo desde la ventana hasta que Ribera también desapareció de tu campo de visión.

Echaste un vistazo en el interior de la habitación. El armario se hallaba abierto, sobre la cama había una mochila en la que Leonardo

había introducido ropa, una bolsa de aseo y el teléfono móvil, con su cargador. Sacaste todo de la mochila y lo esparciste sobre la cama, examinaste el teléfono móvil. No tenía batería, lo pusiste a cargar en un enchufe para revisarlo.

Sonó una llamada en el tuyo. Lo descolgaste. Se trataba de Ribera.

–Lo he perdido, Cuevas. Va en un coche blanco. Lo vi un instante. ¿Qué tal te sientes?

–Bien... Creo que el vino no me sentó muy allá... –te justificaste–. El color coincide, ya hemos dado con el primer sospechoso.

–¿Tú crees? –oíste su voz incrédula, tal vez le resultaba muy rápida tu deducción para unas pruebas tan escasas.

Colgaste sin contestar. Siempre lo hacías ante preguntas inútiles.

Luego comprobaste el móvil de Leonardo que había empezado a cargarse mínimamente. Lo encendiste, en la pantalla apareció la leyenda: «falta tarjeta SIM». Entonces, sorprendido, abriste el aparato y lo verificaste. Efectivamente era así.

–¿Qué hacía ese teléfono sin tarjeta? –te preguntaste–, ¿por qué se lo iba a llevar Leonardo en tales condiciones? Y si se lo llevaba porque él contaba con otra tarjeta SIM para insertarla en el aparato, ¿cómo la había obtenido en el psiquiátrico?

No te cuadraba ninguna respuesta. A continuación buscaste en la lista de contactos de tu teléfono el número de Leonardo, ese correspondería a la tarjeta original, pero no lo encontraste. Así que llamaste a la portera:

–Felisa, ¿no tendrá usted el teléfono móvil de Leonardo...?

Por suerte lo tenía, diste un suspiro de alivio, lo apuntaste en un papel y lo dejaste sobre la cama. Luego seguiste hablando con ella.

–Sí, ha estado aquí, estoy en su piso en estos momentos –le contestaste a su pregunta–no creo que regrese de nuevo, nos ha visto... ¿Sabe si ha visitado algún familiar el piso en los últimos días?

–Hace poco pasó un primo suyo, debe ser el único familiar cercano que le queda. Me dijo que había ido al depósito de la policía a recoger algunos enseres personales de Leonardo, de cuando lo ingresaron en el

manicomio. No creo que Leonardo porte su móvil encima, porque se lo entregaron a su primo ese día. Debería de estar en el piso, si Leonardo no se lo ha llevado consigo esta noche –dedujo, Felisa.

Las deducciones de Felisa te parecieron acertadas. El teléfono que habías encontrado en la habitación debía ser el que la policía le requisó a Leonardo cuando lo detuvieron y que había recogido su primo de los depósitos policiales y había dejado en su casa. Leonardo iba a llevárselo en su mochila cuando tuvo que huir precipitadamente al irrumpir Ribera y tú en su casa. Lo que no entendías es que faltara la tarjeta SIM en su interior.

Después de colgar con Felisa, cogiste el papel donde habías apuntado el número de teléfono de Leonardo que te había dado la portera. Te detuviste unos segundos, barajando hipótesis. Al carecer de respuestas coherentes, tecleaste, por si sonaba la flauta, el número del loco y esperaste expectante. Escuchaste el pitido de llamada un buen rato. Cuando ibas a desistir, alguien descolgó.

Tú no podías verlo, pero ese alguien se hallaba sentado en un escritorio medio a oscuras. Te hubiera gustado saber quién era, claro. Contuviste la respiración cuando descolgó. Y te dispusiste a escuchar esa voz al extremo de la línea. Tan solo un silencio pétreo e infranqueable penetró en tus oídos. Comprendiste que la flauta ni había sonado ni sonaría.

Al final te decidiste a hablar tú, rompiendo el silencio, con el fin de provocar alguna respuesta, obtener alguna pista sobre su identidad.

–Leonardo... ¿eres tú? Soy Alejandro Cuevas...

Nadie respondió. Ante el prolongado silencio, colgaste. Luego, te cruzó un recuerdo. Sacaste el papel que llevabas en tu cartera con un número telefónico rodeado por un círculo. Se trataba del número que te había proporcionado Chema, de Investigación Telefónica. Desde ese número se habían comunicado tres veces con el móvil de Tania. Y todas ellas el día de su asesinato.

Pusiste ese papel al lado del que habías usado para apuntar el número de Leonardo, al que acababas de llamar. Cotejaste los dos números. Te quedaste estupefacto: ¡eran el mismo!

Exclamaste, atónito:

–¡Pero qué coño es esto...!

Recordaste, en un fogonazo, las palabras de Chema, cuando le insististe en que te diera la identidad del número que te había facilitado, desde el que se habían comunicado con Tania el día de su asesinato: «Tú deberías saberlo», te contestó. Ahora descubrías que ese número era el de Leonardo. Un caso que habías llevado tú, además de ser tu vecino.

No podías creer ni por asomo que Leonardo, que no conocía a Tania de nada, fuera quien la hubiera asesinado. Además, el día del asesinato de la muchacha en teoría todavía no se había escapado del psiquiátrico, por lo que no podía ser él. A no ser que hubiera efectuado una salida con anterioridad y luego hubiera regresado. Algo poco probable, aunque no descartable.

Todo resultaba muy confuso, mas había una evidencia clara: desde el móvil de Leonardo alguien había contactado con Tania durante el día en que murió. La pregunta importante era: ¿Quién disponía ahora de la tarjeta SIM del móvil de Leonardo?

Leonardo era, por otra parte, tu sospechoso principal como “el atropellador”, sospechas confirmadas por el mismo color del vehículo que te había relatado Ribera. ¡Demasiadas coincidencias!

No entendías absolutamente nada, ¡había que seguir investigando!

CAPÍTULO 27

Un coche rojo granate circulaba por la calle de *Alcalá* sobre la una y media de la madrugada. La *Plaza de Toros de Las Ventas* recordaba a un manchón ocre a su derecha.

El automóvil subió decidido por la cuesta de *Alcalá* hasta la plaza de *Manuel Becerra*. En aquel tramo de calle habían existido, antes que se pusieran de moda los centros comerciales, dos cines: el *San Remo y el Voz*. Y otros dos más en la plaza: el *Becerra* y el *Universal*, el más elegante y moderno de los cuatro. El conductor repasó detenidamente con la mirada las fachadas de los viejos inmuebles que habían albergado a aquellas salas de sesión continua, donde él había vivido algunos de los mejores ratos de su adolescencia y juventud.

En aquella época, la existencia valía la pena para él. Se sentía ungido por ella. El futuro se desplegaba lleno de posibilidades. A su lado, en el cine, Irene, la mujer de su vida. Luego, todo se truncó. Se derrumbó como un edificio ruinoso. A él solo le quedaron los bellos recuerdos y aquel dolor en su interior. Inmenso. Sin fin.

Alejó de su pensamiento la melancolía que se adueñaba de sus cansados ojos y giró a la derecha, hacia la calle de *Francisco Silvela* que arrancaba allí, entre *Manuel Becerra* y el parque de *Eva Perón*. Ese parque anodino que abarcaba hasta la calle de *Cartagena*. Allí, se encontraba el destino laboral del hombre del coche granate.

Se detuvo en el primer semáforo de la calle. En cuanto cambió, arrancó el conductor, que mostraba un rostro exhausto, preocupado, giró el intermitente y cruzó a contramano, parándose frente a la gran puerta que daba al aparcamiento del edificio.

Se hallaba un policía, cercano a la jubilación, de guardia, dormitando en un chiscón acristalado a la altura de la primera planta, encima del garaje. Sí, ya no debía quedar casi nadie en la *Comisaría Especial*. Ni tampoco se le esperaba a aquellas horas. Por ello, su vigilante dormía sin rubor alguno, el conductor del coche rojo granate levantó un poco la voz.

–¡Eh, Orcajo! ¡Despierta y ábreme la puerta!

El tal Orcajo abrió solamente un ojo.

–Joder, *Astrónomo*, ¿no había estrellas esta noche, o qué…?

Y le dio al botón que accionaba la apertura del garaje de la *Especial*. Por toda explicación le soltaste al viejo:

–Saldré en cinco minutos. Me he dejado algo arriba.

No te topaste con ningún otro coche porque ya habían marchado. Pero había compañeros que vivían en la zona e iban caminando a la comisaría y quién sabía si quedaría alguno en las oficinas trabajando en algún caso urgente. Tú no deseabas aquella noche pegar la hebra con nadie. Al contrario, buscabas pasar desapercibido, salvo para el viejo e ineludible Orcajo.

Aparcaste y subiste por el ascensor hasta la segunda planta, semioscura. Solo algunas luces de posición y de emergencia en las paredes y los testigos de *on* de algunos enchufes de ordenadores y lámparas iluminaban la estancia.

Llegaste a tu mesa. Abriste el primer cajón y cogiste la ganzúa pequeña que guardabas en él. Te dirigiste luego a la mesa de Pinilla, unos metros más allá en dirección opuesta al despacho de Chamorro. Levantaste en vilo su silla, la moviste hacia atrás para evitar el menor ruido y te sentaste en ella.

Allí, tiraste del primer cajón. Lo encontraste cerrado con llave. Metiste la ganzúa en la cerradura y realizaste un preciso giro con ella. Al tiempo que la cerradura te ofrecía un leve quejido de rendición, tiraste con la otra mano y el cajón se abrió.

Sacaste el móvil y su pantalla encendida la usaste de antorcha rectangular, alumbraste el interior del cajón del lameculos de Pinilla con ella. Rápidamente viste la bolsa de plástico donde se hallaban las pruebas que la policía científica recogía en algún lugar relacionado con el crimen. La misma que tú habías visto en la mesa de Chamorro y que él le había entregado para que la investigara. La sacaste con cuidado.

A la luz del móvil te estremeciste, al poseer entre tus manos aquella agenda rosa. La agenda de Tania. ¿Por qué te habías alejado de ella?

Si tu interior no había sanado todavía, tal y como ella te advirtió.

No era justo que siguieras con Tania, te respondiste con prontitud, porque sabías que no la amabas, aunque ella lo mereciera; ni nunca la amarías, tu corazón se había comprometido hacía mucho tiempo y para siempre. Con aquella chica de cara dulce y ojos soñadores. Con Irene. En la época de tu adolescencia y juventud, en aquel mundo idílico de los cuatro cines de la calle de *Alcalá* en los que tú viviste el amor de tu vida.

Seguías enfermo de aquella enfermedad secreta y recóndita de tu juventud. De Irene. A la que habías perdido de forma irremediable. También para siempre.

No deseabas sanar, sino consumirte en aquel secarral inmenso de tu interior, tras perder al primer y gran amor de tu vida. Abrasarte en aquel desierto que regabas todas las noches con la gasolina inflamable del *Old Ripy*.

A base de lingotazos lidiabas con la desesperación, nunca veríais juntos otra película en ninguna de aquellas salas donde os besasteis por primera vez. Ellas ya no existían, ni vuestro amor tampoco y, por ello, te atormentaba tanto el cáncer terminal que roía tu interior. Ese era tu gran dolor. Tu gran culpa. Tu gran secreto. El que Tania quería desentrañar y tú no le dejaste.

Oíste un ruido al fondo de la sala. Volviste la cabeza hacia atrás, expectante. No viste a nadie. Te concentraste en el presente. Ahora te tocaba resolver el vil asesinato de Tania. Con las manos temblorosas sacaste la agenda. Era casi nueva. Apenas usada. La abriste con avidez. Te llevaste una sorpresa. No era la agenda de Tania que tú habías conocido. Esta era una agenda más reciente, en su interior tan solo se habían escrito tres páginas.

Te diste cuenta de que Tania había decidido desprenderse de la antigua, mucho más expuesta por si caía en las manos de alguien con malas intenciones y cambiarla por esta otra, tremendamente breve, con las anotaciones garabateadas en clave.

La pusiste bajo tu móvil y fotografiaste las tres páginas escritas. Luego, rebuscaste de nuevo en el cajón, querías conocer los informes que se

hallaban colocados encima de la bolsita de plástico. Te llamó la atención un sobre con el siguiente nombre: *Leonardo Herranz*.

¡Qué coincidencia tan extraña!, pensaste. Aunque, a la luz de los últimos acontecimientos de aquella noche, quizás ya no tanto. Ibas a abrir el sobre con el fin de fotografiar la documentación que contenía, cuando oíste un ruido de nuevo, a la entrada de la planta. Esta vez sí, alguien se acercaba.

Colocaste el expediente en su sitio, la bolsa de plástico con la agenda de Tania debajo de él, reconstruiste la apariencia del cajón a como lo habías encontrado y lo cerraste con la ganzúa.

Luego te agachaste y, a cuatro patas, recorriste la media docena de metros que separaban la mesa de Pinilla de la tuya. Jadeabas, te incorporaste y sentaste en tu silla, como si trabajaras. Encendiste la lámpara de tu mesa y simulaste leer los documentos que había sobre ella.

Se escucharon unos pasos detrás de ti y percibiste la cercanía de los mismos.Te giraste hacia atrás. Por un momento, te deslumbró la potente luz de una linterna que alguien enfocaba en tu cara. Bajaste la cabeza y reconociste el uniforme desgastado y viejo del vigilante.

–¡Orcajo! ¿Por qué no vas a cascártela abajo y luego me abres la puerta...? Ya me iba... ¿O es que no te fías...?

Orcajo bajó la linterna.

–Hago mi trabajo. Te acompaño a la salida.

En un santiamén, apareciste montado en tu coche frente a la puerta del garaje. Antes de que tu mano ni siquiera rozara el claxon, Orcajo había apretado el botón de apertura y la misma había comenzado a levantarse entre chirridos.

Te incorporaste a la calle *Cartagena*, vacía, desangelada. Triste. Y encendiste tus potentes faros. Tu auto era un bólido de luz. Tú, una mancha negra en su interior.

Cortaste la noche como una exhalación por donde pasaste y acabaste derrumbado en el lecho de tu dormitorio, a donde te dirigiste raudo, antes de que el gato o el sombrajo del telescopio, tú confidente, reclamaran tu presencia.

CAPÍTULO 28

Conocías bien la calle *Víctor de la Serna*, desde cuando la patrullabas en tus tiempos de Chamartín, se trataba de una calle tranquila, con casas modernas y ajardinadas, rodeadas de setos y de parques.

Arrancaba en el *Parque de Berlín*, cruzaba el barrio de *Hispanoamérica,* donde los nombres de casi todas las calles se correspondían con los topónimos de los países latinoamericanos, y desembocaba en la gran calle de *Costa Rica*, la prolongación de la prestigiosa *Alberto Alcocer*, la vía de salida del barrio a la *M-30*, que se tomaba allí, en la plaza *José María Soler*.

A lo lejos, apareció un coche con unos potentes faros rasgando la oscuridad.

Un joven observó al auto que se acercaba, quizá fascinado por la potencia de aquella luz. Se hallaba, para no caerse, literalmente agarrado al semáforo de *Víctor de la Serna* con *Colombia*.

Antes de disponerse a cruzar, dirigió su mirada hacia el semáforo para comprobar el color del mismo y, viendo que se iluminaba el peatón de verde, puso el pie en la calzada y comenzó a caminar zigzagueante, producto de la curda que llevaba encima, mezclada con un reciente chino de coca esnifado en un cajero.

El coche se aproximaba al semáforo, y el transeúnte se encontraba en mitad del paso de cebra. El auto aceleró. El chaval solo pudo ver los faros potentísimos que se le echaban encima y lo bañaban de la claridad que él no sentía en su cabeza.

Antes que pudiera percatarse de nada más, el vehículo lo arrolló y luego le pasó por encima. El chaval quedó inerte en la calzada y el automóvil desapareció por la calle *Costa Rica* y, en un tris, por el subterráneo que daba a la *M-30* y, de allí, al anonimato total.

El cuerpo del chico había sido arrastrado a un lado de la calle y allí se quedó, inmóvil, mientras el semáforo cambiaba de luz muchas veces más sin que ningún otro coche transitara por aquella esquina.

Tú te habías tomado una pastilla para relajarte y, en semejante estado de modorra, ni siquiera eras consciente de lo mal que dormías. Todo era un removerte continuo en la cama que te resultaba tan extraña como si nunca hubieras dormido en ella.

Hasta que ya no pudiste mantener por más tiempo aquel sucedáneo de sueño intranquilo y te despertaste, zaherido por una sacudida sonora que te impelía a incorporarte y a preguntarte qué ocurría.

Abriste los ojos sin saber todavía dónde estabas, te los restregaste conmocionado y lleno de numerosos interrogantes, a los cuales no daría ninguna respuesta aquel maremágnum que inundaba tu mente.

Mientras te incorporabas en el lecho, escuchaste el pitido del móvil. Debía llevar sonando desde hacía algunos momentos. Dedujiste que te había despertado el timbrazo del mismo. Medianamente despabilado ya, lo descolgaste y te lo acercaste al oído.

–¡Cuevas! Aquí, Chamorro. Hay otro atropello. ¡Llama a Ribera e iros para allí, a la voz de ya! *Víctor de la Serna*, 52. Mañana a las diez en mi despacho. ¡Y quiero algo! El ministro y el alcalde se me van a echar encima.

A continuación colgó. Chamorro nunca esperaba a la respuesta. Te quedaste incorporado mientras digerías lo ocurrido.

Veinte minutos más tarde te hallabas en el lugar del crimen. Eran las cinco y media de la mañana del final de aquella larga noche.

Al poco apareció Ribera, citado por ti para visitar también *in situ* el lugar del atropello y, una vez departisteis con el equipo de la comisaría de *Ciudad Lineal*, os desplazasteis al bloque donde vivía tu madre. Allí os apostasteis en el portal.

Ribera te preguntó, tratando de sacarte de tu concentración y hermetismo:

–¿Seguro que quieres detener a este desgraciado antes que hablar a Chamorro de Leonardo?

–Seguro. Hasta que no lo tengamos claro creo que es lo mejor. Dejemos de momento a Leonardo al margen. Hay algo extraño en él que me gustaría aclarar antes ... Y este chaval es una oveja negra, dudo de que sea el asesino, pero no es trigo limpio y, además, maltrata a su madre. Le apretaremos las clavijas igualmente.

Ribera explotó y expulsó la lava que le quemaba en su interior.

–Los palos de ciego de siempre... Solo para ganar tiempo con el impresentable de nuestro jefe, ¿verdad? Hacer lo políticamente correcto y ofrecerle un chivo expiatorio para que él comunique a sus superiores que tenemos algo. ¡Estoy hasta los huevos de tanta falsedad! ¡De tanto protocolo para que los de arriba se protejan el culo!

De pronto, escuchasteis el ruido de unos pasos que se acercaban por la acera y os ocultasteis tras el mostrador de la portera. Desde allí divisasteis a un joven que se acercaba al portal fumando un cigarrillo. Metió la llave en la cerradura y entró. A continuación pulsó el automático de la luz para orientarse en él.

Algo llamó la atención al chico. Quizás el olor del cigarrillo que había fumado Ribera, o el aura de una difusa amenaza, que sintió que se cernía sobre él. Trató de girarse sobre sus pasos y salir a la calle, lo alcanzasteis antes de que pudiera abrir la puerta.

El chaval, a pesar de la sorpresa que lo bloqueó, resistió todo lo que pudo, pero vosotros erais dos y mucho más duchos que él en esas lides. Lo inmovilizasteis en pocos segundos, tras un breve e intenso forcejeo. Él sabía que erais policías. Te había visto a ti y te había reconocido.

–Yo no he hecho nada, suéltenme –protestó.

–¿De dónde vienes? –le apremió Ribera–. Tu coche, quiero decir el de tu madre, está en el garaje.

Tú conocías el vehículo y antes habíais comprobado que estaba aparcado en él.

–¡Y qué...! Ella me ha quitado las llaves para que no lo coja. Tu amigo lo sabe.

–A lo mejor te has mercado otro por ahí… Ya sabes, ganzúa y luego el

puente. No creo que vayas por las calles a patita.

–¿Pero qué dice?, está loco…

A Ribera, el que lo llamaran loco acabó por sacarlo de quicio. Fue a sacudirle un mamporro, lo detuviste y tomaste las riendas de la situación.

–Declararás en comisaría… –le informaste–. Nos explicarás detalladamente tus movimientos durante estos días.

–Usted está pirado. Yo no he hecho nada. Dejen que hable con mi madre. Sufre mucho si no sabe dónde me encuentro.

–Ya lo sabe… –en realidad pensabais llamarla a través de Felisa en cuanto fuera de día–. Como si te importara a ti mucho lo que ella sufre o deja de sufrir… ¡Andando! – dijiste cortante, abriendo la puerta del portal y empujándolo fuera.

Una vez metido en el coche bien esposado, os quedasteis los dos en la calle.

–¿Por qué esto, Alejandro, solo para ofrecer algo para Chamorro? – Ribera te lo recriminó de nuevo.

Tu respuesta fue el silencio.

CAPÍTULO 29

Fue aquel otro día vacío e insulso en la comisaría, sin avances notables aunque, por lo menos, Chamorro se había quedado royendo el hueso del chaval rebelde, que había ingresado en los calabozos de la *comisaría de Ciudad Lineal* y, tras los interrogatorios, se estaba a la espera de trasladarlo o no al Juez de Guardia.

No habías llamado todavía a interesarte por el *Faralaes* tras el pinchazo en la barriga que le habían asestado, le propusiste a Ribera que por qué no tomabais una copa por allí, primero visitarías a tu madre. Sería solo un momento, dado que últimamente te rehuía cada vez más. Así que, en cuanto la saludaras, te dirigirías hacia el bar.

Tras departir con Felisa y agradecerle su ayuda por el aviso sobre Leonardo, subiste a la que había sido tu casa y encontraste a tu madre más tranquila y asequible que nunca. Con una vivacidad exultante. Por un momento pensaste que estaba en franca mejoría. Te saludó con cariño y, no solamente dejó que le dieras un beso en la mejilla, sino que te lo devolvió.

–Me ha llamado tu hermano. Gracias por avisarle. Hoy siento que estamos juntos los cuatro –miró a una foto de Alfonso, tu padre–. Somos una familia de nuevo.

Luego se acercó y te puso una mano sobre la rodilla.

–Aunque a tu padre le tocara la peor parte. ¡Quince años inmovilizado en la cama, que se dice pronto! Tú y yo hemos llevado sobre nuestros hombros el peso de esta familia, Alejandro. Porque tu hermano lleva veintiocho años fuera. Si algo hemos hecho mal, creo que se nos perdonará por todo nuestro sufrimiento.

–Claro, mamá. No te preocupes por eso. Tú siéntete bien, que te lo mereces.

–Hoy tengo ganas de cenar contigo. ¡Y, Estefanía, únete a nosotros!

Una vez hubisteis cenado, te dio otro beso y te dijo:

–Ahora me voy a dormir, que hoy descansaré muy bien. Y tú, ¿no habías quedado con Ribera a tomarte una copa? Pues vete, rápido,

aprovecha que todavía eres joven.

Saliste contento, con la alegría que da la paz de la normalidad en una familia.

Pero, nada más salir, te topaste con Iván Ostos en los soportales de la plaza; a la escasa luz de las farolas, por un momento reconociste en él a alguien a quien tú buscabas desde hacía tiempo.

–Hombre, Iván, casi no te reconocía... ¿Cómo te va?

–Hola, Alejandro. Sí, aquí se ve poco. ¡Me alegro de verte! ¿Qué tal tu madre?

–Pues hoy mucho mejor, la verdad. ¿Qué tal tus padres? Dales muchos recuerdos.

–De tu parte. ¿Sigues con el caso de Leonardo?

–Sabes que no puedo decirte nada. Otro día continuamos con el telescopio de mi terraza, ¿de acuerdo?

–Claro, ¡muchas gracias! En cuando tú tengas tiempo.

Os despedisteis y cada uno proseguisteis por vuestros caminos, que iban en direcciones opuestas. Tras unos pasos, continuabas dándole vueltas a la cabeza sobre a quién te recordaba la figura de Iván aquella noche, giraste la misma para verlo de espaldas.

Te rascaste un momento la oreja y te encaminaste al *Faralaes*.

Cuando llegaste, cantaba Camarón unos versos oscuros de aquella canción tan alegre de *Volando voy*: «Enamorado de la vida, que a veces duele / yo no soy quien soy, ni los que me quieren».

Faralaes te dio un abrazo que casi te ahogó contra su pecho, mientras *Anacleto*, tan extraño como si fuera otro, te esbozaba una sonrisa e iba a por tu botella de *Old Ripy*. *Faralaes* se emocionó tanto que se le escaparon algunas lágrimas.

–*Astrónomo*, ¡qué alegría verte! No ha sido nada, aunque el susto fue grande.

Os separasteis y saludaste a Ribera dándoos un mutuo empellón de compañeros, empujándoos por el pecho. No había mucha gente. Acabasteis los tres en una mesita.

–Tanto tiempo en el armario que, ahora que he salido, no podrán

conmigo –y os miró desde la altura de sus sesenta años.

Ribera, que ya llevaba un par de copas, intervino:

–Lo difícil es descubrir tu secreto. Mostrarlo. Superarlo. Como tú. Una vez hecho, tienes fuerza para lo que venga –dijo, enfatizando cada sílaba.

Camarón apareció metiendo unos versos de Lorca: «Huye, luna, luna, luna. / Si vinieran los gitanos / harían de tu corazón / collares y anillos blancos».

Se hizo el silencio entre vosotros. Como si hubiera pasado un ángel. Por fin *Faralaes* retomó la conversación.

–Chicos, ¿sabéis a quiénes vi el otro día bien juntitos? –os mantuvo unos instantes expectantes–. A vuestros queridos jefes Pitarch y Chamorro. ¡Iban los tíos al teatro con sus mujeres! ¡Toma ya! Eso que decían que se llevaban mal.

–Son más falsos que Judas –soltó Ribera–. Chamorro es un cabrón, desde luego. Con Pitarch no me meto, que *El Astrónomo* le tiene aprecio.

–¡Ay! Alejandro, Alejandro... que te tuve en mis pechos en Chamartín... –intervino *Faralaes* poniéndote una mano en el hombro–. No has cambiado nada. Que sepas que te la jugó, cuando nombró a Chamorro para el puesto. Mucho peor policía que tú, pero más dado a los enjuagues que se cuecen por arriba. Su estancia en *Asuntos de Larga Duración* le debió abrir los ojos. Ahí se almacena mucha basura.

–Sé que siempre me bloqueó el paso, una y otra vez, cuando pedí el traslado a ese departamento, ¡el muy cabrón! –siguió embistiendo Ribera contra Chamorro–. Desde entonces nos odiamos a muerte. Y a ti, Cuevas, no te traga tampoco.

–Pienso que es solo tirria –interviniste–. Porque Pitarch me aprecia más que a él, aunque le ascendiera. Pitarch afirmó que existían otras razones aparte de las profesionales que no dependían de él.

–Pues si se llevan mal, el otro día lo disimulaban muy bien... –añadió con ironía el viejo *Faralaes*–. Bueno, chicos, os invito a la siguiente. Vamos a hablar de mujeres, ¿no? Bueno, en mi caso de hombres... ja, ja, ja...

–Oye, por cierto, ¿qué hacías tú en el teatro? –curioseó Ribera.

–Me llevó mi novio, que es actor. Y así se lo presenté a los jerarcas de la *Especial.* ¡Qué gustazo me dio!

Se desahogó desde la mucha vergüenza y miedo que había sufrido en el pasado durante muchos años, antes de empezar a ser él mismo.

A partir de ahí la conversación giró entre tópicos y chascarrillos. Hasta se unió *Anacleto* a tomarse una copa, eso sí, sin despegar los labios excepto para bebérsela.

Llegaste a casa a la media noche. Sin ganas de irte a la cama, te encaminaste al escritorio. Sobre la mesa estaba el informe del cardiólogo. Lo miraste como quien descubre en el *ABC* la esquela de un conocido y no acaba de creérselo. Lo cogiste entre tus manos y buscaste la carpeta de las gomas elásticas. La abriste y agarraste el último expediente, el que llevaba el pósit con tu nombre y grapaste en él el informe cardiológico.

Luego, buscaste en el fondo de la misma el expediente más antiguo, el primero que habías escrito y con el que habías comenzado aquella colección de informes personales. Llevaba, como todos, un pósit pegado en su esquina izquierda, en el que estaba escrito en mayúsculas un hermoso nombre de mujer: *IRENE*, la chica de los cines de la calle de *Alcalá* y de la plaza de *Manuel Becerra*. El amor de tu vida.

Lo sacaste, tus manos empezaron a temblar. Era una carta de hacía veintitrés años, fechada en Oviedo en 1980. Comenzaste a leer las primeras líneas, aunque las sabías de memoria.

«Querido Alejandro: nada puedo reprocharte. Pero qué pena, ¿verdad, mi amor? Nunca te olvidaré, aunque debiera empezar a hacerlo mañana mismo…».

Te pegaste un trago largo de la botella de *Old Ripy*. Echaste tu cabeza hacia atrás y te sumergiste en tus recuerdos. Aunque no por mucho tiempo. Oíste el pitido de una llamada con tono chirriante. El de las malas noticias.

–Voy para allá ahora mismo.

Bajaste a por el coche, lo arrancaste y llegaste en un santiamén. Con las sirenas a todo volumen. Tu madre acababa de fallecer. Nada presagiaba que fuera a ser tan inminente hacía solo unas horas.

Capítulo 30

Ahora comprendías la alegría de su última tarde. La había llamado tu hermano, con el que la comunicación era tan escasa, desde Nueva Zelanda, y luego se había puesto en paz también contigo. Podía dormir el sueño de los justos.

Recordabas que te había dicho que tenía ganas de irse a la cama, que descansaría esa noche muy bien.

Permaneciste un rato a solas con ella y, te disponías a llamar al Samur y a la funeraria, cuando se acercó Estefanía, con un sobre en la mano.

–Es el sobre que su madre quería darle nada más morir.

Lo guardaste en el bolsillo interior de la chaqueta sin abrirlo. Ya habría tiempo.

Tu hermano tardó treinta horas en llegar en su vuelo, asististeis juntos al entierro, en la misma tumba de la *Sacramental de San Justo*, al lado de la Pradera de San Isidro, donde reposaba vuestro padre.

Tomaste tres días de permiso. Y te emborrachaste con tu hermano todos ellos, hasta que este se marchó a Nueva Zelanda. Tu hermano Andrés te llevaba cinco años. De pequeño, como tu hermano mayor, lo admirabas mucho. Y lo querías. Él también a ti.

La vida, y las decisiones que hay que tomar en ella, le habían llevado a crear su propia familia en Nueva Zelanda. Y la distancia construye, concienzudamente, los peldaños de la escalera del olvido.

En aquellos tres días fuisteis más hermanos que nunca. Y os bebisteis algo de la vida juntos que, por unas cosas o por otras, se os había escapado como el agua entre las manos.

Todo comenzó el año en que él terminó la carrera. Mientras estudiaba un curso de economía internacional, durante el verano, conoció a una chica neozelandesa y se enamoraron perdidamente. Tus padres no aceptaron cuando Andrés les planteó irse a vivir con ella a Nueva Zelanda. No entendían por qué no podían seguir en Madrid o tratarse un tiempo en la distancia antes que desplazarse él a ese país tan lejano.

Pero ellos estaban empeñados en iniciar su vida juntos allí. Andrés no se mostraba dispuesto a dar marcha atrás. Si le iba mal ya regresaría, afirmaba.

Comenzaron tus padres, sobre todo tu madre, a malmeterse con ella, que se llamaba Christie. Que a saber quién sería la tal Christie, que no la conocían de nada, que había venido a España a cazar a alguien y cosas de este tenor e inclusive peores. A tu madre se le escapó, en una discusión, un comentario en el que llegó a relacionarla con el oficio más viejo del mundo.

–Siempre hay putas que vienen a engatusar donde no las conocen de nada –le soltó a tu hermano en pleno calentón de la discusión.

Andrés dio un puñetazo en la mesa y amenazó con marcharse de casa. A lo cual tu madre respondió que a ver cómo se las apañaba, porque ella, dinero, no le iba a dar ni un céntimo. En ese momento, Andrés se levantó y se marchó con un portazo.

–Adiós para siempre –gritó.

Saliste tras él, no pudiste convencerlo, aunque le diste algún dinero que llevabas encima y le propusiste que os comunicarais a través de Felisa, si no quería llamar a casa, con la esperanza de que las cosas se arreglarían y las aguas volverían a su cauce.

Tu madre siempre pensó que regresaría pero, a las dos semanas, tu hermano dejó una nota en un sobre en el buzón de Felisa, comunicando que se encontraba bien y que salían para el aeropuerto. Decía un refrán que dos tetas tiran más que dos carretas. Sobre todo si son jóvenes, debió añadir tu madre con dolor, cuando comprobó su derrota absoluta.

No supisteis de él en varios meses, hasta que un día recibisteis una foto de su boda, con unas líneas diciendo que era muy feliz y que os deseaba lo mejor. Tu padre y tú le contestasteis, tu madre, viendo que no había ni un guiño para ella, y que seguía derrotada por aquella chica que le había ganado el pulso de una forma tan definitiva, se negó en redondo.

–Deja –le dijo a tu padre–. ¡No insistas! Me ha puesto donde él ha querido. ¡Y a esa perra, también!

Él siguió escribiendo, cada vez de forma menos frecuente, hasta que os convertisteis en unos perfectos desconocidos. Años más tarde, cuando le comunicaste que a vuestro padre le había dado un ictus que le inmovilizaría en cama el resto de su vida, vino a veros con sus dos hijos que tenían cuatro y tres años. Vivisteis días extraños, llenos de hermosura y de tristeza, tan cortos que, al final, os quedasteis peor que si nunca hubiera regresado. Únicamente quedó la luminosidad de aquellos niños rubios e inocentes que desconocían el español, y que os dejaron su inocencia en un par de fotos, que tu madre aceptó y siempre tuvo cerca.

La cosa se torció al final cuando tu hermano comentó que, dado que él no podía ayudaros en el cuidado de vuestro padre, estaba dispuesto a enviaros una asignación económica todos los meses para que pagarais a alguien que se encargara. Tu madre saltó como un resorte, hecha un basilisco.

–¡A mí nadie va a venir a hacerme lo que es mi obligación! ¡Y no acalles tu conciencia con unos billetes miserables!

Tu hermano esta vez, porque estaban los niños delante, se mordió la lengua y contestó suavemente.

–Como quieras –mientras comprobaba en su interior que la distancia no podía reducirse.

El último día, antes de su marcha, estuvisteis los dos dando una vuelta y tomando unas copas que os hermanaron más que todas las cartas que os habíais cruzado antes. Aquel día te dijo una frase en la que en su momento no habías reparado. Ahora la comprendías.

–Alejandro, nuestra madre nos quiere muchísimo, nunca he tenido duda de ello. Pero de forma equivocada.

Quizás eso era cierto. Era fácil verlo a veinte mil kilómetros de distancia. Otra cosa muy distinta era sufrirlo día a día. Cuando murió vuestro padre tu hermano vino solo, su visita fue más corta que la anterior.

Él siguió escribiendo después, tu madre leía sus cartas, aunque solo le contestaras tú. De vez en cuando hablabais por teléfono. Y así pasó la vida y la esperanza de volver a ser una familia, siquiera en la

distancia.

Tú siempre creíste que si tu hermano les hubiera invitado a la boda la cosa se hubiera reconducido. Pero a partir de ese hecho nada tuvo remedio. Tu madre decía a veces entre suspiros:

–He tenido dos hijos, uno murió muy joven.

Cuando le llamaste comunicándole que a ella ya le quedaba muy poco de vida, él olvidó el pasado, la llamó y se dijeron ambos algo de lo mucho que necesitaban y tu madre por fin pudo cerrar los ojos en paz.

Durante la última noche de tu permiso te decidiste a abrir aquel sobre que ella había dejado para ti.

¡No te esperabas lo que que hallaste en él! ¡Fue todo un shock cuando leíste su nota! ¡Descubriste que aquel dolor que sufrías desde hacía veintitrés años era producto de una auténtica y certera puñalada de tu progenitora!

Constataste también que las preguntas que tú le hacías al cielo estrellado todas las noches durante casi cinco largos lustros, ahora tenían respuesta: la que contenía la nota de tu madre.

La odiaste de forma intensa, porque no te lo hubiera contado antes, en vida, hasta que, sin apercibirte, te inundó una compasión sin límites hacia ella.

Piedad hacia una mujer presa de su dolor tantos años como tú. ¡Que había sufrido lo indecible con tu hermano, con tu padre y contigo! Una mujer que no supo querer, sino infligirse dolor. Aunque también te lo hubiera causado a ti.

Llorabas la traición de tu madre relatada en aquella carta postrera, que ella había cometido para no perderte como a tu hermano, y que te había roto la vida. Y había roto también tu gran amor por Irene. Te había mantenido a su lado y al de tu padre, pero a cambio de convertirte en un ser seco por dentro.

Después de llorarla, la habías perdonado. Ahora comprendías que el perdón libera de la culpa y con él preparas el pasaporte para el porvenir. Por fin amanecía el tiempo de rehacer tu futuro.Te alejaste del telescopio, no lo precisabas, y buscaste la vieja botella de *Old Ripy*.

No necesitabas ahogar tus penas: tu madre murió en vida hacía

muchos años y ahora descansaba en paz, y, a pesar del tiempo perdido por sus errores, su muerte, precisamente, traía ese renacimiento en ti, y ahora recuperarías tu pasado. Y tu futuro.

Te diste un buen trago solamente para armarte de confianza, para buscar con fuerza la suerte que necesitabas para el próximo paso que ibas a dar.

Tenías el teléfono de Irene, el ser inspector de policía te había dado ventaja para localizarlo. Sacaste el móvil y, con el corazón en un puño, sentiste una alegría inmensa cuando reconociste su voz.

– ¿Irene?... Soy yo...

Por primera vez en veintitrés años, de nuevo junto a ella, aunque solo fuera conectados por el teléfono. Bajo ese cielo que os había unido tantas veces.

Solo querías volver a verla. Y que luego fuera lo que Dios quisiera. Se lo pediste como favor. Volver a encontraros , al menos una vez.

Perlas, sentado a tu lado, y el telescopio, un árbol seco y sarmentoso, enhiesto en el otro, eran todo lo que tenías de valor en tu vida, Alejandro Cuevas, a tus cuarenta y cinco años.

CAPÍTULO 31

Colgaste el teléfono, tras hablar con Irene, esperanzado. Casi feliz, si no fuera porque ambas sensaciones te eran tan ajenas que ni las reconocías. Los recuerdos inundaron tu mente, *Astrónomo*. En otro tiempo, dos parejas jóvenes caminaban por un bosque bellísimo y verde haciendo el *Camino de Santiago*. Al lado del camino corría un regato de agua cristalina. Sabías que lo que rememorarías de aquel tiempo poseería el aura de un resplandor deslumbrante.

Así fue a tus ojos. Contabas con veintidós años de edad y acababas de terminar tu flamante carrera de abogado. Ya lucías ese aspecto concentrado y analítico de detective escéptico y sagaz de ahora, tu rostro vestía, de vez en cuando, una sonrisa ancha en tu rostro con la que mostrabas tu confianza en un futuro en clave confortable y esperanzadora y que se borró de tu faz de forma definitiva.

Viajaba contigo una muchacha de tu edad, también compañera tuya en la *Autónoma*, que vivía en el barrio de *Ventas*, en la calle de *Londres* exactamente, nudo cinematográfico donde existían los cuatro cines: el *San Remo*, el *Voz*, el *Becerra* y el *Universal*, que no daban abasto a surtiros de películas que os hacían soñar a los dos, cuando juntabais vuestras cabezas, expectantes, ante la historia que comenzaba en la pantalla.

A Irene le gustaban los melodramas románticos y comedias con final feliz. Reclinaba la cabeza en tu hombro y os cogíais de la mano. Montaríais los dos un bufete en el que habría una única regla: «Solo defendemos a los inocentes», había dicho Irene y tú lo confirmabas sin dudarlo, porque te gustaba verla feliz, ilusionada. Teníais a aquel compañero de clase, Jorge, más curtido en la vida, o quizás solo más escéptico, que decía: «Todos se vendrán a mi bufete, inocentes ya no quedan». Irene poseía un carácter inocente, sí, tierno y soñador.

A la otra pareja que iba con vosotros en el *Camino de Santiago*, por la vía portuguesa elegida por Irene, ya que era menos conocida y recóndita, más romántica en suma, la habíais conocido hacía un par de días. Pablo y Juana eran dos jóvenes igual que vosotros, aunque

próximos a casarse, de hecho habían anunciado la fecha de boda. Parecían vuestros hermanos mayores.

Buscabais juntos, para no perderos, el débil rastro del *Camino* que apenas se marcaba en el suelo, las conchas pintadas en las piedras, en los puentecillos de los regatos o en los troncos de los eucaliptos y que no siempre eran evidentes porque la maleza las cubría, al igual que a las sendas, estrechas y serpenteantes que, con frecuencia, se interrumpían al llegar a los pequeños riachuelos y luego era difícil encontrar la continuación al otro lado del agua.

Aquel día habíais recorrido un largo trecho y la mochila y los pertrechos se hacían ya notar. Llegasteis a un claro, junto a un riachuelo e Irene soltó la mochila allí mismo. Te dijo que sería esa una noche preciosa y, aunque no quedaba mucho para el albergue de *Briallos*, preferia disfrutar del aire libre. Después de acordarlo entre los dos, te dirigiste a la otra pareja.

–Ha sido un placer compartir camino con vosotros, amigos. Pero nosotros querríamos dormir aquí en vez de en el albergue. Hará una noche magnífica.

Irene confirmó con un signo afirmativo de su cabeza.

–...Uf, nosotros estamos rotos –dijo Pablo, el joven de la otra pareja–. Hoy necesitamos una cama. Nos quedaremos en el albergue, nos faltan las fuerzas para acercarnos a Caldas. Ha sido un placer para nosotros, seguro que coincidimos antes de Santiago.

Os despedisteis amigablemente.

–¡Feliz camino!

–Adiós, Alejandro, nos vemos.

–Cuídate, Irene –se despidió la otra chica.

–Gracias. Y tú, Juana ¡Adiós! –le contestó tu novia.

Luego, os dispusisteis a preparar vuestro nido gallego.

Se ponía el sol y extendiste una manta en el suelo al lado de un arbusto que os resguardaría. Irene se lavaba con una esponja un poco más allá, junto al regato, al otro lado de un par de majuelos.

Anocheció mientras cenabais de las mochilas, pan untado con paté

gallego, un poco de jamón ibérico que os quedaba y unas manzanas cogidas del árbol, que os habían dado unos vecinos del *concello* de Portas, nada más pasar el río Agra. Bebíais agua fresquísima, y terminasteis con un vaso de leche caliente del termo.

Irene había acertado. El cielo era de un azul oscuro intensísimo y las estrellas lucían limpias... ¿Por qué, a veces, la vida nos regala esos momentos únicos que nos hacen sentirnos como los dioses? Os amasteis entregándoos el uno al otro sin reservas. Bajo aquel palio celestial y su artesonado de luces, testigos de vuestra pasión y de vuestra dicha.

Irene y tú descansabais, desnudos, bajo la manta. Continuabais amándoos, pero de otra forma, tomando aliento en uno de los recodos de la romántica noche. Abrazaste por los hombros a Irene, recostada en tu pecho. Sobre vosotros, os contemplaba el espejo celestial de la *Vía Láctea*.

–La *Vía Láctea*, qué misteriosa y hermosa es, Irene. Ahora vemos las estrellas como eran hace tiempo. Cómo son hoy las veremos dentro de muchos años luz –y miraste a tu novia–. Siempre juntos...

Irene, sumamente complacida, trató de quitar hierro a una intención tan solemne y profunda. No era la primera vez que le manifestabas tu plan de futuro con ella. Pero sí era verdad que aquel artesonado de luces, testigos impertérritos de tus palabras, le daban una solemnidad y rotundidad a las mismas que trascendían el momento.

–Alejandro, sí que es hermosa la vida con amor. Pero con el tiempo surgirán problemillas. Lo vemos por doquier...

–Lo sé cariño. No soy un iluso. Prométeme una cosa.

–¿El qué, Alejandro?

–Cuando lleguen las dificultades, las resolveremos mirando los dos a las estrellas. Como hoy. La *Vía Láctea* será el talismán de nuestra unión, si arrecia la tormenta.

–Eso está hecho, Alejandro. Te propongo que elijamos nuestra estrella. No entiendo de astronomía, creo que la *Estrella Polar* es la guía para los caminantes y los navegantes que se encuentran perdidos. Si lo sabes, dime cuál es para que yo la busque.

–Sé cuál es, veraneaba con mis abuelos en su pueblo y mi abuelo me la enseñó. ¿Ves aquel grupo de estrellas –y las señalaste con el dedo– que parecen un carro?

–Ah, ¡sí, sí...! ¡Aquellas!.

–Son la *Osa Mayor*, pues muy cerca está la *Estrella Polar*. ¡Te enseñaré cuál es! Sitúate en las dos últimas estrellas de la *Osa Mayor,* siguiendo la línea que las une por la izquierda. A una distancia que es cinco veces la que hay entre ellas la encontrarás. Ahí está –le cogiste uno de sus dedos y la señalaste con él–. ¡Esa que brilla tanto!

–Ah, sí, ¡aquella!, ¡nuestra estrella, Alejandro!

–¡Sí, esa lo será, Irene! Y, para asegurarnos, fíjate siempre que forma parte de una pequeña constelación. Es la última estrella del mango de esa especie de cazo. ¿Lo ves? Es la *Osa Menor*.

Os quedasteis embobados unos minutos. El tiempo se había detenido y solo existía vuestro respirar acompasado, vuestros ojos brillantes y vuestra estrella que sería vuestro guardían protector, desde lo alto del firmamento.

Permanecisteis en silencio, contemplando el firmamento, bellísimo y majestuoso, embriagados por su belleza, la misma que sentíais en aquel momento en vuestro interior. Rezasteis, en lo más profundo de vuestras almas, para que aquella bóveda luminosa os protegiera ante cualquier infortunio que os asediara en el futuro. Ya lo había escrito el escocés Stevenson, al que desconocíais por entonces: «No pido otra cosa que el cielo sobre mí y el camino bajo mis pies. ¡Qué grande sentirlo! ¡Y, más grande aún, creer que lo estás viviendo!».

Tampoco habíais leído a Óscar Wilde, sentíais que aquello que escribió no os concernía. Vivíais la suerte de esa juventud primeriza, llena de empuje, inocente y temeraria. «Todos llevamos dentro el cielo y el infierno», había dicho.

En mi caso, era mucho más cierto lo segundo que lo primero. ¿Te llegó a ocurrir a ti lo mismo, Alejandro, antes de beberte todas aquellas botellas de *Old Ripy?*

CAPÍTULO 32

Sí, colgaste el teléfono, tras llamar a Irene, con una expresión esperanzada e ilusionada. Luego te dejaste llevar por los recuerdos de aquel viaje por *El Camino*. Recorriste la terraza con unas zancadas amplias, deseoso de acometer de forma inmediata y productiva tus siguientes pasos. Había muchos temas pendientes por resolver.

Te sentaste ante la mesa del escritorio y depositaste el teléfono en el centro de la misma. Con él trabajarías aquella noche. Fuiste directo a las imágenes que habías capturado en la *Comisaría Especial* la noche previa a la muerte de tu madre, antes que te sorprendiera Orcajo en ella. Aquellas instantáneas de la agenda de Tania podían ser clave en la investigación del caso. Las tres fotos de la nueva agenda seguro que eran portadoras de secretos de sus clientes.

Esperabas que alguno de esos secretos te mostrara el hilo que te condujera al rastro del asesino. O, al menos, te consolaste, estarías al tanto de las mismas pistas que manejaban aquel par de inútiles, que eran Pinilla y Fortes. Habías decidido que no podías esperar a que te asignaran el caso. Ahora, más que nunca, resolver el crimen de Tania se había convertido en la obsesión imprescindible para el renacer de tu vida.

Las páginas escritas figuraban en el centro de la agenda. Un resumen precipitado y conciso del registro completo de su particular consulta médica. ¿Por qué había cambiado de agenda? ¿Y por qué escribía en clave en ella? Esas fueron las primeras preguntas que vinieron a tu mente.

Había en todas ellas una relación de iniciales, referidas a los nombres de sus amantes, con unos comentarios en clave a continuación. Normalmente eran dos iniciales por cliente: nombre y apellido, colegiste. Luego había un signo de dos puntos y a continuación una palabra que resumía a los mismos: el secreto íntimo y personal que a cada hombre lo definía profundamente, según te había comentado Tania miles de veces.

Repasaste la relación de nombres y calculaste unos treinta, más o

menos. Luego apuntaste los que creíste más significativos para analizarlos a fondo.

Tú la conocías muy bien, y asimismo conocías, a fondo, a algunos de sus amantes, fue relativamente fácil decodificar a estos últimos. Disfrutaste al hacerlo. Sonreías mientras tomabas notas y hacías una lista corta de los clientes de Tania.

MA (Primero de la lista, desconocido): *perro*. Ni puta idea, añadiste.

JR (Julio Ribera, aclaraste en tu papel): *Astorga*. Astorga, Astorga, repetiste cada vez con más extrañeza, sin encontrar conexiones.

AC: *¿Antes de Malena?* (Alejandro Cuevas, te desvelaste a ti mismo en el papel). Aquí no tenías nada que añadir.

Sí, tú sonreías mientras reflejabas tu caso. Tania siempre pensó que, aparte de Malena, te guardabas algo más. Ahora podías corroborarlo. No tenías por qué ocultártelo a ti mismo. Así que borraste los signos "¿?" y añadiste: «IRENE».

Después continuaste con lo que más te llamaba la atención de la relación de nombres.

CJ (penúltimo de la lista y desconocido para ti): *ojos*. NPI, añadiste, tras darle un rato a la sesera.

Te detuviste en el último, y el más importante, que figuraba en la lista. Constaban también las iniciales *AC,* igual que las tuyas, a las que se les añadía luego el signo *"¿?"*, sin ninguna letra o palabra adicional. Parecía pendiente de definición. Tania no tenía una idea clara sobre él y su secreto. Lo reseñable era que la letra *A* se había sobrescrito sobre una *C* anterior (originalmente fue *CC* y posteriormente se corrigió a *AC*).

Meditaste sobre quién podría ser: tanto *AC* como *CC* no tenían sentido para ti. Al menos por el momento. Tras unos minutos dejaste de pensar en ello. Nunca porfiabas a lo tonto, ya encontrarías las conexiones del último amante en otra ocasión. Por ello, te relajaste, mientras sonreías al ver las iniciales de *JR*: Julio Ribera. Viejo ex-amante, como tú, de Tania.

–Así que tu secreto está en «Astorga» –te dijiste mientras pensabas en tu compañero.

Anotaste en el papel, en espacio aparte: *Julio Ribera – Astorga*.

–¿Astorga?

Un recuerdo repentino vino a tu mente. Alargaste la mano hasta coger el periódico del día y encontraste la noticia sobre un incendio que habías leído por la mañana.

«TREMENDO INCENDIO EN ZAMORA».

–Ah, es Zamora. ¡No es Astorga! –repetiste decepcionado para tus adentros, aunque esta última localidad no se hallaba muy lejos de Zamora. Una pista falsa al fin y al cabo.

Dejaste el periódico donde lo habías cogido, desilusionado, no era ni siquiera la misma provincia. Esa noche no era la mejor de tu vida enlazando conexiones.

No te llegaba el sueño. Te sentías bloqueado, dejaste a tu mente divagar a su libre albedrío con la esperanza de que ella estableciera las conexiones certeras y separara las pistas verdaderas de las falsas, que te ayudarían a avanzar en el caso.

Sacaste una manta y te dirigiste a las hamacas de la terraza. Era una de las primeras noches de octubre, pero todavía cálida. Te tumbaste en una y te tapaste con la manta hasta la cintura. Frente a ti se mostraba el cielo, inmenso, lleno de interrogantes, como la muerte de Tania, todos ellos sin respuesta.

Sobre la otra hamaca, dejaste la cesta nido de *Perlas*, por si en algún momento de la noche se acostaba a tu lado. Lo habías visto inquieto, merodeando por los rincones de la terraza hasta que, por fin, sin hacer caso a tus llamadas, había decidido bajar por el tubo del canalón hasta el modesto jardín que rodeaba a tu bloque. A lo mejor, su olfato de depredador le conducía hasta alguna presa, siguiendo el difuso olor de la muerte, que acecha en cualquier esquina.

En la pequeña mesita redonda entre las dos hamacas dejaste tu móvil. Y cogiste el whisky. No quedaba *Old Ripy*, diste un par de latigazos de *Chivas*. No más. No había sido aquel un mal día, ni mucho menos.

El recuerdo de Irene te inundó de paz ante un cielo lleno de negrura. Tu duermevela iba del recuerdo de Irene al caso de Tania y viceversa. De la ilusión por volver a ver a tu primer y gran amor, al aldabonazo

amargo de aquellas piernas abiertas colgando de la cama, que te herían como dos cuchillas de una gran tijera abierta que se cerraran sobre tu cuello.

Sobre las dos de la mañana oíste un zumbido entre redobles lejanos de tambor. Abriste los ojos por si era *Perlas,* que por fin regresaba a tu lado, saciado de acechos y sangre, cuando recobraste totalmente la consciencia te percataste de que era tu móvil que vibraba y sonaba al tiempo, con unos redobles de batería horribles capaces de despertar a un muerto. Alargaste la mano y descolgaste sin mirar quién era.

CAPÍTULO 33

Escuchaste una voz jovial, con un deje cavernoso.

–¿Qué pasa, *estrellado*? –soltó tu comunicante, ahuecando la voz y buscando un tono de colega–. Así te llama tu vecino, ¿no?... Seguro que estás en las hamacas, borracho y durmiendo con *Perlas*...

–¡Eso no es cierto! –le contestaste sin mucha convicción.

–A ver, ¿qué no es cierto de todo lo que he dicho? –hurgó de nuevo quien te llamaba–¿Que *Perlas* no está porque se ha ido por los tejados a hacer vida de gato...?

Soltaste media carcajada.

–Ja, ja...

Fue suficiente para que Julio Ribera se diera cuenta de que había acertado en su suposición de lleno: estabas en las hamacas medio borracho.

–Ya decía yo...

Se detuvo Ribera unos instantes, para que siguieras despabilándote, y luego continuó con lo que quería decirte.

—Después de lo de tu madre necesitas volver a la realidad del trabajo y, como me pediste que me encargara de ello, te informo: que sepas que el chaval, ¿cómo se llama?, ah, sí, *El Pedroche*, el que detuvimos el otro día en el portal, no es el atropellador. Lo han soltado esta noche, tiene coartadas firmes. Me acaban de decir, por otra parte, que casi detienen a tu Leonardo, en el último momento les ha dado esquinazo; llevaba otro coche robado, distinto al del otro día, el muy cabrón... Para mí, Leonardo es el sospechoso principal del caso. Que lo sepas.

Apuraste las últimas gotas de *Chivas* que dormían en el vaso.

–¡Pobre Leonardo! –destilaste mucha pena–. Yo espero que no haya sido él...

Dejaste colgada la última palabra en el aire, luego cambiaste de tema:

–Oye, lo siento, qué desgracia lo del incendio en tu tierra, creo que ya van diez muertos...

Le dijiste aquello que habías visto en el periódico, aunque sabías que Astorga pertenecía a la provincia de León y no a Zamora. Una corazonada te inducía a buscar pistas en el secreto de Julio, desde que habías visto la palabra *Astorga* en la agenda de Tania. De ahí tu señuelo a la espera de la reacción de tu compañero.

–No, el incendio es en Zamora... Yo nací en un pueblecito de Valladolid.

Te sorprendiste y te decepcionaste a un tiempo; aquello, otra vez, no tenía nada que ver con Astorga.

–Pensaba que sabías todos mis secretos... –continuó Ribera dejando colgada en el aire aquella palabra unos instantes. Luego remató la conversación.

–Bueno, mañana nos vemos en la ofi. ¡Chamorro estará de los nervios con nosotros!

Soltaste a continuación un comentario que sorprendió a Ribera. No era tu estilo. Te sentías frustrado por tus escasos avances tanto en el caso de Tania como en el del atropellador y también por tus baldíos intentos de saciar tu curiosidad con los secretos de tu compañero.

–¡Pues que se joda Chamorro...! –mascullaste, como si quisieras darle un pisotón.

Ribera, tras la sorpresa de tu escupitajo, murmuró encantado:

–¡Que se joda, el muy cabrón...! –remató con furia finalmente tu compañero.

Colgaste pensativo. Con una sensación de malestar difusa.

Luego reparaste en *Perlas,* que acababa de regresar y se había sentado en su cesta, a tu lado.

–Que descanses, hermano –le dijiste al micho.

El gato no rebulló. A saber cómo habría ido su noche de acechos y de sangre. Intentaste volver a dormir. Cerraste los ojos y te relajaste.

No descansabas, los cabos sueltos en tu mente te lo impedían. Así que buscaste la satisfacción en saciar tu curiosidad infinita.

Ese afán por escudriñar en las vidas de los demás, para comprobar si eran tan infelices como tú, había sido tu carburante para que

sobrevivieras a las frustraciones, a las culpas y a la soledad que te devoraban por dentro. Le diste un achuchón al gato, mientras mascullabas:

–¡*Perlas,* vamos a divertirnos! Vamos a descubrir esta noche el secreto de nuestro amigo Julio, que es de Valladolid, pero para el que Astorga debe de ser muy especial.

El minino no abrió ni un ojo siquiera.

Fuiste al cobertizo y encendiste el portátil de encima de la mesa del escritorio. Mientras se configuraba, buscaste con la mirada la compañía de *Perlas*. Este había renunciado a seguirte y roncaba en su cesta.

–Vamos con *San Google*. ¡Nunca falla! –exclamaste en voz alta, dándote ánimos.

Luego escribiste en el buscador: «Julio Ribera ocurrió en Astorga».

Repasaste el listado de entradas de la primera página que se mostraba en el buscador, contenía muchas referidas a la historia y a la cultura del pueblo leonés, y a otros *julios riberas*, dibujantes, magos y deportistas que nada tenían que ver con tu compañero.

Continuaste con las siguientes páginas, sucedía tres cuartos de lo mismo. Cuando ibas a desistir, una de las entradas llamó tu atención: «*Como hace treinta años*», decía el *Diario de León* de hacía unas fechas. Pinchaste, curioso, en ella.

«Hoy han detenido en Astorga a un buscado pederasta tras el que andaba la policía desde hacía tiempo. Aunque, posteriormente, ha sido puesto en libertad por error y está ahora en paradero desconocido».

«En la localidad se han vuelto a recordar los trágicos sucesos de hace 30 años, cuando un pequeño se tiró desde un sexto piso por los abusos continuados de su tío, Doroteo Ribera, a él y a su hermano mayor. El pederasta logró fugarse antes del juicio en una clamorosa negligencia policial y nunca más se supo de él hasta el día de hoy».

Ahora sí empezaban a llegar a tu mente conexiones evidentes del posible secreto de tu compañero, que tú no deseabas.

–Dios mío, *Perlas,* espero que no tenga nada que ver con Julio... –necesitabas digerir lo que acababas de leer, y lo enlazaste con el caso

que era el centro de tus indagaciones–. ¡Tania!, ¡Tania!, ¡siempre tratando de curarlo todo...!

Tu cabeza se puso en funcionamiento de nuevo. Cogiste otra vez el teléfono y le escribiste un mensaje a Rebeca. Ella era la secretaria del *Departamento de Personal* de la *Especial*. Una chica soltera, sencilla y cariñosa, no muy agraciada. Cuando te separaste de Malena, se acercó a ti, pensaba que eras un buen hombre y que estarías harto de sufrir en el amor. Como ella. No te diste ni cuenta.

El mensaje comenzaba así: «Hola, Rebeca, te quería pedir un favor...».

CAPÍTULO 34

Chamorro estaba aquella mañana de mal humor. Ni rastro de los hoyuelos en sus carrillos y, en su lugar, un rictus de cabreo. No con él mismo, sino con sus subordinados, a los que culpar siempre era lo más fácil para los malos jefes como él, y esa culpa no regresaba, se quedaba en vosotros, para soliviantaros y, en cualquier caso, para bajaros la autoestima. Y elevar la suya, por supuesto. Era de lo que se trataba.

Últimamente se caía de la cama a menudo. No eran ni las nueve y media y os había reunido en su mesa de trabajo a ti y a Julio. ¡Estaba totalmente desconocido en aquellos días con esos madrugones tan extemporáneos!

Os miraba furibundo.

–...Y no me digáis que es buscar una aguja en un pajar. ¡Eso no, cabrones! ¿Entendido? Hemos tenido que soltar a ese pobre drogata, vecino tuyo, Cuevas... ¡Él no ha sido! Tengo a Pitarch pisándome los huevos... Y a él se los retuerce el ministro, ¿estamos?

Era mejor callarse hasta que expulsara toda la bilis que le quemaba por dentro, tú permanecías impasible, Ribera efectuó un ejercicio de contención notable para no reaccionar, y se le hinchaban las venas del cuello y de las sienes mientras se apretaba con furia los nudillos de las manos por debajo de la mesa.

Tú, en cambio, qué envidia para él y qué frustración para Chamorro que cada vez se mostraba más amenazante, ni te inmutabas y, mucho menos, te descontrolabas. Parecía que contemplaras un episodio de una comedia americana.

Chamorro estaba muy jodido aquella mañana, buscaba descaradamente el cuerpo a cuerpo, que no era lo habitual en él, más bien medio gallina y amante de actuar por la espalda.

–...Así que, Cuevas –gritó avanzando su corpachón hacia ti–, ¡no pierdas el tiempo con tu putita enfermera y céntrate en el loco de los coches! ¡Que como me toques los huevos te emplumo!, ¿me oyes?...

Porque, ¿qué hacías tú el otro día aquí a las dos de la mañana?

Ribera te miró sorprendido, no tenía ni idea de lo que hablaba vuestro jefe.

–Había olvidado recoger una documentación –contestaste a Chamorro.

–No me encabrones, Cuevas..., ¡que el que me busca me encuentra...! Pinilla dice que le forzaron el cajón de su mesa esa noche... Cree que alguien intentó manipular la agenda de esa puta. Y podrías haber sido tú, que debías estar en ello cuando Orcajo te interrumpió. Las iniciales del último cliente que figura en la agenda coinciden con las tuyas. ¡Ojo, Cuevas, que estamos comprobando muchos números de teléfono, espero que no encontremos nada...!

–Con Pinilla al frente, sabemos que esa pobre chica se quedará sin justicia... Si no tenéis nada mejor que hacer, investigadme, sí.

Luego continuaste.

–De los atropellos, seguimos otra pista... Es solo una intuición. El asesino es un enfermo, que actúa para causar una conmoción... Roba un coche y atropella a una víctima, al azar. Es buscar una aguja en un pajar. ¡Hasta que actúe de nuevo y cometa un fallo...!

Ese era el Cuevas que admiraba Ribera, por eso te apoyó .

–Déjalo, Alejandro –te llamó por tu nombre para resaltar su apoyo ante aquel cabrón–. Resulta que serás tú el toro que mató a Manolete, ¿no te jode? ¡A lo mejor eres también el atropellador...! Aquí, en los despachos, no hay más que muchas pajas mentales cuando los jefes se asustan. ¡Y del caso de Tania, cero, como siempre!

Chamorro se levantó de la mesa dando por finalizada la reunión no fuera a ser que se le fuera de las manos, pero soltó antes una advertencia para ambos.

–¡Ojo, tú también, Ribera!... –y cuando tocabas el pestillo de la puerta de salida, se dirigió a ti amenazante y agresivo–. ¡Y te digo a ti, Cuevas, no me temblará la mano, te aviso! ¡Aunque te escondas tras tu impecable historial! ¡Me limpiaré el culo con él!

Ribera frunció el ceño, estaba claro que le hacías más daño tú que él.

–¡Ahora a la puta calle los dos, a machacar las aceras...! –remató

Chamorro, echando espuma por la boca.

Cuando habíais salido del despacho, Ribera notó que no querías hablar de tus investigaciones sobre Tania y te enfocaste en el tema personal con Chamorro.

–¡No puede con su tirria! ¡Me merezco su puesto más que él! ¡Y Pitarch lo sabe!– acabaste rebajando tus expectativas sobre el gran jefe tras tu última reunión con él.

Julio bajó los hombros y dejó escapar un suspiro hondo en un gesto de desolación: Chamorro, Pitarch, tu hermetismo hacia él, tus secretos... No podía más.

–¡No aguanto más esta ciénaga, Alejandro! ¡No sé cómo conservas la calma...! Y luego, tú también, ¡que eres más raro que un perro verde!, ¡nunca cuentas nada de tus andanzas! ¡Podías haberme dicho algo de lo de Tania!, ¿no?... ¡Hoy no aguanto más aquí y me voy a la puta calle a ver si me topo con Leonardo...! ¡Porque eso es ser policía, coger a los delincuentes!

–No te piques conmigo, Ribera. Ya te lo contaré, ser policía también es trabajar entre estas cuatro paredes –y para tratar de mejorar tu comunicación con él le anunciaste tus próximos pasos a dar–. Yo me encargo ahora del tema del teléfono móvil de Leonardo y localizaré a su primo que fue a recoger sus efectos personales. Por la tarde tengo un tema privado –y como le vieras a Ribera poner cara de tabla de nuevo, trataste de tranquilizarlo –. Ya te lo explicaré, es muy antiguo, de antes de conocernos ...Seguimos en contacto.

A Ribera no le fue suficiente. Te contestó irónicamente:

–¿En contacto? ¡No me digas!

Y se largó antes de que le llegara alguna de tus excusas o disculpas tremendamente educadas e inútiles para él.

Así que te quedaste en tu mesa y Ribera se fue ¡a la puta calle!, como había dicho. A respirar aire contaminado, ¡pero, por otra parte, mucho más puro que el infecto que inhalabais allí, según él!, a toparse con la gente que iba y venía de sus trabajos, viviendo su vida, sencilla y honesta. ¡Y se fue, algo que tú no sabías, a continuar con sus secretos, que él no podía contarte !

A ti, tan concentrado en tus temas igual que siempre, no te afectaron sus palabras. Agarraste el teléfono de tu mesa y marcaste el número de un funcionario que trabajaba en el archivo de pruebas de cargo.

–Curro, ¿me puedes hacer un favor? Estoy con uno de mis anteriores casos, el de Leonardo, ya sabes, el esquizofrénico que mató a su padre a puñaladas. ¿Sabes si alguien retiró de tu archivo la tarjeta de su móvil?

El tal Curro se acordaba del caso y contestó de memoria, sin consultar en el ordenador.

–Pues algunas cosas de carácter personal, como el teléfono móvil, efectivamente, las hemos entregado recientemente a un primo de Leonardo. Fue curioso, porque se habían extraviado antes y no las encontrábamos en su sitio. Luego aparecieron de repente donde debían estar –y a continuación añadió algo que te inquietó sobremanera–. Pinilla y Fortes también me han preguntado, ¿hay algo nuevo con este expediente?

Trataste de quitarle importancia y tranquilizar a Curro.

–No, es una comprobación de rutina.

CAPÍTULO 35

La escalinata de la *Biblioteca Nacional* no había perdido aquel aire juvenil que tú recordabas. Jóvenes que subían y bajaban por ella. La juventud, ahora perdida, había sido ascender por una escalinata mucho más larga y acumular, en cada peldaño, un plan a realizar, una ilusión a cumplir, un proyecto que materializar cuando alcanzaras la cima. El fin de la juventud había sido llegar al final de la escalinata, empujar la puerta para entrar en la casa en la que vivirías esos sueños imaginados por ti y encontrarte con un socavón profundo a tus pies, que te había atraído como un imán hasta sus entrañas.

Así habían transcurrido tus últimos veintitrés años, en el fondo de un sótano profundo y estrecho y de paredes tan altas como las de un hondo y seco pozo. El pozo insondable del dolor y la culpa que ocupaba todo tu interior, todo tu ser. Sí, el sufrimiento, cuando se solidifica, es una mueca tragicómica de la careta que tú eres.

Tú te transformaste en esa máscara dolorida. El dolor te poseyó, como penetrará en todas y cada una de las personas que observabas aquella tarde pasear despreocupadas frente a ti por el *Paseo de la Castellana*, por la acera de la *Biblioteca Nacional* y su esbelta escalinata. Toda la gente que aún no ha sido golpeada por el dolor, lo será también algún día.

Parejas, que caminaban muy abrazadas, con miedo a que alguien pudiera separarlas. Por ello, exhibían, llenas de orgullo, la cercanía de sus cuerpos, la fuerza de su abrazo, lo sólido de su unión, para espantar las ocultas amenazas del dolor que, de forma velada, sobrevolaba, aleteaba ya a su alrededor. Ellos no querían oír su zumbido, que era el temor a una ruptura, a que su mundo idílico estallara en pedazos, igual que el cristal de un escaparate cuando aluniza contra él un coche.

Otras, más consolidadas, ufanas y desprevenidas, iban de la mano, distraídas o hablando sin parar, con sus palabras llenaban los huecos por donde todavía pudiera colarse de rondón el dolor y susurrarles al oído sus palabras de ruptura y llanto.

Una niña de unos siete u ocho años llevaba de la mano a su hermano pequeño. El niño se mostraba enfurruñado porque se había peleado con un amigo en el colegio y su hermana tenía que tirar de él a rastras. De repente, la niña se paró harta de la situación, metió la mano en la cartera del colegio y sacó dos caramelos: el niño se quedó embelesado. La niña le dio a elegir qué caramelo quería y el niño escogió el que más le gustaba, uno de naranja, y se puso contento rápidamente.

La diferencia que hace distinto a un hombre de otro es cómo maneja el dolor que recibe, el dolor que causa. Los diferentes placebos, los sucedáneos curativos que utiliza contra el dolor, porque este en realidad no tiene cura, son los que muestran su camino distinto al de los demás. Tú los habías encontrado en el cielo y en el *Old Ripy*, del mismo modo que el niño los había obtenido de los caramelos.

Eso pensabas aquella tarde, mientras te apoyabas en la verja que cerraba el recinto de la *Biblioteca Nacional*, enfrente de la escalinata de la juventud y de la vida, por la que tantas veces subisteis para estudiar en sus salas, solemnes y silenciosas, donde dabais forma a vuestros proyectos, ajenos al dolor. El dolor vino después y no se marchó. Cuanto más sufrías, más se incrementaba tu dolor, vivías así una espiral creciente y sin fin.

Aquella tarde era diferente a las anteriores, te sentías esperanzado, ilusionado. De vez en cuando, girabas tu cabeza a ambos lados de la calle, más allá de la gente que iba y venía, por ver si divisabas a la persona más importante de tu vida.

Habías llegado diez minutos antes y habían pasado ya otros cinco de la hora, las seis de la tarde. Ni por un momento, pensaste que ella no acudiera. Te había dicho que vendría. Ella siempre cumplía su palabra.

El sol declinaba por el oeste, por la calle *Almirante* y *Barquillo*, por *Prim* y por *Infantas*, por *Vázquez de Mella* y por la calle *Libertad*. En todas ellas había cafeterías donde se citaban jóvenes estudiantes, parejas de novios que pasaban un rato juntos y se contaban sus cosas, al calor de dos cafés humeantes. Sentiste el calor de aquellos cafés que entraba de nuevo en tu cuerpo, rápidamente apartaste esa sensación

mirando al norte, hacia *Colón* y la calle *Jorge Juan*, y luego, un poco frustrado, hacia el Sur, hacia *Recoletos*, *Cibeles* y el *Paseo del Prado*. Entonces la viste, caminando entre la gente. Tardó en llegar a tu altura. Cuando se hallaba a unos pasos le gritaste:

–¡Irene!, ¡Irene...!

Luego te aproximaste a ella, con el corazón acelerado y los brazos abiertos. Avanzaste hacia Irene y le diste un gran abrazo estrechándola contra ti y, mientras lo hacías, cerraste los ojos contra los rayos de sol que venían del oeste, de la calle *Prim* y de *Barquillo*, de *Vázquez de Mella* y de la calle *Libertad*. Sentiste de nuevo dentro de ti el calor de aquellos cafés.

–Irene, Irene...

CAPÍTULO 36

José Norberto Bargallo era un tipo inclasificable. Lo mismo que el departamento que dirigía.

El comisario de *Asuntos de Larga Duración de la Comisaría Especial* aparentaba el aspecto de sabio de laboratorio, despistado y bonachón, de vestimenta desaliñada, siempre ajeno a la realidad y dándole vueltas en su cabeza a algún expediente no resuelto de los muchos que manejaba su departamento.

En las conversaciones mostraba una mirada gélida que taladraba sus gafas de montura dorada. Su sonrisa desprendía tranquilidad y, de forma repentina, se convertía en una mueca de dureza infinita.

Moncho Chamorro había sido su mano derecha durante años en el departamento antes de su ascenso a comisario. Les había ido bien a los dos, ambos responsables de dos de las unidades más importantes de la *Especial* que dirigía el comisario en jefe Eduard Pitarch.

La tercera, *Prevención de Delitos de Gran impacto*, se ocupaba de las relaciones con las policías de otros países para detectar con anticipación y colaborar con aquellas sobre nuevas tendencias delictivas, sectas transnacionales, delitos especialmente crueles, aterrorizantes y/o terrorismo. Actuaba en colaboración con el CNI y se encontraba en otro edificio cercano al *Ministerio de Defensa* del *Paseo de la Castellana*. Lo dirigía el comisario Fernández Enjuto, que aportaba a la *Especial* una visión estratégica a largo plazo y la coordinación con otras Unidades de Interior y de Defensa, sobre todo en asuntos de terrorismo. El día a día de la *Especial* se cocía entre aquellos tres hombres: Pitarch, Chamorro y Bargallo.

Aquella tarde Pitarch y Bargallo comieron en un restaurante de *Francisco Silvela*.

A veces te preguntabas por qué un hombre tan exquisito, educado y equilibrado como Pitarch había seleccionado a aquellos dos especímenes tan complicados. Se insinuaba que los altos mandos de Interior y de Defensa, ya a nivel político, Directores Generales y

Secretarios de Estado, promovían los ascensos de entre los suyos, para contrapesar a los cargos que heredaban del gobierno anterior.

También se rumoreaba que las relaciones entre los tres eran pésimas, y no se soportaban. Por ello, había sido tan noticiable para ti y Ribera la revelación de *Faralaes* de encontrarse a Pitarch y a Chamorro juntos, y con sus mujeres, en el teatro. Sin duda, era una más de las neblinas que envolvían a aquel ambiente tan denso y poco ventilado, tan putrefacto que diría Julio, que respirabais en la *Comisaría Especial*.

–¿Cómo han tomado los jefes lo de Astorga, Eduard? –se interesó Bargallo, lanzándole a Pitarch una mirada intermedia entre su versión gélida y la bonachona de sabio despistado.

–¡Pues bien y mal, Pepe! –correspondió Pitarch con un comentario también intermedio a la mirada de Bargallo.

–¿Qué quieres decir? –acentuaba Bargallo su versión inocente y distraída.

–Pues no es muy difícil entenderlo –aprovechó Pitarch–. ¿Es que no pudisteis sujetarlo en Francia? ¿Por qué apareció Teo Ribera por Astorga? Sabe que no puede volver a España y menos a Astorga. ¡Es muy fácil comprender el porqué!, ¿no?

–A veces piensa que morirá y quiere ir a dar una vuelta por su terruño. ¡Ya sabes, echas de menos lo que no tienes! Nos dio esquinazo un fin de semana. ¡No volverá a suceder! De vuelta en Francia, le hemos apretado las tuercas. Al final todo se ha arreglado, nuestros jefes estarán contentos y tranquilos, ¿no? –después de un comienzo suave Bargallo terminó la frase en el mismo tono que su interlocutor.

–Pues sí y no, Pepe –Pitarch concedió y quitó–. Ha sido un escándalo. Lo mismo que treinta años antes. Nos hemos empleado a fondo para que el tema quede en una noticia local. Hasta ahora lo hemos logrado y los jefes, todos los jefes, –matizó Pitarch– están contentos. Pero la forma de soltarlo tras su detención fue una chapuza. Igual que por aquel entonces. ¡Un desastre para la policía, Bargallo! –Pitarch se distanció de la gestión del caso, tratándole por su apellido.

–¿Sabes lo que te digo? –se creció Bargallo–, que habrá sido una

chapuza soltarlo antes de juicio, de acuerdo. ¿Y qué hacíamos? ¿Tratar de convencer al juez para que lo soltara? ¿Qué alternativas teníamos? ¡Ninguna! Y, de acuerdo también, en que ha sido un fallo dejarle entrar en España y acercarse a Astorga. Pero llevaba ya treinta años fuera y bien controlado, ¿eh?, que nadie se olvide. Y que no se olviden que la dotación de seguimiento de la que disponemos es la que es, querido jefe, tras los recortes del gobierno– remató, Pepe Bargallo.

–Lo que me dicen los de ese gobierno que citas, querido colaborador, –Pitarch le arreó un guantazo con el mismo guante de Bargallo– es que otro gobierno lo aceptó de nuevo en labores de confidente policial, ¡a un pederasta declarado y consumado! Encima, cuando lo detuvieron, tuvieron que soltarlo, dejando sin reparación los abusos a dos niños indefensos, sobrinos suyos y a su custodia para mayor inri, uno de ellos se suicidó, ¿eh? El otro ingresó en la policía tratando de preparar su venganza. Y todo, querido colaborador, –volvió a arrearle otro sopapo– porque a ese confidente pederasta se le entregó años después información sensible sobre los atentados de los GAL en Francia y todavía podría tirar de la manta. Así que mejor no ufanarse de lo sucedido, ¿eh, Bargallo? Sé que has tenido que hacer una chapuza, y cuentas con mi apoyo, pero también se podía haber solucionado mejor. ¿Quedan contestadas tus preguntas, Pepe?

–Mayormente sí, Eduard –ahora se dirigió a él con el respeto que no había empleado antes–. El peligro de Teo Ribera no proviene de la documentación sobre la trama de los GAL, cuyas responsabilidades políticas y policiales fueron juzgadas por el juez Garzón, bueno, excepto la de la X que se atribuyó en la prensa al presidente del Gobierno de entonces, Felipe González, que no pudo ser probada y donde, efectivamente, no llegan ni por asomo los posibles datos que disponga Teo Ribera, sino la otra información sobre encargos del gobierno siguiente, el actual, sobre seguimientos y sobornos a etarras y batasunos y dilapidación de fondos reservados para otros fines –terminó echándose para adelante en la mesa, delatando a qué gobierno debía su puesto.

–No es del todo cierto, amigo Bargallo –se mostró más

condescendiente ahora Pitarch, al menos en el tono–. Algunas responsabilidades policiales fueron sustanciadas en los juicios de los GAL, no todas. Créeme. Quedan algunos jefes preocupados al respecto. En cualquier caso, lo importante es que esto no se vuelva a repetir.

Bargallo apuró su postre, una tarta de queso y arándanos y, después de relamer la cuchara, asintió.

–¡Por estas que no, Eduard! –y se sacó y besó unas medallas de sus hijas que llevaba colgadas al cuello.

–Bien, Pepe. Me quedo tranquilo.

El camarero se acercó para ofrecerles unos licores, invitación de la casa.

Bargallo, más relajado tras el primer tiento al licor de hierbas, lanzó su última pregunta.

–¿Y qué tal Julio Ribera?

–Pues, aparte de los intentos de trasladarse a tu departamento, no sabemos con qué fin, pero podría ser con el que nos tememos, lo mantenemos bien ocupado, y bien controlado, por Alejandro Cuevas. No sabemos si se ha enterado y, en su caso, cómo ha digerido lo de Astorga. Ribera no posee cabeza suficiente para meternos en problemas con el tema de su tío. Otra cosa es que fuera Cuevas. Los tenemos atareados con el caso del atropellador. Chamorro me traslada que los maneja bien.

–Ah, fenomenal, Eduard. Gracias por la comida –el camarero traía la cuenta.

–Gracias a ti, Pepe. Pensaba que me invitabas.

A Bargallo no le quedó otra que echar mano a la cartera, mientras sus ojos acuchillaban al camarero.

CAPÍTULO 37

Irene y tú habíais elegido la cafetería más próxima, *Riofrío*, justo enfrente, en el arranque de *Génova* con la *Plaza de Colón*, tal vez porque los dos queríais llegar cuanto antes y empezar a hablar de aquellos años de ausencia, veintitrés nada menos.

Solicitasteis un rincón tranquilo y allí, Irene y tú, os acomodasteis en un sofá de rinconera que rodeaba a una mesita baja donde yacían dos cervezas, los restos de unos aperitivos y dos cafés todavía humeantes. Se produjo el silencio entre vosotros.

–¿Recuerdas las tardes que pasábamos aquí, en esta misma mesa, Irene?

–Sí, claro. ¿Cómo iba a olvidarlo? No sé si trabajará aquel camarero tan patoso, ¿cómo se llamaba? –Irene sonrió con los restos de la dulzura de su juventud, mezclada con la dureza que la vida había vertido en los últimos veintitrés años– ...Ah sí, se llamaba Carlos; *Carlos II, El Hechizado*, le pusimos nosotros..., ¿te acuerdas?

–¡Claro que me acuerdo! Pues no, no lo he visto, será ya una reliquia. ¿Tú eres consciente del tiempo transcurrido desde entonces, Irene?

–Tampoco tanto, Alejandro... Bueno, sí... Veintitrés años –hablaba Irene, con nostalgia y tristeza.

–Aquí preparamos nuestro viaje al *Camino de Santiago*... –la interrumpiste, tu rostro reflejó la ilusión y luego la nostalgia, aunque al final se revistió con la mueca de un inmenso dolor–. ¡Maldigo aquellos fuegos artificiales! ¡No sabes cuánto, Irene!

Irene permaneció en silencio. Luego, alargó una mano dubitativa hasta su taza de café casi topándose con ella. Intentó agarrarla torpemente del asa mientras que hacías ademán de acercársela, te detuviste al ver que alzaba su café y se lo llevaba a la boca. Se reflejó en tu rostro un rictus de dolor.

Tu mente te condujo en un segundo al *Camino de Santiago* veintitrés años atrás. Concretamente al pueblo de *Padrón*, donde celebraban las fiestas y, como cierre de las mismas, se organizaron unos fuegos

artificiales espectaculares. Os faltaba solo una jornada, mucho más corta que las anteriores, para arribar a Santiago a las doce de la mañana, con tiempo para escuchar *la misa del peregrino* en la catedral compostelana y os apetecía un poco de diversión en aquella vuestra última noche de Camino.

En las afueras, la gente, situada a una prudente distancia, observaba los fuegos artificiales que una máquina depositada en el suelo lanzaba al cielo a intervalos de tiempo regulares. Cada lanzamiento producía murmullos de admiración. El cielo y la luz y las explosiones eran un buen antídoto contra la depresión del fin de fiestas. Había chicos jóvenes con cervezas y combinados en la mano y parejas abrazándose y besándose bajo la noche estrellada, cruzada de punta a cabo por los estampidos y las luminiscencias de los fuegos.

Os sentíais radiantes y felices. Aquella noche era la culminación del viaje en el que os habíais conocido más a fondo, lejos de decepcionaros, habíais confirmado vuestra mutua elección. Una elección que sería para siempre.

Estabais apoyados contra el tronco de un pino, que tenía adosada a su corteza la típica concha del *Camino de Santiago*. Aquella antigua concha os vinculaba con todas las parejas que desde tiempo inmemorial se habrían detenido en aquel viejo árbol. Reparasteis en ello al unísono y os besasteis y, luego, para romper aquella solemnidad, le siseaste frases atrevidas al oído en un clima de complicidad y apasionamiento.

De repente, la máquina lanzadora se detuvo. Pasados los primeros momentos, la gente se preguntó qué sucedía, todavía no se había alcanzado la tradicional cadena de explosiones que suponía el clímax del fin de fiestas. Después, se incrementaron los murmullos de expectación por lo que ocurría y un joven de la comisión organizadora alzó la voz, dirigiéndose al operario de los fuegos.

–¡¡Eh!! ¿Qué pasa? Todavía falta más...

No acabó la frase.

Se produjo una explosión ensordecedora y la máquina saltó por los aires hecha pedazos. A su alrededor se formó una gran nube de humo

y de luces de colores. Menos mal que todo el mundo se hallaba a una prudente distancia y el operario manipulaba la máquina telemáticamente. Si no, hubiera provocado una catástrofe. Irene, sorprendida y asustada por la explosión, se abrazó a ti, llena de espasmos. Cuando cesaron las explosiones ella siguió pegada a ti. La oíste en un susurro:

–Alejandro, Alejandro, algo me pasa...

–¿Qué es, cariño, qué te ocurre...?

–Ha sido en los ojos. Ya parece que se me va... –luego se los restregó y los abrió de nuevo–. Ha debido ser el susto.

Irene te miró con los ojos humedecidos y con un anormal temblor en sus pupilas.

Capítulo 38

En la cafetería *Riofrío*, Irene había levantado sus ojos hacia los tuyos. A ti te recordaron los de aquel día en el *Camino de Santiago*. Todavía eran bellos, pero mostraban una mirada sin dirección. Tú sabías que apenas distinguían sombras, un rastro mínimo de luz que huía por las esquinas o, después de tantos años, ni eso siquiera.

Había cambiado la expresión de su cara. Albergaba un trasfondo de inocente ternura, inclusive sus ojos conservaban un aire soñador. Pero sus facciones se habían endurecido. Un rictus de amargura marcaba su boca y un aire de resignación su barbilla.

–¡Malditos fuegos artificiales...! –exclamaste, más para ti que para ella.

Ella habló con el rescoldo de bondad y de inocencia que todavía le quedaba. Probablemente se esforzó para encontrarlo en su interior. Su voz sonó cariñosa y sin rencor hacia ti.

–Lo que sucedió habría ocurrido en otro momento, Alejandro. Mis ojos eran el problema. Habían sufrido otros desprendimientos de retina en mi familia, pero nunca piensas que te ocurrirá a ti –notaste la amargura que asomaba por las comisuras de su boca, ella dirigió sus pensamientos hacia lo que sentía veintitrés años atrás–. Aquellos fuegos artificiales fueron muy bonitos. Casi nunca sueño con imágenes, Alejandro... Ahí sí que se notan los cinco lustros transcurridos... De vez en cuando, se cuelan los colores de aquellos fuegos y de nuestro cielo estrellado. Mi memoria ha borrado toda luz... Los ciegos soñamos de otra manera, a mí todavía me quedan aquellas estrellas, Alejandro... Y te lo agradezco...

Te emocionaste, hasta tal punto que las lágrimas intentaron asomar a tus ojos, aunque de un manotazo las escondiste en sus madrigueras. Te acercaste y le cogiste la mano a Irene. Ella te dejó hacer.

–Irene, Irene... fui un cobarde. Un jodido cobarde. No te convencí para que te quedaras a mi lado. Te hubiera querido igual. Te quería tanto... No, no, tú me querías tanto... Me he sentido culpable desde entonces, de no merecer tu amor, de no ayudarte, de no poder convencerte de

que podíamos haber afrontado juntos tu enfermedad... La culpa, la culpa, Irene... Han sido veintitrés años de culpa.

Ella puso la otra mano encima de las dos que teníais unidas.

–Tú no la tuviste, Alejandro, ninguna culpa. Yo hubiera seguido a tu lado, pero...

–Entonces... ¡tú hubieras seguido a mi lado! ¡Qué dulces y reparadoras suenan tus palabras! ¿Por qué no lo hiciste si lo deseabas? ¿Quién tuvo la culpa si no fui yo?

Tú sabías de quién había sido la culpa. Y no querías que ella supiera que tú ya lo sabías. Irene tardó unos momentos en contestar. Y luego musitó unas palabras, aunque no evitó que aquel rictus de amargura de su boca se acentuara un poco más.

–¿Qué tal está tu madre?

–La enterramos hace unos días. Llevaba ya varios meses con un cáncer terminal.

Irene permaneció en un silencio incómodo para ambos, no quiso conocer más detalles. Por fin, tras unos segundos eternos, te preguntó:

–¿Y nunca te habló de mí?

De repente, notaste otra vez que tu madre se interponía entre tú e Irene.

–Lo sé todo, Irene, ¡todo! Lo dejó escrito en una nota, para que la leyera cuando hubiera muerto.

–¿Todo, todo?

–Creo que sí. En ella relataba que se ocupó de convencerte de que yo no te quería y que serías una carga. Ella no te deseaba cerca de mí. Ya había perdido a mi hermano que se fue a vivir a Nueva Zelanda. Mi padre se hallaba hemipléjico de un ictus y era para ella una pesada carga que duró quince años. No quería otra hipoteca adicional en la familia. Escribió que te había dicho cosas terribles para alejarte de mí.

–¿Sabes lo que llegó a decirme cuando ya no veía apenas?

–No.

–Me dijo que si no desaparecía de tu vida, un día me tiraría por las escaleras, por el hueco del ascensor o la ventana.

–Por Dios, no pudo ser tan cruel.

–Lo fue. Aunque todavía no lo suficiente, esa amenaza no era bastante para alejarme de ti. Estaba dispuesta a permanecer contigo hasta que me matara. Porque mi vida sin ti no tenía ningún sentido.

–Irene, Irene..., no sabes lo feliz que me hacen tus palabras. A pesar de todo. Me sentía culpable de no haber permanecido a tu lado. Y de abandonarte a tu suerte, aunque fueras tú la que desapareciste... ¿Por qué me dejaste? ¿Qué te contó mi madre para que me abandonaras?

Irene abrió las esclusas de un pantano de agua corrompida y turbia.

–Me dijo que facilitaría que alguien me violara, sería muy fácil, me decía, acercando su voz a mi oído. Y luego te diría que había sido consentido. Pero me mantuve firme. Como vio que no era suficiente para alejarme, me dijo que si teníamos hijos, nunca podría protegerlos, que los mataría con sus propias manos. Allí entendí por fin que no existía ningún futuro para nosotros.

–Por Dios, Irene, es terrible. Mi madre debió enloquecer. Siento muchísimo todo lo que te hizo sufrir. ¿Por qué no me lo dijiste?

–No podía decirte nada, ella lo negaría todo y temía que si te lo contaba, te pondrías en mi contra. En el fondo, sabía que alejarte de tu madre suponía asimismo alejarte de tu padre, que te necesitaba. La mejor alternativa para todos era mi marcha. El quedarme ciega fue un golpe del destino que lo cambiaba todo. No me quedó más remedio que asumirlo. Así que te escribí aquella carta en la que te decía que no te quería.

La carta que habías leído mil veces, que no olvidarías, jamás.

Os quedasteis en silencio.

–Alejandro ... No te entristezcas. Ninguno de los dos ha de culpabilizarse. Tú quisiste que quedara un bonito recuerdo entre nosotros. No las dificultades, las frustraciones, el mal rollo, que hubieran venido si hubiéramos seguido... Y así ha sido, Alejandro. Guardo un bonito recuerdo de aquella época y de aquel viaje maravilloso. Ha pasado mucho tiempo, no te atormentes más.

Bebiste un trago de tu consumición, lamentaste que no fuera *Old Ripy*.

–He quemado mi vida, Irene. ¡Si supieras lo infeliz que he sido...! Me

sentía culpable de que tú no te sintieras suficientemente querida por mí en tu situación y optaras por abandonarme. Y culpable de no insistir lo suficiente para que te quedaras. Y, mucho más tarde, cuando el tiempo y la distancia ya habían hecho su trabajo entre nosotros, intenté justificar lo sucedido. Pero no pude. Me fue imposible olvidarte.

Irene fue a hablar, alargaste tu mano y pusiste tu índice sobre sus labios.

–No he hecho más que atormentarme todos estos años. Luchar por olvidarte, sin conseguirlo. Intentar pensar que yo estaba mejor sin ti, y que tú, ciega, nunca podrías contemplar mi cara, ni cómo envejecía contigo, ni ver a nuestros hijos imaginarios crecer. Ni podrías cuidar de ellos... Con esos cimientos traté de construir un edificio en el que no tuvieras ningún valor para mí. ¿Sabes lo que me repetía cada minuto? ¡Que nunca podríamos mirar el cielo igual que aquella noche! ¡Ni encontrar juntos nuestra *Estrella Polar*! En realidad, nunca compartiría ya nada maravilloso contigo y tú tampoco me aportarías jamás nada mágico como aquella noche, Irene. ¡Mi problema es que, después de beberme cientos de botellas de bourbon, no he conseguido olvidarte!

Te quedaste en silencio tras esparcir todo tu dolor. Deseando que tus palabras hubieran sido reparadoras, un bálsamo reconfortante y tonificante para el lastimado corazón de Irene. Al final, ella te consoló.

–No te atormentes, Alejandro. Han pasado veintitrés años. Fue una decisión muy dura. Muchos habrían hecho lo que tú... Yo no te lo puse fácil. Y tu madre seguro que ha sufrido tanto o más que tú –sí, tu madre, pensaste en aquel momento, también había pagado una factura muy alta, con tu hermano, con tu padre y contigo, contemplando tu tristeza–. Al destino se le fue la mano con nosotros, Alejandro. Nada más.

Tú querías seguir escanciando tu dolor y frustración.

–Me quedé vacío, Irene. ¿Sabes cómo me llaman...? *El astrónomo*. Me paso las noches mirando las estrellas, buscando lo que no tengo. Lo que desapareció para siempre.

Hiciste una pausa mientras diste otro trago al café frío.

–Irene, cuando la vida te golpea así, de este modo tan terrible, tan cruel, y tienes que seguir trabajando, hablando con la gente como si nada hubiera ocurrido, viviendo como un hipócrita, acabas pensando que, a lo mejor, no eres el único que se siente así y que, los que te rodean, son unos cadáveres andantes, lo que pasa es que lo disimulan, como tú mismo. Por eso me empezó a gustar descubrir las miserias de los demás, bajo su impecable fachada. Sus debilidades y secretos. Descubrir quiénes eran en el fondo, yo me sentía un sepulcro blanqueado. Por eso me hice policía, aunque no se lo haya dicho jamás a nadie. Y disfrutaba con ello. O, al menos, así era menos consciente de mi dolor. Al comprobar que todo el mundo sufría, mi desgarro resultaba más llevadero.

Tu semblaste era como una foto del dolor acrisolado en el tiempo, rezumaba desesperanza y amargura.

Levantaste la cabeza y miraste a Irene a los ojos. ¡Y algo ocurrió!

Ojalá ella hubiera podido verte, pues en los tuyos brilló una luz llena de admiración y reconocimiento.

Le dijiste lo que estabas pensando:

–Me doy cuenta que hay estrellas que están en la tierra, no en el cielo. Como tú, Irene, capaz de perdonar. Como Gustavo, una padre que conocí que dio la vida por su hijo enfermo, Leonardo, que brilláis para todos nosotros, los mediocres, que no somos nada, zombis anónimos y sin vida...

Irene buscó a tientas tu mano.

–Alejandro ... Tienes que perdonarte. Ha transcurrido mucho tiempo y aprendí a vivir sin ojos. Eres un buen hombre, al que el destino jugó una mala pasada...

Te recostaste en el pecho de Irene, que pasó su brazo por tus hombros.

–No, Irene. El destino te la jugó a ti. Yo no estuve a la altura...¡Lo siento tanto...! ¡Por ti y por mí!

–Alejandro ... Dejémoslo en que al destino se le fue un poco la mano con nosotros. ¿De qué sirve quejarse eternamente? Ni el camarero *Carlos II El Hechizado,* ¿recuerdas?, que era feo y patoso como nadie se

quejaba tanto… –terminó Irene riéndose relajada.

¿Por qué con ella era todo tan fácil?, no pudiste dejar de repetirte en tu interior, mientras escuchabas cómo se reía.

CAPÍTULO 39

Luego salisteis a la calle. Por un momento te sentiste de retorno a aquel entonces. Fueron unos instantes maravillosos mientras caminabais juntos.

Pero quizás había que pasear primero por la realidad del hoy, hablar de tantas cosas que no habíais tocado aún. Irene dobló su bastón blanco y se cogió de tu brazo. El *Paseo de Recoletos* estaba lleno de luces. Era un cielo terrenal y acogedor que os reunía de nuevo. Cuando llegasteis al cruce con la calle *Prim*, Irene comentó con desenvoltura.

–Ahí está la ONCE. Donde trabaja mi marido. Mi ex, quiero decir…

Se hizo el silencio. Rápidamente, cogiste ese hilo de intimidad que te ofrecía.

–Irene, no he querido preguntarte nada… No tengo ningún derecho. ¿Qué ha sido de tu vida?, me gustaría tanto saber de ti…

Irene siguió con su tono desenvuelto.

–Seguro que siendo detective ya lo sabes…

Te estremeciste y tardaste en reponerte.

–Algo sé. Pero no lo que quiero saber, cómo te sientes.

Irene abandonó aquel tono intrascendente y adoptó otro propio de lo que erais vosotros en aquellos momentos: dos viejos amigos, antiguos amantes en el pasado.

–Me casé con un ciego de nacimiento. Él es un directivo de la ONCE. La cosa no funcionó. Tal vez busqué lo opuesto a ti… –a Irene le tembló la voz al decirlo–… No ha sido fácil para mí. Nuestro viaje me marcó. Aunque lo intenté, nunca olvidé la luz que sentí contigo cuando mirábamos las estrellas tumbados en el bosque. Tal vez porque fue la última vez que las vi… –luego respiró profundamente y añadió con un poso de resignación–, pero aprendí a vivir sin ellas. ¿Qué otra cosa podía hacer?… ¿Y tú?

Tú la atrajiste contra ti, mientras caminabais más lentamente.

–Me casé. Después de muchos años solitarios. Hace relativamente poco. Fue un desastre... Nos divorciamos a los pocos años.

Luego hiciste una pausa larga y todavía ralentizaste más tu marcha.

–Irene, ¿no te preguntas por qué te he llamado después de tanto tiempo?

–Sí. Pero sabía que me lo dirías.

–No tenía derecho a llamarte... A pesar de lo que te he echado de menos. Después de todo lo cobarde que fui, no...

Respiraste hondo y musitaste con un hilo de voz.

–...Me muero, Irene. Me muero...

Te detuviste al fin, asimilando tus palabras. Levantaste la cabeza y miraste a lo lejos. Una luna enorme se alzaba por encima del *Palacio de Cibeles*.

Irene no dijo nada. Solo se abrazó contra tu pecho.

Otra vez aquella sensación de refugio, que tenía su cuerpo al abrazarla. Así que continuaste ya muy cerca de su oído.

–Es genético. *Tendencia irreversible a la muerte súbita*, lo llaman. En mi caso la tendencia ya ha llegado donde debía. Puede sucederme en cualquier instante. No quería marcharme sin verte una última vez.

Le habías levantado mientras la barbilla, sin atreverte a dar el siguiente paso. Ella lo dio por ti. Se puso de puntillas y te besó en los labios. Entonces la besaste con toda la pasión del mundo. Ella sintió lo mismo que tú. Cuando os separasteis, te susurró:

–Alejandro... Somos libres. Me gustaría pasar este tiempo que nos queda contigo. Nos lo merecemos.

Por respuesta, la besaste de nuevo. Estabais en mitad de la acera, bajo los árboles del *Paseo del Prado*. Junto a la llama permanente del *Monumento al Soldado Desconocido*, que chisporroteaba con una viveza nueva.

Por fin musitaste, con los ojos victoriosos sobre el malhadado destino:

–Sí, Irene, nos lo merecemos. Siento que regresa la felicidad –la abrazabas y la besabas de nuevo, levantándola del suelo con la fuerza de un chaval–. Quiero que lo sepas...

Entonces, con ella en vilo, empezaste a girar, a dar vueltas sobre vosotros mismos bajo la luna enorme y las estrellas de las farolas del *Paseo del Prado*.

Gritabas. Y la gente que se cruzaba, se detenía un momento a vuestro lado. Os miraba con admiración y, quizás, con un poco de envidia...

Un taxi se detuvo junto a la casa de Irene. La muchacha salió del coche tanteando con su bastón. Accediste a la calle por el otro lado del vehículo y os despedisteis con un largo beso junto al portal. Luego Irene metió la llave en la cerradura y abrió la puerta de la casa. Después se giró, agitó su mano con una despedida, se introdujo dentro del portal sin dar la luz y desapareció.

Volviste al taxi y éste inició la maniobra para dar la vuelta y regresar por donde había venido, mientras escuchabas en tu interior las palabras de Irene, llenas de esperanza.

–Alejandro, mañana mando a mi madre de vuelta a Oviedo y me mudo a tu casa. ¡Me tienes que enseñar tu telescopio y contarme cómo son las estrellas...!

CAPÍTULO 40

Justo enfrente del bloque de Irene, arrancaba un pequeño callejón en el que sobrevivían media docena de chalets que se levantaron en el barrio de *Prosperidad* ya hacía un siglo, en la época en que el barrio era tan solo un arrabal.

El callejón era un lugar de escaso tránsito, sobre todo a esas horas, más allá de la medianoche. En el fondo se dibujaba un utilitario, el único en toda la calleja, el resto de la misma estaba ocupado por las entradas a los garajes de los chalets.

Tumbados en el asiento del copiloto del coche, cuya butaca estaba reclinada hacia atrás, yacían Iván Ostos y su novia Paloma. Acababan de hacer el amor y compartían un cigarrillo, mientras miraban por el techo corredizo el cielo estrellado.

–Cada día me gusta más mirarlas... Voy a comprarme un telescopio como el del inspector Cuevas.

Paloma se removió, aparentemente disgustada.

–Ni se te ocurra.

Iván se sorprendió por el tono de su novia

–No te entiendo... Pensaba que te gustaban. Tú me animaste a comprarme este coche con techo. Además, te distraen de otras cosas.

Paloma se arrebujó contra él.

–Por eso... Por eso... –dijo lacónicamente.

–Sigo sin entenderte. A veces debo ser muy torpe.

–Sí que lo eres. El telescopio es para solitarios. Tú no te distraigas en esas cosas tristes... Me tienes a mí.

Paloma se incorporó y puso su rostro muy cerca del de Iván, para que solo viera sus ojos, brillantes, en la oscuridad. Luego le ofreció sus labios. Los jóvenes se besaron con deleite.

Un cuarto de hora más tarde, mientras ambos jóvenes seguían amándose, un coche avanzaba a toda velocidad por la calle principal, donde se situaba el bloque de Irene. Sorprendía la potencia de sus

faros y el ritmo al que incrementaba su rápida marcha.

A esa hora tú llegaste a tu casa en el taxi, pagaste y subiste al ático. Unos minutos más tarde saliste a la terraza. Hacía una noche espléndida.

Disfrutaste del cielo como nunca. Tal vez todo se resumía en que el cielo te mostraba el color de la esperanza. Mañana Irene se hallaría en tu terraza. No podías sentirte más feliz.

De repente, oíste el sonido de un mensaje que entraba en tu BlackBerry. La remitente era Rebeca, la secretaria de *Recursos Humanos de la Especial* a la que habías solicitado detalles del lugar donde había nacido Julio.

El contenido del correo electrónico decía así:

«Estimado Alejandro: tu amigo Julio Ribera nació en Mayorga (Valladolid). Aunque luego vivió en Astorga, porque aquí figuran informes que pedimos a la guardia civil de esta localidad cuando solicitó su ingreso en la Brigada. Espero que te sirva para el regalo que pensáis hacerle...».

Levantaste la cabeza de la pantalla del móvil con una preocupación enorme. Ahora resultaba mucho más claro: las informaciones de los inquietantes hechos de Astorga podían afectar a tu compañero. Debías finalizar, de forma imperiosa, las pesquisas lo antes posible y esclarecerlo todo.

Chequeaste de nuevo las fotos efectuadas con tu móvil a las páginas de la agenda de Tania, donde Astorga era la palabra clave que definía el secreto de Julio y, con aire sombrío, abriste el ordenador y buscaste de nuevo en Google: «Julio Ribera, Astorga y Mayorga».

Una inquietud creciente se apoderaba de ti a medida que husmeabas en los secretos de tu compañero. Desfilaron en la pantalla varias decenas de noticias e informaciones que no se relacionaban con lo que tú buscabas. No desfalleciste ni abandonaste. Olías muy bien la cercanía de la presa.

Hasta que diste con una noticia similar a la que leíste el día anterior, aunque con algunos detalles nuevos que, tras el correo electrónico de

Rebeca, adquirían aspectos tremendamente reveladores:

«Astorga y Mayorga, dos pueblos unidos por la desgracia y la negligencia policial». La noticia era también de escasas fechas.

«Tras la gravísima negligencia policial de hoy en Astorga, nos vemos obligados a rescatar nuestra crónica de hace 30 años, cuando se produjeron dos negligencias clamorosas de los cuerpos de seguridad: tras perder a sus padres que fallecieron atropellados en Mayorga después de que el conductor se diera a la fuga y nunca fuera localizado por la policía, siete años más tarde se averiguó que el hijo huérfano sufrió en Astorga abusos sexuales continuados de su tío, Doroteo Ribera, al que se le entregó la custodia. También los sufrió su hermano pequeño, Daniel, que acabó arrojándose por la ventana y muriendo en el acto. Pues bien, después de ser descubierto Doroteo Ribera y detenido ayer en Astorga, tras un viaje relámpago que el pederasta había realizado desde Francia, donde permanecía huido desde hace 30 años, consiguió darse a la fuga en otro error clamoroso e inexplicable de la policía...».

Te pusiste lívido y exclamaste, atónito:

– ¡Dios mío... Julio, Julio...! ¡No, no!

Y, acto seguido, abriste el teléfono para llamarlo

Hacía una buena noche y, aunque era tarde, Irene decidió pasear brevemente por la calle, sentir la ligera brisa en su cara, respirar de nuevo esa felicidad que había conocido hacía veintitrés años. Salió del portal. Su perro, a quien controlaba con la correa, estaba ansioso. Sus necesidades le apremiaban. El animal se lanzó a la calle nervioso y olisqueó la pared del inmueble pero, a pesar de sus urgencias, decidió no hacerlo allí.

– A ver, *Lucero,* que es muy tarde... –le reprochó Irene.

Lucero tiró de ella tratando de cruzar la calzada hacia la otra acera. Allí existía un chalecito de paredes de piedra, contra las cuales le gustaba descargar su vejiga. Cuando se hallaban en el centro de la calzada, las urgencias apremiaron a *Lucero*, que quiso retroceder sobre sus pasos para hacerlo contra la pared del primer inmueble.

De pronto, un coche apareció avanzando a toda velocidad por la calle desierta. *Lucero* levantó la cabeza y solo pudo distinguir los potentes faros que lo deslumbraban.

Irene percibió el ruido creciente del motor que se aproximaba, estaba tranquila porque allí había un paso de cebra, por el que estaban cruzando. Se quedaron ambos expectantes en mitad del mismo, Irene sujetaba firme la correa de *Lucero*.

El coche aceleró, en el último momento *Lucero* se apercibió del peligro y tiró tan fuerte de la correa que se soltó de las manos de su dueña y alcanzó la acera. El coche embistió a Irene a toda velocidad y se perdió en un santiamén por el otro extremo de la calle, oyéndose después, en el silencio denso de la noche, los ladridos del perro, que se acercó a Irene, tendida en el suelo y ensangrentada.

CAPÍTULO 41

Iván Ostos besaba apasionadamente a su novia. Cuando separaba sus labios de ella y abría los ojos, vio al automóvil que se acercaba por la calle principal a gran velocidad y, en cuestión de segundos, arrollaba a Irene. Luego, sin aflojar la marcha, se alejó por el otro extremo de la calle. El golpe fue brutal. Irene quedó tirada en la calzada, una muñeca rota al lado de su bastón blanco.

Se acordó Iván, en un fogonazo, de la conversación mantenida contigo el día que te visitó en tu terraza.

–¡Me cago en la leche! ¡Es Leonardo!... ¡Leonardo! –repitió Iván, incrédulo por lo que había visto, excitado por ser testigo clave de un hecho semejante.

Se repuso con rapidez y arrancó el coche, que salió a toda velocidad del callejón. Al llegar a la altura del cuerpo de Irene le dijo a su novia:

–Paloma, bájate. Llama al *Samur* y a la policía. Voy tras Leonardo.

A Paloma no le había dado tiempo a reponerse y no comprendía de qué hablaba su novio, le ganó la responsabilidad de su futuro oficio de enfermera, bajó rauda para auxiliar a la víctima .

Se acercó al cuerpo de Irene, sin signos vitales tras posar la mano en la carótida, sacó su móvil del bolso para solicitar la venida de las asistencias, mientras Iván maniobraba subiéndose a la acera para sortear el cuerpo ensangrentado y aceleraba con estrépito perdiéndose en la noche tras la estela de Leonardo.

Las calles estaban tranquilas, sin automóviles circulando a aquellas horas intempestivas. Iván se concentró en visualizar el vehículo a la fuga.

Los semáforos cambiaban a rojo de formas progresiva en la calle. Solo había un coche parado ante uno de ellos, dos semáforos más allá de donde se encontraba Ostos, a la espera que pasara la señal al verde. Era un automóvil blanco, igual que el que había embestido a la mujer y su perro. Sin pensárselo dos veces aceleró y se los saltó en rojo, se colocó a su cola. En ese momento el semáforo cambió a verde y el

coche sospechoso arrancó a todo gas. Su conductor había observado por el espejo retrovisor la aproximación del coche de Iván a toda velocidad e intuyó que lo perseguía. Esa primera impresión se había confirmado segundos después al visualizar que Ostos pisaba a tope su acelerador y se pegaba a él.

El piloto del coche sospechoso, conocedor de la situación, se empleó a fondo. Se manejaba como pez en el agua por las callejuelas semioscuras hacia las que se desvió. Con una maniobra en el último momento, había girado bruscamente por una calle en dirección prohibida, amagando primero con tomar otra, y había despistado a Iván, que contaba con un viejo utilitario renqueante, parsimonioso y de frenos justitos.

El fugitivo había conseguido perder de vista e Iván, quien, desorientado, callejeaba por *Prosperidad* tratando de dar de nuevo con su rastro. Siguiendo su intuición, se movió en sentido contrario al que había tomado el vehículo desaparecido y a un centenar de metros, tras un giro obligatorio se lo topó inesperadamente y casi le golpeó en el parachoques trasero.

El auto estaba detenido en mitad de la calle al doblar la esquina. Iván frenó con brusquedad para no embestirlo, pisando con todas sus fuerzas el pedal. Se quedó a diez centímetros escasos del mismo. El joven, con el susto pegado al cuerpo, soltó un respingo que le alivió de la tensión del momento.

–¡Por Dios, qué cabrón! ¡Casi me la pego!

Antes de bajarse, esparció su mirada por los alrededores para comprobar si había alguien más y descendió con cautela, se dirigió a la parte trasera de su vehículo, extrajo la señal de precaución y la colocó antes del giro de aquella esquina, para protegerse de que algún otro coche lo embistiera.

Una vez cubiertas sus espaldas se acercó al sospechoso, mirándolo con detenimiento, y luego esparció su mirada por la calle. Por allí no había nadie y, del conductor fugitivo, ni rastro. El auto era un *Audi 100*, ¡Cómo para seguirlo!, pensó mientras miraba a su *Seat León* tuneado, con 180.000 kilómetros a sus espaldas.

El coche estaba cerrado y exhibía en su frontal las abolladuras de la colisión con la mujer ciega. Sintió un escalofrío al observar el impacto y recordar la imagen de la mujer tendida en el suelo, probablemente muerta, tal y como le había indicado Paloma con un gesto.

Sacó su móvil y fotografió la matrícula, luego pensó en llamar a la policía pero, cuando había marcado el primer número, cambió de opinión. Mejor sería avisar a Cuevas.

El primer intento resultó infructuoso. El número daba señal de ocupado. Así que telefoneó a Paloma. Más tarde intentaría localizar de nuevo a *El Astrónomo* y, si no lo lograba, avisaría a la policía del hallazgo del coche sospechoso.

Dio marcha atrás hasta llegar a la señal de precaución que había situado en la esquina y, por un momento, pensó en volver a meterla en el maletero. Pero, la posibilidad de una colisión de otro coche desprevenido e inocente le impulsó a dejarla donde estaba.

Se sintió bien Iván en su interior por su decisión.

No como otras veces, pensó. Sobre todo con aquel incidente que todavía no había olvidado. Le vino entonces a su mente. Como le ocurría varias veces al día. Ese era su secreto, que le abrasaba por dentro. Recordarlo le producía, a pesar del tiempo transcurrido, tanta vergüenza y culpa que, aunque no lo hubiera contado a nadie, era la verdadera razón por la que él quería ser un día policía. Alejó aquellos pensamientos de culpa mientras conducía de vuelta.

Aparcó en doble fila y se abrazó a Paloma en mitad de la calle desierta, junto al cuerpo ensangrentado de Irene, al que daba vueltas, una y otra vez, su desorientado perro *Lucero*. Tal vez a la espera de que su dueña se pusiera otra vez en pie.

Todavía se abrazaban cuando llegó por fin una ambulancia del Samur. Subieron el cuerpo al vehículo, éste arrancó y *Lucero*, aún más desorientado que antes, se quedó ladrándole al mismo.

Iván Ostos te llamó otra vez, *Astrónomo*. Pero, de nuevo, comunicabas. Entre tanto, él y su novia aguardaban a la policía. Ya no tardaría en llegar.

CAPÍTULO 42

Llevabas en la terraza varios minutos, discurriendo el plan para acometer tu propósito de telefonear a Julio Ribera tras descubirr su secreto. Por fin reuniste el valor para hacerlo.

Cuando recibió tu llamada, acababa de abandonar el coche en mitad de la calle. Había despistado por fin a un mocoso que andaba persiguiéndolo. Todavía nervioso, se preguntaba quién sería aquel chaval medio imberbe.

Caminaba por las aceras semioscuras pegado a los portales, donde le protegían las sombras. Así que, en cuanto descolgó y oyó tu voz, *Astrónomo*, se alteró sobremanera. Se puso fuera de sí, porque le habías descubierto y porque habías trastocado sus planes antes de tiempo.

–Julio... Lo sé todo... Ha sido terrible, terrible, lo sé... Entrégate, te ayudaremos ... –decías tú, una y otra vez.

Vomitó sobre ti todo el dolor acumulado durante tantos años. El horror de la herida abierta, que habías descubierto.

Te contestó controlándose apenas, intentando no levantar la voz para que nadie reparara en él.

–¡Que lo sabes todo! ¡¡Tú que sabrás, *estrellado*!! ¡No tienes ni puta idea de lo que es que te jodan la vida! –notaste su voz quebrada, cercana al llanto–. ¡Que te den por saco, una y otra vez, sin que nadie te ayude...!

En tu mente solo veías al pequeño Julio, un chaval de siete u ocho años, mientras su tío lo agarraba por detrás y le manoseaba la entrepierna, luego lo empujaba sobre la cama.

–Debió ser terrible, Julio... Lo siento muchísimo... Te ayudaremos.

Pero Julio estaba tremendamente alterado, para ti era muy fácil comprimir su cochina vida en tres frases políticamente correctas y arreglarlo. No era posible.

–¿Que me vais a ayudar? ¿Quién, la policía? ¡No te rías de mí, por favor! Escúchame... ¿A qué no sabías que yo tenía un hermano? Un

hermano pequeño..., se llamaba Daniel. Al principio mi tío solo abusó de mí. Cuando crecí, se centró en él. Dani no podía aguantarlo y se tiró por la ventana. Lo conté así a la policía, con doce años, cuando detuvieron a mi tío. Luego, echaron tierra al asunto, sobre todo cuando mi tío se les escapó en sus narices. Lo taparon para no hacer más el ridículo. ¡Y así se quedó! Mi hermano, sin justicia, y yo, ¡solo y traumatizado!

Te callaste, mientras extendías la mano y agarrabas del cuello al bourbon. Te lo trasegaste. Allí yacía toda la justicia del mundo.

–Solo Tania me ha ayudado en todos estos años, Alejandro. Ella me enseñó a ser hombre, después de tantos abusos y tantos traumas. Ella, ¡la pobre Tania! Y así terminó.

Dirigiste tus ojos al cielo. Contemplaste las estrellas ensangrentadas que rodeaban la cama de Tania, sus piernas abiertas colgando igual que las de un ahorcado. La media sonrisa entre ellas, una mueca, todavía dulce y dolorosa, en un mundo horrendo y despiadado.

Sin nada qué decir te endilgaste otro trago. Julio continuó.

–Y tú has sido un buen compañero, Alejandro, después de todo, aunque pudiste haber sido mucho más. Así que cuando me enteré del nuevo fiasco de Astorga, después de la tremenda sacudida por el asesinato de Tania, y para colmo lo tuyo, ya no pude más...

Miraste al cielo, seguiste dándole al *Old Ripy*.

–Me había hecho policía para arreglarlo... Qué sarcasmo, ¿verdad, Alejandro?

Te había golpeado donde más te dolía. Porque tú también estabas en la policía por tu secreto, aunque nunca se lo hubieras dicho a él, ni a nadie, excepto a Irene.

Así que, en vez de hablar de ti, retornaste a tu prudencia. Tratando de minimizar los daños que vendrían en el futuro si tu compañero no se detenía.

–Julio... Es terrible que tus padres fueran atropellados y se quedaran sin justicia y vosotros, huérfanos y solos, a merced de tu tío. Tus padres no regresarán, ni tu hermano, ni Tania, por mucho que tú te vengues; los inocentes no son culpables ... ¿no es así?

–La idea me la proporcionó uno de tus héroes, de tus estrellas…, Alejandro. El padre de Leonardo lo consiguió, ¿verdad? Él buscó perder la vida a manos de su hijo, pero le aseguró cuidados para siempre... Por cierto, lo hemos detenido de nuevo e ingresado en su centro, bien atendido... Ahora sabes que es inocente... que no es el atropellador.

Esperó en silencio tu respuesta. Probablemente supuso que el impacto de la revelación de su confesión te había noqueado. Así que continuó:

–Me inmolaré. Temblará la policía cuando se conozca mi historia. Coge papel y escribe lo que te dictaré... No tengo mucho tiempo.

Tu compañero había jugado su partida y los dados rodaban sobre la mesa. Tú, con el viejo *Parker* en la mano te preparaste.

–Listo, Julio. Pero, antes, contéstame. ¿Qué dices de los inocentes, Julio? De los asesinados, de los que asesinarás...

–Nadie más inocente que mi hermano, que mis padres atropellados, que Tania, que yo mismo..., ¿no crees? Fíjate en las víctimas: un anciano, un drogadicto, un minusválido esta noche... Les hago un favor, anticipo su marcha de este estercolero donde a nadie les importan... ¡Escribe...!

Entendiste que nada le persuadiría para cambiar su decisión.

–Es un mensaje para Chamorro.

Empezaste a tomar nota.

–Chamorro, espero que traslades mi historia a los medios, con todos los fallos policiales puestos de relieve. Si no, lo haré yo y será peor. El atropellador de mis padres, el cabrón de mi tío, que se os escapó dos veces, no pueden seguir regodeándose. Y en ese departamento de *Asuntos de Larga Duración,* al que tú me bloqueaste el paso siempre que lo solicité, ¡no habéis hecho absolutamente nada!

Notabas cómo Ribera quería gritar de indignación, desahogarse, después de tanto tiempo. Su situación, huyendo silenciosamente pegado a las paredes de las aceras, se lo impedía. Te llegaba toda su rabia, toda su tensión, aunque fuera en voz baja.

–Y, mientras solucionáis el pasado, ¡arreglad el presente! Quiero recalcarte esto, Chamorro: ¡no me entregaré hasta que el asesino de

Tania esté entre rejas! Te has fumado un puro mirando a otro lado con este caso. Por cada semana que pase sin que lo arrestes atropellaré a una persona. Solo me comunicaré con *El Astrónomo,* mi único amigo, después de todo.

–Julio... Me encargaré de enchironar a ese cabrón. ¡Te lo juro! ¡Aunque me enfrente a todo el Cuerpo por ello! ¡Aunque no me den el caso! ¡Y aunque sea lo último que haga!

–Tú eres el único que puede hacerlo, Alejandro. Sé que acabaré mi vida detrás de los barrotes. Adiós, amigo.

Julio colgó. Seguro que algún coche se acercaba. Te hubiera gustado despedirte de tu compañero. Mientras lo escuchabas te tocaste el plexo varias veces y, cuando colgó, rogaste a Dios que te diera vida suficiente para enjaular al asesino de Tania, tal y como le acababas de prometer.

Sí, un coche se acercaba por donde deambulaba Julio y aminoró su marcha. Este se pegó todavía más a las sombras de los portales, expectante. El coche retomó su velocidad normal. A partir de ahora viviría siempre alerta. Era la presa de una cacería implacable.

Miraste la cuartilla, que la encabezabas con «Nota para C.C.», y recordaste, en un fogonazo, que Comisario Chamorro coincidía con las iniciales de una de las referencias de la agenda de Tania. ¡La última y más importante!

–¡Hijo de la gran puta...! ¿Cómo no he caído antes? Pensaba que se trataba solo de tirria...

¡Habías sido un auténtico estúpido! Buscaste con rapidez la galería de fotos en tu teléfono hasta que localizaste las que le hiciste a la agenda rosa de Tania y confirmaste tu intuición.

«CC» se correspondía con las iniciales del último amante de Tania. Del amante clave para la investigación. Todavía podían verse, más bien adivinarse, debajo de las que alguien había puesto encima de ellas con el mismo bolígrafo que Tania llevaba en su agenda. Sí, alguien había sobrescrito sobre ellas, remarcándolas con un trazo grueso de tinta, aquellas nuevas iniciales «AC» que coincidían con las tuyas, Alejandro Cuevas, y que eran las únicas que se leían claramente en la agenda.

Dada tu antigua relación con Tania, alguien sospecharía que habías sido su último amante y asesino, ya te lo había deslizado el comisario en forma de velada amenaza.

¿Y quién podía haberlo hecho antes de que las pruebas llegaran a Pinilla y a Fortes? Precisamente el propio Chamorro que, al ser Jefe de la Unidad, recibía todas las pruebas previamente. Él había sustituido CC por AC, sin duda. Para hundirte. Aunque todavía no podías demostrarlo.

La lógica te encaminaba a la misma conclusión que tu intuición: si las cosas se ponían mal, Chamorro te acusaría formalmente, no solamente por las iniciales de tu nombre en la agenda de Tania, sino por las llamadas a la muchacha el día que murió desde el número del móvil de Leonardo, un caso gestionado por la *comisaría de Carabanchel* y, fundamentalmente, por ti. Ese teléfono había desaparecido del depósito custodiado por tu contacto Curro, precisamente durante las fechas del crimen.

Las pruebas circunstanciales te machacarían, no disponías de coartada.

La identificación del atropellador, por otra parte, te afligía de modo terrible, tras haber escuchado la confesión de Julio de su propia boca, y sus condiciones para entregarse. Tu objetivo no podía ser otro que dar con el asesino de Tania para evitar otra ola de atropellos a manos de tu compañero. Antes debías de anular a Chamorro o, al menos, que él no te atrapara a ti, porque podía acusarte y encerrarte en cualquier momento y, aún peor, acabar contigo para que no siguieras investigando.

Sentiste una furia ascendente que te devoraba.

–¡Cabrón! ¡Cabrón! ¡Voy a ir a por ti!

Hasta entones, solo la culpa había habitado en tu interior. Ahora, su hueco se iba recubriendo de la esperanza de volver a estar con Irene. Y de la sed de justicia que se inflamaba, como un pulmón en llamas, dentro de ti.

CAPÍTULO 43

Iván Ostos permanecía junto a Paloma en la acera junto al cruce fatídico. Iván lo intentó de nuevo: sacó su móvil y te llamó. Ya habías terminado de hablar con Julio Ribera.

–¿Sí? –contestaste.

–Alejandro, soy yo, Iván Ostos, del supermercado... ¡Parece que Leonardo la ha vuelto a hacer...! ¡Acaba de atropellar a una mujer ciega hace unos minutos..! ...Sí, ciega, llevaba un bastón blanco... ¿Dónde? ...Pues en la calle del *Pintor Ribera*... ¿El número...? El número, pues no lo sé, ¿Paloma, qué número es el del portal?... Es el 19, Alejandro... ¡Alejandro! ¡¡Alejandro!!... ¿Qué ocurre?

Te sentaste conmocionado en el escritorio a medida que avanzaban los detalles que te trasladaba Iván Ostos y venían a tu mente las palabras de Ribera respecto a su último asesinato: un minusválido, había dicho. La evidencia te clavó su puñal, hasta el fondo. ¡¡Se te hundió hasta el alma!!

Te tapaste los ojos y abriste la boca, pero sin lograr producir sonido alguno. No te cabía aquel inmenso dolor dentro, pero tampoco te liberabas de él.

Por fin, sobre el cielo estrellado, se oyó un alarido desgarrador, sobrehumano que, brotó de tu garganta, rompiéndola a su paso.

–¡¡¡Nooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooo!!!

Iván y Paloma esperaban abrazados en la acera, todavía resonaban en los oídos del muchacho los ecos de aquel grito conmovedor.

Lucero ladraba y arrastraba su correa mientras olfateaba las manchas rojas.

Por fin llegó un coche de la policía y se detuvo frente a ellos. En aquellos momentos salía del portal la madre de Irene a la que un vecino había avisado.

Acabaron prestando declaración en la *comisaría de Chamartín*, donde la madre de Irene, al escuchar los detalles de lo ocurrido, sufrió un desmayo. Paloma e Iván la agarraron.

–Peor será cuando tenga que reconocer el cadáver –pensó el policía que les tomaba declaración.

Miró al vecino.

–Yo no sé nada, ¿eh? Yo solo pasaba por allí –musitó este por si acaso.

Dos agentes la llevaron a urgencias para que la chequearan, mientras otra pareja trasladaba en su coche policial a Iván hasta el vehículo del sospechoso, abandonado en mitad de la calle, tras la señal de precaución colocada por el joven.

En cuanto Iván regresó de la diligencia, la policía lo condujo a reconocer el cadáver que yacía en los depósitos del *Hospital de la Princesa,* en la calle *Diego de León*. Lo llevaron con la madre de Irene, que ya había asimilado en parte lo ocurrido, su novia Paloma, y el vecino, por supuesto, que se había incrustado en sus vidas igual que los percebes lo hacen en las rocas del acantilado marino.

Y allí apareciste tú, *Astrónomo*. Eras el espectro de tu dolor. No dijiste palabra, ni te preguntaron nada al verte demacrado, con el rostro tan pálido, tan macilento, como el de la pobre Irene. Después que reconocieron el cuerpo destrozado de la muchacha en el depósito, donde tú habías aparecido con la vana esperanza de que todo fuera un error, cogiste del brazo a su madre.

–Amelia, déjeme que la lleve a su casa

Al pasar junto a Iván Ostos lo miraste.

–Gracias, Iván. Hoy sí que has hecho un gran servicio.

Iván pensó que habías descubierto el secreto que envenenaba su vida.

Se quedó en silencio y preocupado mientras te veía alejarte con Amelia hacia tu coche para llevarla a su casa.

Amelia te invitó a tomar un vaso de leche en ella. Hablasteis un poco.

–Esto que ha pasado hoy, yo siempre lo tuve en la cabeza, Alejandro. Que podía pasar –añadió compungida–. Este mundo no está hecho para los ciegos. Ha ocurrido en el peor momento. Anoche mi hija estaba contentísima. Igual que cuando salíais juntos.

Te diste cuenta de que te hubieras llevado bien con ella.

–¿Por qué las cosas se estropean cuando mejor están? –le susurraste

lleno de dolor.

–En el fondo, Alejandro, siempre ocurre así... –dijo la mujer entre lágrimas–. Hubiera preferido que me ocurriera a mí.

A ti tampoco te hubiera importado desaparecer. La vida, sin ella, no tenía sentido. Aun así debías resolver asuntos importantes. Lo habías jurado.

Regresaste de la casa de Irene tarde. Llegaste a la tuya pasadas las tres de la mañana.

El vaso de leche te había sentado bien, aunque se estaban pasando ya sus efectos. Cogiste la botella de *Old Ripy* y te dejaste caer en el escritorio. El cielo, al otro lado de la cristalera, era un océano turbio y carente de vida.

Tu rostro se hallaba desencajado de dolor y furia. Por eso te endilgaste un vaso de un solo trago. Y luego otro. Hasta que llegó la depresión. La furia dejó paso a la resignación, igual que tantas otras veces. Luego a la tristeza, que se convirtió en nostalgia. La de un tiempo que podría haber sido y ya no lo sería.

Abriste el cajón y cogiste la carpeta. Buceaste entre sus papeles. Hasta el primero que un día guardaste en ella. Era la carta que Irene te escribió hacía veintitrés años, cuando decidió abandonarte, ahora sabías el porqué.

Cogiste el viejo *Parker* y escribiste, debajo del nombre de la muchacha, un par de frases.

«Los buenos nunca se van, se quedan siempre con nosotros. Y se convierten en estrellas. ¡Sin duda para hacernos mejores!».

CAPÍTULO 44

La mañana era nubosa y con viento en el cementerio de *La Almudena*. Alrededor de la tumba de Irene, se congregaba un grupo de unas treinta personas. La mayor parte de ellas ciegas. Estaban también, Iván Ostos con su novia Paloma, y Felisa que la conocía de cuando salía contigo.

Los enterradores bajaron la caja donde reposaba el cuerpo de tu novia. Predominaba un silencio cortante, solo se escuchaba el ruido producido por el deslizamiento de las sogas. Cuando terminaron, arrojaste unos claveles blancos a la tumba.

La madre de Irene lloraba, mientras exclamaba:

–¡Adiós, Irene, hija mía! ¿Por qué, por qué? Tú no te merecías esto. ¡Sino vivir por fin!

Te acercaste y la abrazaste. Los enterradores echaron tierra a la tumba, luego la sellaron. Los asistentes se dirigieron a dar el pésame a Amelia, la madre de Irene; Felisa, Iván, y su novia Paloma, también te lo dieron a ti.

Iván buscó un aparte contigo.

–Alejandro, ¡mucho ánimo! Que sepas que te admiro. Quiero ser policía. Tú tienes mucho que ver en ello.

Le pasaste la mano por los hombros.

–Iván, sabes que no serás un buen policía hasta que hagas antes una cosa. Y ya sabes cuál es, ¿verdad?

Iván se sobresaltó al oírte. Enmudeció unos segundos y por fin te contestó:

–¿Desde cuándo lo sabes?

–Desde ahora, tú me lo has confirmado. La otra noche, en los soportales de General Ricardos,cuando nos encontramos en el mismo lugar de los hechos, justo al salir de ver a mi madre, y con una luz similar, me pareciste que eras tú, pero no estaba seguro.

Iván enrojeció, había sido muy torpe frente a un detective

experimentado. Pero ahora casi lo agradecía: el quitarse aquella carga, aquella culpa.

Tú le volviste a pasar el brazo por los hombros.

–Un intento de violación es muy serio. Aunque no participaras. Es más, aunque te horrorice esa acción, estoy seguro de que lo sientes. Aquella noche uno de tu pandilla quiso abusar de una chica bebida y sola en un banco de los soportales de la calle. Tú no se lo impediste. Ni lo denunciaste ni me lo comunicaste, que llevé la investigación junto a la Comisaría de Carabanchel. Si quieres ser un buen policía dime quién fue. Te sentirás mejor.

Sentiste el temblor del muchacho. Sacó el móvil del bolsillo, buscó el contacto y te lo mostró.

–Es un primo mío, se llama Antón. Había venido de Barcelona a pasar un fin de semana con nosotros. Bebió mucho aquella noche y se sintió impune. Sé que está arrepentido, pero es imperdonable. Aquí tienes el teléfono y su dirección. Discúlpame, lo tenía que haber hecho mucho antes.

Sacaste tu teléfono e hiciste una foto.

–¿Era menor cuando ocurrió?

–Sí, lo éramos todos.

–Me alegro, le vendrá bien en todo caso para arrancar de raíz ese tipo de comportamientos. Y a ti, que cometiste una falta no tan grave, me encargaré de que se te valore, como mitigante, tu colaboración. Aunque tendrás que penar por ello.

Iván calló. Le dolía delatar a su primo, pero se liberaba de la culpa. Además, lo más importante era que la víctima se sentiría reparada al ver que la justicia funcionaba. Él penaría, arrepentido, lo que le ordenara le ley.

Tú le diste un abrazo para despedirte de él.

–Hoy ha sido un día muy importante para ti, Iván. Serás un buen policía un día. Yo te buscaré una estrella en el cielo de mi terraza para ti, para que siempre te alumbre.

Iván se fue emocionado a reunirse con su novia. Buscaste a la madre

de Irene, que se despedía de los últimos asistentes, para acompañarla a la salida y llevarla con tu coche a su casa.

Al final del paseo observaste a Pinilla y a Fortes fumando. Una culebrina de preocupación cruzó tu rostro. En cuanto levantaste la cabeza y tu mirada se cruzó con la de ellos, Pinilla te hizo un gesto para que te acercaras. El grupo de asistentes se desintegró. Los últimos en abandonar el lugar de la tumba fuisteis la madre de Irene y tú. Al llegar a la altura de Pinilla y Fortes, el primero te soltó con regocijo apenas disimulado:

–¡*Astrónomo*, acompáñanos!

–¿Por qué? –soltaste retador–. Ahora estoy ocupado, ¿no lo veis?

Pinilla optó por contestarte suavemente pero firme.

–No es voluntario, Alejandro. Vamos a detenerte…

–¡¿Detenerme, por qué?! –te encaraste.

–Por el asesinato de Tania Belinda –te escupió con una sonrisa en los labios.

–¿Quién lo dice…? –le espetaste, bien apoyado en tus piernas abiertas.

–Órdenes de Chamorro. Y del juez, por supuesto.

–Ah, Chamorro, claro, –reflexionaste en voz alta, el muy cabrón no había perdido el tiempo, desde luego–. Dejadme que me despida de ella.

Te apartaste unos pasos y le diste dos besos a la madre de Irene.

–Amelia, voy a aclarar esta confusión. Coja a la salida un taxi… Ya hablaremos.

Mientras, sentías que tu cuerpo se te encogía, preocupado por lo que te esperaba. Solo un instante después te sonó el móvil en el bolsillo. Pinilla y Fortes te permitieron sacar el teléfono. Luego te apresarían y habría terminado todo para ti. Tu cara, sin embargo, recuperaba el color, a medida que escuchabas.

–¿Y en qué dirección esta usted…? –se te oyó decir.

Colgaste y te dirigiste de nuevo a donde Pinilla y Fortes. Tu figura era otra. Más llena de vigor. Te acercaste decidido. Decían que Dios apretaba, pero no ahogaba y te había concedido una pequeña

oportunidad de sobrevivir.

–Oye, Pinilla, ¿me enseñas la orden del juez?

Pinilla te enseñó primero una sonrisa de suficiencia.

–¿Qué pasa, no te lo crees, *Astrónomo?*

Pinilla se echó mano a la chaqueta. En ese momento le pegaste un rodillazo demoledor a Fortes en la entrepierna que le hizo hincarse de rodillas, sacaste tu pistola de la sobaquera y encañonaste a Pinilla.

A Pinilla se le convirtió la sonrisa en mueca cuando vio el agujero negro del cañón a la altura de sus ojos. Se quedó pasmado y aprovechaste para quitarle entonces de sus manos la orden judicial.

–De rodillas, amigo. Y con los brazos en alto.

Los detectives quedaron arrodillados entre dos mausoleos. Era un lugar discreto, ajeno a las miradas de los curiosos. Te tocaste luego el plexo, te notabas cansado después del esfuerzo, pero continuaste tu faena sin dilación y los desarmaste. Luego le entregaste unas esposas a Pinilla y le ordenaste con voz cortante y dura.

–¡Esposa a Fortes. ¡Venga, rápido!

Pinilla, mientras lo hacía, empezó a mascullar entre dientes.

–Te la vas a cargar, *Astrónomo.* Y lo sabes.

Sin contestarle remataste el trabajo. Los detectives quedaron en el suelo ocultos entre los mausoleos, de rodillas, esposados con las manos a la espalda y trabados entre ellos con un cinturón que engarzaba las cuatro muñecas.

–Cabrón. Cuando te pillemos te vamos a ahostiar... –exclamó, rabioso, Fortes.

Tú, con la situación controlada, por toda respuesta los empujaste lateralmente y cayeron al suelo maniatados. Los amordazaste con sus bufandas. A continuación, saliste corriendo hacia la salida del cementerio, mientras oías la voz de Pinilla a tu espalda cada vez más lejos, intentando gritar a través de la mordaza sin lograrlo.

–¡*Astrónomo*, te juro que te machacaremos...! ¿Me oyes, cabrón?... ¿Eh? ¿Nos oye alguien?

Mientras te alejabas, recordaste en un flash la definición que un

profesor te dio en un curso de criminología:

–Un crimen perfecto no es el que no se resuelve, sino aquel que lo hace con un falso culpable.

Eras el cabeza de turco que podía cerrar, para siempre, el asesinato de Tania.

CAPÍTULO 45

Tenías aparcado el coche junto a las tapias del cementerio. Llegaste corriendo, exhausto por el esfuerzo. Lo abriste y entraste en él. Lo primero que hiciste fue tocarte el plexo, mientras tomabas un respiro, arrancaste, a la par que mirabas por los espejos comprobando que nadie te seguía. Después, marcaste un número en el teléfono sin manos del vehículo. Mientras escuchabas el timbre, y con todo controlado, aceleraste hacia el centro de la ciudad.

Rápidamente te pasaron la comunicación con quien necesitabas hablar.

–Señor notario, soy Alejandro Cuevas. Me acaba de llamar. ¿Podría visitarlo ahora?

Aquella llamada que habías recibido de la notaria había dado un giro al curso de los acontecimientos. Y, por ella, te habías rebelado contra tus compañeros.

Sí, en aquellos momentos, Pinilla y Fortes trataban de convencer a una señora que pasaba por allí, y que los observaba incrédula, mientras trataban de explicarle a través de la mordaza que eran policías y que perseguían a un peligroso criminal.

Tu coche lo aparcaste en pleno barrio de *Salamanca*, estacionando en una de sus calles emblemáticas, *Núñez de Balboa*, el *conquistador* que fue acusado de traidor por sus compañeros precisamente, y decapitado tras un juicio sumarísimo. Te recorrió un escalofrío pensarlo, cuando levantaste la cabeza para recordar la calle y el número donde lo habías aparcado.

Te dirigiste al lugar de tu cita, una vez allí, te dispusiste a esperar: te juraste que tu final no sería el de *Núñez de Balboa*, a continuación te apostaste tras una columna, en el parking subterráneo del edificio, lleno de sombras.

El hombre que esperabas entró en el aparcamiento. Dobló hacia su plaza y aparcó. Salió del auto, cuando se giró en dirección a los ascensores te aproximaste a él. Una vez a su altura lo agarraste por el

brazo. Notaste su sobresalto. Se había asustado. Trataste de tranquilizarlo.

–No se asuste, juez Vázquez, soy Alejandro Cuevas –y te detuviste bajo un foco del techo para que te viera, el juez era un hombre cercano a la vejez–. Solo quiero hablar con usted.

Era el magistrado del *Juzgado de Instrucción 21*, que instruía el caso de Tania. El juez se revolvió y apartó tu brazo del suyo. No le había gustado nada aquel abordaje en la penumbra del garaje. Aunque tú sabías, por otros casos en que habíais trabajado juntos, que te apreciaba.

–Poseo información relevante sobre el caso de Tania Belinda –dijiste.

Después subisteis en el ascensor. El despacho del juez Ignacio Vázquez–Zúñiga en su piso era una prolongación del oficial. Pulcro y ordenado. Solo unos cuantos dosieres, perfectamente alineados a ambos lados de la amplia mesa.

–¿Y bien…?

Te sentaste al otro lado de la mesa en una silla cómoda, mucho más pequeña que el imponente sillón del juez.

–Esta es la documentación que me ha entregado en su despacho el notario Rodolfo Sanchís, que me llamó hace un rato. Tania me nombra albacea de sus bienes hasta que venga su familia de Colombia, a la que he de avisar. Tania le entregó al notario una carta sobre sus temores respecto a su último amante, a la sazón el comisario Chamorro, indicándole al fedatario público que me avisara si le ocurría algo, temía por su vida.

–¿Un notario…? –el juez mostró su extrañeza de que una chica como Tania hubiera hecho diligencias con un notario.

–Conocía a gente importante en su oficio, policías, notarios, a lo mejor, jueces, que le aconsejaban…

El juez Vázquez-Zúñiga carraspeó, y no insistió. Alargaste la mano hasta el centro de la mesa y el juez recogió los papeles. Acto seguido buscó sus gafas para la presbicia, guardadas, impolutas, en un estuche en su primer cajón del escritorio. Se las ajustó y empezó la lectura de los documentos, concentrado. Cuando finalizó, se quedó mirándote a

los ojos.

–Está bien, Cuevas. Estos son indicios. Indicios potentes, claro. No pruebas concluyentes. ¿Qué hay de la agenda de la finada?

Tú sabías que proseguiría por ahí, por supuesto: la orden de tu detención que él había firmado se habría basado en las iniciales del nombre del último amante de Tania en su agenda, y en las pesquisas de las que le habría informado Chamorro sobre las llamadas al teléfono de Tania desde el móvil de Leonardo, un caso gestionado por ti.

–Vea estas fotos –y le acercaste tu móvil para que el juez las observara–. Mire cómo las iniciales originarias del nombre del último amante de Tania eran CC, todavía se pueden distinguir. Agrande si quiere la foto –el juez resistiéndose un poco, acabó agrandando con sus dedos la imagen para observarla mejor–. Aunque, como verá –añadiste persuasivo– están corregidas a posteriori a AC, con el mismo bolígrafo, por supuesto. AC de Alejandro Cuevas...

Notaste que el juez iba a replicarte y te adelantaste.

–Se me acusa de que entré en las oficinas de la *Especial* aquella noche para cambiar las iniciales. Yo no las modifiqué. Alguien lo hizo antes. ¿Quién recibe las pruebas de los casos de nuestro grupo?

Ahora se te adelantó el juez, no dio respuesta a tu pregunta. Comentó de modo mesurado y precavido.

–Interesante, pero tampoco concluyente.

El juez iba con pies de plomo. Volvió a inquirirte:

–¿Y qué pasa con las llamadas de teléfono al móvil de la víctima ?

–Efectivamente. Me trataron de implicar con la utilización del teléfono móvil del acusado de uno de mis casos. Concretamente el de Leonardo Herranz, el enfermo esquizofrénico que mató a su padre y vecino mío. Alguien de la policía, que accedió al archivo de las pruebas de cargo, intenta involucrarme. El titular de las iniciales CC, sin duda. Vamos, quien usted y yo intuimos.

El juez te sondeó con su mirada y afirmó cortante:

–Eso es solo una intuición. Y no mía. Sino suya –luego se rascó la

punta de la barbilla y prosiguió–. No niego que a la luz de lo que me aporta, se le exonera en buena medida de su imputación en el asesinato de la muchacha, si se toma en cuenta la documentación notarial que me ha presentado.

Luego extendió el índice y concluyó su razonamiento.

–Por otra parte, no veo indicios suficiente para imputar a nadie más en su lugar. Sería una acusación muy general contra la policía. Nada concreta sobre una persona en particular. Usted no aporta pruebas precisas contra él.

Respiraste con alivio. Conocías bien al juez Vázquez-Zúñiga y sabías que, en su interior, se sentía mal porque había firmado una orden de detención contra ti, otorgando un voto de confianza al comisario Chamorro y, ahora, con las pruebas que habías presentado la situación se volvía en su contra. No soltaste la presa y te la jugaste.

–Lo sé –reconociste–. En base a todo esto le pido un favor.

El juez te contestó con rapidez.

–Yo soy un servidor de la ley. No hago favores.

CAPÍTULO 46

Eran las once y media de la noche cuando abandonaste la calle de *Núñez de Balboa*. Apartaste de ti los malos pensamientos y giraste por *Diego de León* para tomar *Francisco Silvela*. En el cruce de ambas calles, estaba el *Hospital de la Princesa*, donde había estado depositado el cuerpo de Irene, un violento golpe de dolor hizo que te llevaras la mano al pecho.

Apretaste los dientes con la furia que se había instalado en tu interior y apartaste de un manotazo una incipiente lágrima que amenazaba con emborronar tu visión, mientras tratabas de concentrarte al máximo en lo que harías a continuación. Te dirigías a la *Plaza de Ventas*, el recorrido fue un viacrucis cuyas estaciones eran los cines que ya no existían, en los que tantas veces habíais juntado Irene y tú vuestros corazones en una misma visión del mundo, un mundo que no regresaría.

Mientras bajabas la calle de *Alcalá* descubriste que no temías a la muerte. Es más, no te importaría buscarla y atravesarla de una vez. Cruzar la última pantalla y acceder a la trastienda de la vida, donde acababa de llegar Irene. No tenías nada que perder. Nadie te podía quitar nada más. Así que alargaste la mano y marcaste el número que iniciaría la cuenta atrás de los acontecimientos.

En cuanto oíste su voz le hablaste con determinación, con la ira contenida de todo lo que llevabas dentro.

–Chamorro, escúchame muy bien.

El comisario te tenía ganas.

–*Astrónomo*, cabrón, cuando te echen el guante Pinilla y Fortes te vas enterar.

Hablaba con el anticipado regocijo que sentiría cuando tu caza diera fin. Le hablaste con frialdad, sin reaccionar a su insulto ni su amenaza, y con la profesionalidad por la que él te envidiaba.

–Estoy pensando en entregarme, aunque soy inocente. Ya me defenderé ante el juez. Solo me entregaré a ti, ya que eres mi superior. Iré solo y quiero que vengas solo. Si no, no hay trato...

A Chamorro lo del juez y el juicio le preocupaban poco. Se había puesto muy contento, ante la oportunidad de echarte el guante. Notaste sus ansias por atraparte, su apremio en cerrar el trato.

–Está bien... ¿Dónde...?

Julio Ribera, vagaba por las penumbras de las calles. Todo se había precipitado a raíz de tu imprevisto descubrimiento de su pasado y que averiguaras a continuación que él era el atropellador. Le había desconcertado.

Antes de empezar su cadena de atropellos, había alquilado un discreto apartamento en la calle *Fundadores* a un soltero, pastor de pueblo, que vivía en *Esplegares*, un diminuto pueblo perdido en Castilla La Mancha, que lo había comprado para su jubilación. Ribera pagaba el alquiler en negro al dueño, así no quedaba ningún rastro. Era un apartamento alquilado en documento privado, en el que él le satisfacía también al propietario directamente los consumos de los servicios, sin que su nombre y, por tanto, su identificación estuviera en registro alguno, excepto en una copia del contrato de alquiler que guardaba el pastor en *Esplegares*.

Podía haberse alojado en alguna de las pensiones de mala muerte del Centro, rodeando la *Plaza Mayor* o la *Gran Vía*, donde había propietarios que le debían favores. Sabía él que, en condiciones normales, no hablarían ni lo delatarían, todo dependería al final de la fuerza de la bota que les apretara el pescuezo contra el pavimento en un interrogatorio.

Era un edificio de cinco pisos, con dos apartamentos por planta, mayormente parejas sin hijos, divorciados o solteros, gente a la que no le gustaba ni siquiera cruzarse con alguien en la escalera. Ribera vivía en el quinto y compartía rellano con un jubilado y divorciado, lector empedernido según le explicó su casero, que no salía de su vivienda, se pasaba el día entero leyendo libros, y odiaba la televisión. Por esa

parte Ribera quedaba tranquilo en cuanto a su anonimato.

Lo que no aguantaba Ribera era vivir encerrado todo el día. Por su temperamento, inquieto y ansioso, necesitaba salir a la calle, sentir el aire en su cara y caminar observando a la gente, preguntándose a sí mismo, cada vez más a menudo, qué secretos guardarían en su interior aquellos seres anónimos y aparentemente pacíficos con los que se cruzaba por las aceras.

CAPÍTULO 47

Nada más terminar la conversación con Chamorro, aparcaste el coche en la calle *Sancho Dávila* y entraste en el parque, por donde no había valla. Era uno de los más recónditos de Madrid, sobre todo en sus orígenes, antes de añadirle los desmontes que efectuaron durante la construcción de la *M-30*, allá por los años setenta. Allí existía una fuente, con fama de agua medicinal que le daba nombre, *La Fuente del Berro,* en la que unos pavos reales abrían su cola, majestuosos, de auténticos arco iris, y un estanque a la sombra de los sauces, donde se solazaban una docena de cisnes blancos que, a aquellas horas, se recogían en una casucha en su ribera entregados a los brazos de Morfeo.

Chamorro, precavido y cobarde, no hubiera accedido a una cita a solas contigo si no hubiera sentido que tenía todos los ases en su manga. Y tú se los diste.

Llegaste al estanque, el lugar de vuestra cita. Una gran oscuridad te rodeaba. Avanzaste un par de metros fuera del cobijo de los sauces para que te llegaran algunos rayos de la farola cercana a la fuente.

Sentías a tu espalda el ligero oleaje de las aguas empantanadas del estanque, con sus crestas bañadas por la luz plomiza y difusa, que las asemejaban a escamas plateadas de serpientes que reptaban amenazantes y silenciosas a tu encuentro. Chamorro apareció detrás de ti, igual que un reptil al acecho. Llevaba una pistola con silenciador en la mano.

–¡*Astrónomo,* date la vuelta! –le oíste por fin a tu espalda, con su voz chirriante y autoritaria, mandona.

Te giraste. Miraste a su pistola, que no era la del cuerpo, sino una *Beretta* más ligera, probablemente una *Pico*, ideal para distancias cortas, coronada por un tipo de silenciador que no habías visto nunca.

–No es necesario, voy desarmado, mira... –y mostraste tus manos y, lentamente, la sobaquera.

Chamorro no bajó el arma.

–Aquí estamos a la vista. Métete ahí, entre esos dos arbustos –escupió.

Bordeasteis el estanque y, bajo los sauces, quedasteis entre los dos arbustos, uno frente al otro, a unos tres metros de distancia.

–¡Eres un auténtico gilipollas! –y levantó su pistola contra ti apuntando directamente a tu pecho.

Tú no te alteraste. Le hablaste con una tranquilidad pasmosa, masajeabas el enorme ego de tu adversario.

–Sé que fuiste tú. Pero no entiendo el porqué.

Chamorro sonrió. Con todo controlado y a su favor, te quiso dar una última lección de lo que es un jefe, cosa que él pensaba que nunca llegarías a ser.

–Ah, Cuevas. Por eso nunca has llegado a nada, a pesar de tus cualidades. ¿No lo entiendes? Me hacías sombra y, cuando uno es el jefe, siempre tiene que quedar por encima de todos. ¿Por qué os la ibais a tirar solo Ribera y tú, con lo buena que estaba?

Sentiste que el pecho te ardía de rabia, luego no pudiste impedir que esta te subiera a la cara, enrojeciéndola. Chamorro lo notó y continuó ufano, abundando en los detalles.

–Cuando estábamos juntos, me salía respondona. Me hacía sentir inferior, decía que tenía que aprender a jugar, a divertirme, la muy puta... Que no sabía hacerlo. Y que me enseñaría. ¿Qué te parece? Le tuve que dar su merecido, por supuesto. Por eso y por otras cosas que no voy a contarte.

Chamorro se acercó entonces un poco más hacia ti y amplió la abertura de su sonrisa.

–Ahora acabaré contigo, que eres un romántico perdido y un imbécil, haré lo mismo que con ella, y se cerrará el círculo.

Apuntó su *Beretta* hacia tu corazón. Le sorprendió que le devolvieras la sonrisa.

–Yo diría que queda muy abierto. ¿Por qué no levantas las manos?

Chamorro se giró y vio a unos pasos detrás de él a un agente apuntándole a la cabeza.

–¡Tira el arma, Chamorro! –espetó, seco, el policía.

–¡Pinilla, Fortes! –gritó alto y fuerte el comisario–. ¿Dónde estáis?

Otro agente salió de las sombras y empujó a la luz a los dos inspectores esposados.

Detrás de un arbusto apareció el juez Vázquez–Zúñiga, junto con otro agente armado que apuntaba a Chamorro.

–¡Arréstenlo! –ordenó el juez.

Viéndose burlado y sin salida, el comisario Chamorro se revolvió e intentó dispararte.

–¡Jódet...!

No finalizó la frase. Fue abatido por los disparos de los dos agentes, cayó de bruces.

A la luz de la farola se contemplaban los mocasines *beefrold*, más sucios que nunca.

Te acercaste a su cuerpo inerte y te oyeron decir:

–Jodido prepotente. No te merecías a Tania.

CAPÍTULO 48

Aquella mañana Julio salió de su guarida para comprar los periódicos del día, que suponía hablarían de él. Había visto en el primer informativo televisivo de la mañana un resumen de las noticias. Le habían alegrado el comienzo de la jornada. Quería saber más, donde hallaría todos los detalles de las mismas que él buscaba sería en la prensa.

Iba contento, todo se desarrollaba a su favor. Había mantenido el teléfono apagado, para que no hubiera rastro de la señal del satélite. También había pensado llamarte desde otro punto alejado respecto a su guarida de la calle *Fundadores*.

Salió Ribera a la calle disfrazado con unas barbas negras y pobladas, peluca de cabellos largos del mismo color y gafas anchas de sol, su cuerpo embutido en un uniforme de profesor universitario de sociología, compuesto de trenca, vaqueros y zapatillas deportivas. Lo opuesto a lo que se esperaba de un inspector de la policía.

–Deme *El País, el ABC y El Mundo* –le pidió al quiosquero.

La lectura de los titulares le confirmó su alegría, su gran victoria final sobre el e*stablishment* del cuerpo de policía; el terremoto, en definitiva, que él buscaba.

La guinda adicional se produjo cuando conoció la muerte de aquel comisario corrupto e indeseable: Chamorro. El mismo que le había bloqueado el paso a *Asuntos de larga duración*, impidiéndole investigar los casos que habían marcado su vida. Sintió un inmenso regocijo. La justicia por fin empezaba a acordarse de él.

Pero la alegría dura poco en casa del pobre. A esa gran satisfacción inicial la mató de raíz la certera y cruel puñalada que le esperaba, emboscada en mitad de los reportajes de los diarios. Su descubrimiento hizo que se tambaleara en la barra de aquel solitario bar donde los leía.

Se levantó de su asiento igual que si hubiera bebido y acabó vomitando en los lavabos del establecimiento, impactado, agujereado

en su interior por el inmenso dolor que le produjo conocer la identidad de su última víctima. No hubiera querido, por nada del mundo, dañar a su único amigo. El mal irreparable estaba hecho. Pagó la cuenta sintiéndose como un zombi al que le hubieran robado la vida de repente y salió sin rumbo fijo, todavía conmocionado.

Al final recaló en un banco del andén de la estación del metro de *O´Donnell*, donde releyó los periódicos, para certificar que todo era cierto.

«La policía en la picota por el caso del atropellador», titulaba *El Mundo*. «La dramática historia del policía Julio Ribera hace tambalearse la imagen del cuerpo», subtitulaba después. Luego, continuaba: «Julio Ribera, inspector de policía, adscrito a la Comisaría Especializada de Delitos de Gran Impacto y actualmente en paradero desconocido está causando precisamente un gran impacto informativo, al exigir que se difundan y esclarezcan varios delitos que han quedado impunes, si no, seguirá atropellando... Víctima de varios errores policiales graves en su niñez, habría entrado en el cuerpo con el afán de repararlos... Hastiado y decepcionado, se habría convertido en el famoso conductor asesino de las últimas semanas, como una forma enfermiza de reivindicar el atropello impune de sus padres, y de otros crímenes nunca esclarecidos, y así, con esta sacudida, regenerar a la policía...».

«Su jefe: un asesino», continuaba en uno de sus titulares el diario *ABC*. «El comisario Chamorro, jefe directo del inspector Ribera, fue abatido ayer por la policía, después de descubrirse que fue el asesino psicópata de una prostituta que estuvo relacionada con el propio Ribera.... Chamorro habría intentado manipular las pruebas para imputar a un compañero de Ribera, un detective que le seguía la pista, apodado *El Astrónomo*».

«Tragedia de dos policías: la historia de Ribera y de su compañero *El Astrónomo*», remarcaba en mitad de su artículo el diario *El País*. «Una antigua novia de *El Astrónomo*, invidente, con la cual había reiniciado la relación, resulta ser la última víctima de su compañero y amigo, Ribera, en lo que parece ser una crueldad del azar... Ribera sigue en paradero desconocido, perseguido por la policía, desconociéndose si

sabe ya la identidad de su última víctima...».

El dolor le inundaba. Dobló los periódicos por la mitad y se entretuvo cuidando que cuadraran sus esquinas. Luego los dejó en el banco de esta impoluta guisa.

Sacó después del bolsillo de la chaqueta su agenda y arrancó una de sus hojas. Temblándole la mano, escribió unas líneas en ella y la guardó en el bolsillo del pantalón. A continuación, se levantó con calma y se acercó al andén, en uno de sus extremos. Cuando entró el tren por ese lado de la estación, saltó al vacío ante el estupor de la gente.

No pasaría quince años en la cárcel contemplando por las rejas del ventanuco el cielo estrellado, mientras pensaba en su culpa. Él te había quitado con sangre lo que más querías y con sangre lo pagaría, se dijo, mientras la luz de los faros del convoy le deslumbraba en su entrada en la eternidad.

CAPÍTULO 49

Aquella misma noche permanecías en tu escritorio con un rictus en tus labios que era una mezcla de dolor y de tristeza.

Durante toda la tarde se barruntaba tormenta en cualquier momento que, al final, había estallado a aquellas altas horas de la noche. La lluvia se deslizaba por las mamparas de cristal igual que una catarata de lágrimas, que te mostraba el mundo exterior como un irreal acuario lleno de tragedia.

A veces la lluvia racheaba fuerte y los cristales temblaban bajo sus impactos, parecía que fueran a quebrarse y a permitir la unión de aquellos dos mundos, el exterior y el tuyo interno. A tu lado había una botella de *Chivas,* consumida hasta la mitad. En el aparador se encontraban un par de tu querido *Old Ripy*, sin abrir. Alargaste tu brazo y pegaste un trago largo de la botella abierta. Fuera llovía a mares, un incesante llanto sin respuesta.

No mirabas aquella noche al cielo, denso y oscuro, sino a la hoja ensangrentada sobre la mesa, frente a ti. La leíste una última vez.

«No me entregaré, Alejandro. Ni compartiré, desde la cárcel, el cielo estrellado contigo. Ese lugar donde ahora sé que se cuelgan las ausencias, para no olvidarlas. He golpeado, sin saberlo, a quien más quería. Por eso es justa y necesaria mi acción final. Deseo que mi sangre sirva para redimirme. Perdóname, si puedes».

Cuando terminaste de leer la nota alargaste el brazo y le sacudiste otro tiento largo al whisky que le gustaba a Julio.

Te limpiaste la boca con la manga de la camisa y despegaste un pósit amarillo de su macillo y escribiste en él con el lápiz y en mayúsculas: JULIO RIBERA.

Luego lo pegaste sobre la hoja ensangrentada.

Después sacaste de tu chaqueta una cuartilla doblada que era un informe médico de la unidad de cirugía del *Hospital de La Paz* de Madrid, que explicaba lo siguiente:

«Varón de 42 años, ingresado en urgencias, debido a una caída a las

vías del metro cuando se acercaba un convoy que le pasó por encima, presenta traumatismo severo en pierna derecha, prácticamente amputada, excepto colgajo de unión de tejidos cutáneos y musculares a la altura de 15 centímetros por debajo de la rodilla y traumatismo de igual intensidad en brazo derecho con amputación total y limpia de la mano y brazo hasta 10 centímetros por encima de la muñeca. Muestra asimismo numerosos traumatismos en región glútea, lumbar y región occipital de la cabeza, además de otros de menor importancia a lo largo de toda la espalda. Una vez valorado y estabilizado en urgencias se traslada a la unidad de cirugía, donde, ante la imposibilidad de reconstruir las extremidades, se procede a su amputación por el mismo corte que presentaba el paciente, saneando dicho corte de la herida, suturando hemorragias y cosiendo boquetes. El paciente evoluciona favorablemente en la Unidad de Cuidados Intensivos, se estima que en las próximas 24 horas podría subir a planta. Nos comunican que dos agentes de la Policía Nacional vigilarán su estancia por orden del juez que ha abierto diligencias sobre este caso. Firmado: José E. Muguruza. Cirujano.».

Miraste por los cristales a la noche, densa y oscura, perforada en su silencio por las ráfagas de lluvia que eran metralla disparada a discreción en todas las direcciones.

Agarraste entonces el viejo *Parker*, escribiste con él una sola frase debajo del nombre de tu compañero: «La injusticia es la principal fuente del dolor, pero también la mayor causa de la rebelión».

Después abriste la carpeta donde guardabas todos tus expedientes e introdujiste en ella el de Julio Ribera.

CAPÍTULO 50

Serían las nueve y media pasadas, de una noche de mediados de primavera, bastante agradable.

Saliste a la terraza con dos bolsas, pululaban a tu alrededor *Perlas y Lucero*, el perro que te regaló Amelia, la madre de Irene, cuando regresó a Oviedo.

Los animales estaban entre mimosos y picajosos, llevabas contigo lo que más les gustaba y te disponías a rellenar sus platos situados uno al lado del otro, en el suelo.

Se movían ansiosos a tu alrededor, con el temor de que uno de ellos fuera postergado en beneficio del otro.

–¡*Lucero*, *Perlas*, llevaos bien, coño! Que ahora vendrá una señorita que ha viajado desde muy lejos.

En esos momento sonó el timbre de la puerta y saliste por el cobertizo para dirigirte a la misma. La visita era una joven de veintitantos largos que se llamaba Liliana.

Ambos os acercabais, de vuelta, conversando por el pasillo hacia la cocina para entrar en la terraza.

–No me había dicho tu madre, cuando vino a por los objetos personales de Tania, hace seis meses, que fuerais gemelas.

–Por lo menos ahora le quedo yo, dicen que soy tan alegre y cariñosa como mi hermana. Hay que seguir adelante. Sé que usted también perdió a su novia... Lo siento muchísimo.

–Es lo mismo que me decía Irene. Intento seguir adelante, aunque me cueste.

Ambos aparecisteis en la terraza.

Liliana era igual que Tania, aunque hablaba con más acento. Se detuvo, mientras observaba el cielo con sus ojos bellísimos.

Liliana miró al cosmos con dulzura.

–Ojalá encuentre trabajo aquí... Me gusta este cielo...

La alegría y la inocencia de Tania aparecían de repente. Ibas a decirle

que se animara a quedarse en Madrid, sonó tu móvil. Te disculpaste con una sonrisa.

Te acercaste el auricular al oído y te encaminaste hacia el interior del cobertizo, buscando más privacidad.

–¿Comisario Cuevas?

–Sí...

Era Margarita Salisachs, la secretaria del Comisario Jefe que, tras tu ascenso, era ahora tu jefe directo, se hallaba de guardia aquella noche.

–Comisario Cuevas, le paso con el comisario jefe Pitarch –tratándote de usted.

Pitarch tardó solo unos instantes.

–¿Qué hay? Mira, pasado mañana tenía que dirigirme a los novatos que se incorporan al Cuerpo. Pero me ha surgido un tema familiar y he pensado que quién mejor que tú para inculcarles qué es ser un buen policía... Porque ser un buen policía, tú lo sabes mejor que nadie, es difícil en estos tiempos...

Tú estabas sentado en el escritorio cuando él dejó de hablar. Cogiste tu viejo *Parker* y apuntaste la fecha y el sitio.

Sentiste una sacudida cuando escuchaste lo de «buen policía», como le llamaba a Chamorro, y reparaste entonces en las iniciales que acababas de apuntar en el papel: *presentación sustituyendo al CJ*.

Lleno de un estupor creciente las marcaste con un círculo varias veces, mientras dejabas que calara en ti la evidencia. Las habías visto en otro sitio.

Recordaste las últimas palabras de Chamorro sobre por qué había asesinado a Tania: «...y por otras cosas más que no voy decirte». Ahora cobraban todo su significado.

Alargaste el brazo y te diste un latigazo de *Old Ripy*, mientras un rictus de amargura y preocupación cruzaba tu rostro.

Alzaste la cabeza y te topaste con la figura de Liliana, apoyada en la barandilla de la terraza. Con *Perlas* en sus brazos y *Lucero* a sus pies. De frente, el mar moteado de luces de la Casa de Campo y, en su pensión, la incertidumbre de la maleta por abrir.

Pensaste que la muchacha miraba también lo bello y lo agradable que es este mundo, más allá de la siniestra trastienda donde los hombres libran la batalla de sus turbias intenciones.

FIN

DEDICATORIA ESPECIAL

Cerrando la edición de esta novela ha fallecido CARMEN TRILLO, gran amiga y lectora de este autor, esposa de DANIEL GRANADOS, *Veintiuno,* con quien compartí inquietudes literarias durante varios años en el blog del diario El País, *Eskup*, y en el blog que cofundamos con otros autores, *Relatarium*.

Mi sentido homenaje con estas líneas a Carmen y un fuerte abrazo y mis condolencias para Daniel.

OPINIÓN Y VALORACIÓN DEL LECTOR

Muchas gracias, querido lector, por llegar hasta esta página. Por mi parte mi labor de escritor termina aquí. Espero que esta novela te haya gustado y te haya dado que pensar. Esa será mi mayor recompensa.

La única manera de seguir mejorando por mi parte es recibir de la tuya tu opinión y comentarios sobre este libro o sobre otros míos. En la página de Amazon de cada uno de ellos hay un apartado para hacerlo. Te lo agradecería mucho. Y otros posibles lectores también.

Y si, además, deseas enviármelos directamente a mi, encantado de escucharte. Mi email: francisco.rodrigueztejedor@gmail.com. Muchas gracias.

Si te gusta el thriller, otras novelas mías de este género son: El cazador de la Patagonia, Cinco estremecimientos y El claxon.

Si también te gusta el género Literatura y ficción, encontrarás en él: El día que fuimos dioses, Memorias del sauce curvo, Soñadores y, próximamente: El donante.

Otros libros míos, de reflexión y autoayuda son: Mil palabras para la felicidad, Mil palabras para el optimismo, Los mejores 101 momentos de amor y de desamor y la antología: Poesía, vida mía.

ADVERTENCIA

Todos los personajes, las situaciones y los lugares donde se desarrolla El *Astrónomo* son una mera ficción creada por el autor, aunque estén ajustados a la naturaleza humana y a ciertos hechos. Por lo que cualquier parecido con la realidad pasada o presente será, pues, solo una de las muchas coincidencias que a veces ofrece el caprichoso destino.